

José Luis Olaizola



**VOLVERÁ
A REÍR LA
PRIMAVERA**



En los prolegómenos de la guerra civil, un joven alto, de buena presencia y siempre impecablemente vestido comenzará a destacar con fuerza propia en el panorama político: José Antonio Primo de Rivera. Sus ideas, energía y carisma harán de él un líder en el que tantos se vieron reflejados y al que tantos amaron. Será precisamente a través de los enamorados ojos de Marián Acosta, la hija mayor de una distinguida familia madrileña, como veremos ascender a José Antonio de simple abogado a fundador de la Falange, así como su posterior encarcelamiento y muerte. Sin embargo, los estrechos vínculos de todos los miembros de la familia con José Antonio traerán trágicas consecuencias: el padre, don Antonio, un conocido defensor de la causa republicana, y José María, el vástago menor, serán cruelmente fusilados, mientras que Ignacio, un joven idealista que estará presente junto a Primo de Rivera en la gestación del partido, salvará la vida milagrosamente. Amargado y resentido por la ejecución sumaria de su padre y hermano, por el cruel destino del país y por todo el sufrimiento generado, Ignacio solo encontrará consuelo en su hermana y en un joven y sacrificado sacerdote que le ayudará en su huida de España y que le hará recobrar la esperanza perdida en Dios: don Jose María Escrivá de Balaguer. *Volverá a reír la primavera* es la historia de la familia Acosta y la de tantas otras familias españolas. En sus vicisitudes y sufrimientos veremos reflejado un gran fresco de la España en los años previos al estallido de la guerra, asistiremos a la ascensión y caída de una las personalidades más poderosas de la época y seremos testigos de una gran historia de amor solo sesgada por los dramáticos tintes del conflicto.



José Luis Olaizola

Volverá a reír la primavera

ePub r1.0

Titivillus 30.11.16

Título original: *Volverá a reír la primavera*
José Luis Olaizola, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*A Francisco Velarde,
que confío que no le resulte desconocido alguno
de los personajes que desfilan por este libro.
Un abrazo*

El 29 de octubre de 1933 su hermana mayor le pidió un favor que iba a condicionar su vida para siempre.

—Acompáñame, que me da vergüenza ir sola —le rogó.

El lugar al que le pedía que la acompañara era al teatro de la Comedia de Madrid, donde se iba a fundar un movimiento, denominado Falange Española, en el que tomaba parte José Antonio Primo de Rivera. Era un acto al que estaba previsto que asistieran fundamentalmente hombres, más bien jóvenes, y en el que la presencia de una mujer podía llamar la atención. De ahí que le diera vergüenza.

Eran tres hermanos; Marián, con veintitrés años, era la mayor, seguida de dos hermanos, Ignacio, de veintiún años, y José María, de diecisiete. De no haber fallecido la madre de una septicemia al poco de nacer el pequeño, hubieran sido más hermanos, porque la ilusión del padre, ingeniero de caminos, era tener una familia muy numerosa, con predominio de varones, que pudiera continuar su negocio de contratista de obras públicas, con una adjudicación del tramo Gargantilla de Lozoya, de la línea de ferrocarril Madrid-Burgos, que le hacía prever largos años de prosperidad.

Cuando don Antonio Acosta enviudó, los que bien le querían le aconsejaron que se volviera a casar, pero nunca lo hizo. Un día, cuando Marián contaba dieciocho años, su padre se levantó más tarde de lo habitual y, contra su costumbre, se sentó a desayunar en pijama y con una gruesa bata de invierno, sin afeitarse, y en los labios tenía claras muestras de carmín de labios de un rojo muy vivo. La primera que advirtió la anomalía fue Tomasa, la criada, que ya lo había sido de la madre antes de casarse, y se lo comentó a Marián.

—Habrás que decírselo, que no lo vean tus hermanos.

A Marián la consideraba lo suficientemente madura como para

que comprendiera que era natural que su padre, viudo, sin haber cumplido todavía los cincuenta años, tuviera alguna aventura. Pero Marián no lo comprendió, se le encogió el corazón y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar. Tomasa lo advirtió y trató de tranquilizarla, diciéndole que ese tipo de carmín tan escandaloso no era propio de una mujer decente, o sea, que no tenía por qué preocuparse pensando que su padre podía contraer un nuevo matrimonio, que a estas alturas, con hijos tan crecidos, hubiera resultado una complicación. A la joven, ver a su padre de aquellas trazas, emanando de su cuerpo un extraño olor, le llegó muy dentro y se retiró a su cuarto a llorar. Tomasa hizo dos cosas. Primero se dirigió a don Antonio y, con gran naturalidad, le advirtió:

—Señor, tiene usted los labios manchados, mírese en el espejo.

Se levantó don Antonio, se dirigió al cuarto de baño y al poco regresó sin muestras de carmín, y le dio las gracias a la muchacha.

Luego la criada se dirigió al cuarto de Marián para explicarle cosas de la vida. Tomasa había entrado al servicio de la casa cuando era una doncella impúber, y ahora tenía un novio guardia civil que en ocasiones abusaba de ella y con el que mantenía unas relaciones tormentosas. En una de esas tomó un cuchillo de cocina dispuesta a matarle si le hacía algo, pero, por fortuna, no llegó a hacerlo, y por eso el hombre salió con vida. Le revelaba confidencias a Marián y le contaba historias truculentas de su pueblo de Navarra, donde era habitual que apareciesen cadáveres en el río, o en el fondo de un pozo de más de treinta metros, y en el que unos vecinos se llevaban bien y otros se odiaban a muerte. Marián, aunque sobrecogida, las oía con gusto, pero le rogaba que no se las contara a sus hermanos pequeños. También le decía la criada que, como la joven era más instruida —Tomasa justo sabía garrapatear su nombre—, le aconsejara qué es lo que debía hacer con ese novio que lo único que quería de ella era lo que buscaban la mayoría de los hombres, y que para nada hablaba de casarse, y que por ese camino se iba a quedar para vestir santos, pese a que llevaba años confeccionándose el ajuar de bodas. Marián le razonaba que lo dejara, ya que no habían de faltarle pretendientes de más fundamento, pues todavía no había cumplido los treinta años y estaba en la cumbre de su lozanía, con unos pechos de los que se sentía muy orgullosa y un rostro en extremo agraciado. Tomasa le decía que sí, pero luego seguía con el

novio guardia civil, hasta que se enteró de que estaba casado, y de nuevo tomó el cuchillo con intención de matarle.

Aquel día fue al cuarto de su señorita, a la que delante de las visitas la trataba de usted, y cuando estaban a solas de tú, y le dijo que estaba casi segura de que su padre mantenía una querida, y que eso era preferible a que metiera a una mujer en la casa, y que lo tenía que comprender. No dejaba de ser una muestra de respeto hacia sus hijos. «¿Y su alma qué? —siguió sollozando Marián—, ¿no se daba cuenta de que su padre estaba viviendo en pecado?».

—Si vamos a eso —le replicó Tomasa—, buenas estamos algunas.

Tomasa era de las que siempre había cuidado de que no faltara un domingo a misa, pero creía que Dios sería muy misericordioso con las debilidades de la carne, por la cuenta que le traía a ella.

Desde aquel día nunca más se volvió a repetir el incidente y don Antonio se sentaba a desayunar, a ser posible en compañía de sus hijos, vestido con un terno estilo escocés, en invierno, excepto cuando tenía que ir al Ministerio de Obras Públicas, que vestía de oscuro. En verano siempre llevaba un traje blanco, de Panamá, que se los hacía traer de París. Por su trabajo era raro que comiera en casa, y por eso le gustaba desayunar con sus hijos. No hablaba mucho con ellos, pero siempre lo hacía con mucho cariño, y les recordaba consejos que les hubiera dado su madre, caso de que viviera. Cuando Marián le veía tan formal y tan pendiente de ellos se olvidaba de lo de la entretenida, y le decía a Tomasa.

—De ser verdad lo de esa mujer, yo creo que la habrá dejado ya.

—¡Hija, y yo qué sé! —se zafaba la criada.

—¿Cómo que no lo sabes? —se enfadaba la joven—. ¡Pues bien que sabías lo de la querida! A ver, ¿por qué lo sabías?

Lo sabía porque al lavar la ropa de su señor había encontrado en ella muestras de haber tenido tratos con alguna mujer. Pero esto no se lo decía a Marián, y les prohibía a las otras dos criadas más jóvenes, que estaban a sus órdenes, que lo comentaran.

Cuando Marián cumplió los veintitrés años, que a la sazón era la mayoría de edad, su padre apareció con un regalo excepcional e inusual para una mujer en aquella época, pues eran muy pocas las

que conducían. Un pequeño Ford T, de dos plazas, más un asiento trasero fuera de la carlinga del coche, denominado «ahí te pudras». Y él, personalmente, le acompañó a una delegación del ministerio que expedía los carnés de conducir, que se lo dieron sin necesidad de examinarse, ya que don Antonio tenía amistades en casi todos los ministerios. Y Vicente, el chófer de la casa, fue el encargado de enseñarla a conducir, que entonces era más sencillo ya que apenas circulaban vehículos por las calles. Vivían en el barrio de Salamanca de Madrid, en una de sus principales calles, la de Goya, en el número 38, junto a la iglesia de la Concepción, que era en la que se casaba toda la gente importante, exceptuada la nobleza, que lo hacía en la de los Jerónimos por tradición real, aunque ya no había reyes en España.

En aquella manzana de la calle Goya solo aparcaban dos coches, el Hispano-Suiza de don Antonio, y el Ford T, de su hija. Eso durante el día, porque por la noche Vicente se ocupaba de guardar los vehículos en un garaje que estaba a la vuelta de la esquina, en la calle Castelló. Vicente pertenecía a la FAI, una organización anarquista con buenas intenciones para los obreros, pero se llevaba muy bien con su jefe, y cuando tenían que desplazarse a visitar obras, que habitualmente lo hacían por la noche para que don Antonio pudiera dormir, Vicente le mostraba a su señor una pistola que llevaba en una cartuchera sujeta a la cintura y le decía:

—Duerma usted tranquilo, señor, que vamos bien acompañados.

Lo decía porque entonces las carreteras, sobre todo de noche, solían estar desiertas, y se vivían tiempos revueltos en los que se podían tener tropiezos.

Vicente le mostraba la pistola a Ignacio, el chico mayor, y le explicaba cómo se manejaba. Un día se fue con él a un descampado que había más allá de los Altos del Hipódromo y le enseñó a disparar. Por eso, cuando Ignacio llegó a pertenecer a la Falange y le preguntaron que si tenía experiencia en manejar armas, pudo contestar afirmativamente. Pero no dijo que le había enseñado un anarquista, porque, el día que fueron a los Altos del Hipódromo, Ignacio le preguntó a Vicente:

—¿Y tú por qué llevas pistola, porque eres anarquista o por defender a mi padre?

—Por defender a tu padre —y le aclaró—: Yo soy anarquista

libertario y pacífico. Si todos los empresarios fueran como tu padre, quizá no hiciera tanta falta cambiar el mundo. Pero, de todos modos, algo hay que cambiarlo.

Ignacio le tomó gusto a la pistola, ya que, pese a haber cumplido los veintinueve años y haber terminado aquel año la carrera de Derecho, seguía muy aficionado a las películas del Oeste, protagonizadas en aquella época por un *cowboy* muy famoso llamado Tom Mix. La pasión de don Antonio era la caza, sobre todo la menor, y los dos hijos varones le solían acompañar. Ignacio le pedía prestada la pistola a Vicente y, en una ocasión, con ella acertó a matar a un conejo que estaba parado a la entrada de su madriguera, lo cual le pareció una hazaña. Le costó algún tiempo conseguirlo porque al principio quería manejar el arma, con soltura, como lo hacía Tom Mix, hasta que Vicente le advirtió que lo de las películas del Oeste era mentira, y que no se podía disparar al tuntún, sino tomando el arma con ambas manos y apuntando con mucha atención. A su padre no le pareció bien lo de que matara un conejo con aquel arma, y se lo reprendió:

—No me gusta que hagas eso; las pistolas son para otra cosa. Aquí venimos a cazar deportivamente, no a pieza parada.

Pero tampoco se opuso terminantemente a que Vicente le siguiera prestando la pistola. El chófer, de veinticinco años, era tan solo un poco mayor que Ignacio, y entre ellos mantenían un trato de amistad. Solía contarle aventuras que había tenido con mujeres, dándole consejos sobre cómo tratarlas. Desde que se graduó como abogado, admiraba mucho a Ignacio y le decía:

—Tú si que vas a llegar lejos si no haces el tonto.

El tonto era liarse con muchas mujeres, jugar a las cartas en las timbas o emborracharse.

A las cacerías solían ir en el Hispano-Suiza y don Antonio condescendía en que Vicente, hacia el final de la jornada, tomara parte en ellas. El chófer era de un pueblo de Extremadura en el que en pleno verano, cuando el calor era sofocante y todavía no se había abierto la veda, algunos mozos corrían las perdices hasta agotarlas y así cazarlas a mano. También tuvo una escopetilla del veinte, y él mismo se fabricaba los cartuchos, pero cuidaba mucho del uso que hacía de cada uno de ellos, siendo raro que marrara el tiro.

Don Antonio tenía arrendado un coto por la parte de Boadilla del Monte, en el que cazaban en mano, distribuyéndose los cazadores en una hilera semicircular con la que iban peinando las diversas trochas, y a pesar de llevar buenos perros no siempre acertaban a dar con el bando. Entonces era cuando don Antonio se desesperaba y requería la ayuda de su chófer:

—A ver, Vicente, dónde coño se esconde ese bando.

Era la única ocasión en la que decía un taco, porque de modo natural era muy bien hablado y nunca decía palabras malsonantes en presencia de sus hijos ni consentía que estos las dijeran. Vicente siempre contestaba lo mismo.

—Hay que ver de dónde sopla el viento.

Según él, las perdices siempre volaban a favor del viento, aprovechándolo lo más posible, volando raso, porque cuando lo tenían en contra se veían obligadas a remontar mucho el vuelo y ofrecían mejor blanco a los cazadores. Hablaba de las perdices con gran autoridad, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida que estudiar sus costumbres, y don Antonio le gastaba bromas al respecto, pero acababa recurriendo a él cuando la jornada se torcía. Era enjuto de carnes, las piernas como alambres, con las que se movía a un medio trote muy eficaz que le servía para recorrer incansable montes y collados, buscando siempre los lugares de querencia de las perdices, y cuando daba con ellas las obligaba a dar vuelos cortos, facilitando el posterior trabajo de los cazadores. No siempre acertaba, pero, cuando lo conseguía, don Antonio decía a los de la partida, en la que era habitual que hubiera invitados:

—Habrás que tener una atención con Vicente.

Y él solía poner un duro, y los invitados se hurgaban los bolsillos y aportaban también algo. Vicente hacía ademán de resistirse a recibir el dinero —no se las merece, don Antonio—, pero acababa tomándolo, aunque luego le comentaba a Ignacio que no estaba bien visto en el partido que sus afiliados aceptaran propinas.

—Lo acepto por mi madre —se justificaba ante el joven—, que toda la vida trabajando y no le ha quedado ni una mísera pensión. ¿Qué será de ella si a mí me pasa algo, que me puede pasar? ¿Quién te dice que no puedo acabar en la cárcel, como ya lo están otros camaradas? Eso si no me pegan un tiro. Por eso procuro que la mujer tenga unos pocos ahorros.

Cuando Ignacio se hizo de Falange, procuró convencer a Vicente de que se hiciera él también, ya que en el ideario de aquel nuevo partido estaba presente la ayuda a cualquier camarada en apuros, y también a sus familiares más directos, sobre todo si habían dado su vida por la causa. Pero Vicente permaneció fiel hasta el final a su concepto del anarquismo libertario sin perder por eso la amistad con la familia de don Antonio.

Marián mantuvo en secreto entre sus amistades el regalo del automóvil hasta que aprendió a manejarlo con cierta soltura, lo que le llevó un par de semanas, y el primer domingo que tuvo ocasión, después de la misa de once de la iglesia de la Concepción, se presentó en el Paseo de Coches del Buen Retiro, que entonces se llamaba así porque era una calzada amplia que llegaba desde la puerta principal del parque, situada en la calle de Alcalá, hasta la plazoleta en la que se levantaba la estatua del Ángel Caído, ya en las proximidades de Atocha, y en la que era costumbre entre la gente acomodada darse una vuelta con su automóvil por aquel paseo, muy despacio, a poder ser en un coche descapotable para poder saludarse unos a otros. Era una costumbre que venía del siglo XIX, cuando los nobles se paseaban en carrozas y landós por el paseo del Prado y de la Castellana, los más jóvenes jinetes a caballo, y se cortejaba a las damas con diversas galanterías, a las que las interesadas o bien se mostraban desdenosas o bien contestaban con el lenguaje de los abanicos que entonces estaban de moda y de los que se servían incluso en invierno.

La traslación de la moda al parque del Buen Retiro no duró muchos años porque resultaba mucho más complicado comunicarse de un vehículo a otro, por muy despacio que discurrieran, y más bien consistía en un acto en el que quedara constancia de que aquella persona, o familia, tenía coche, como muestra de distinción. Una prima de José Antonio Primo de Rivera, Inés, era de las que conducía un coche de su padre, muy amplio, descapotable, lo que le confería el aire de una mujer moderna y muy avanzada para su época. Fue de las primeras mujeres que se apuntó al partido que creó su primo.

Marián se sentía muy ufana de alternar con un grupo

relacionado con la nobleza, ya que el mismo José Antonio ostentaba el título de marqués de Estella, y en algunas ocasiones, sobre todo antes de que se metiera en política, tomaba parte en las reuniones que solían tener en unos aguaduchos de la calle de Velázquez, cuando llegaba el buen tiempo, o en un salón de té de la calle Serrano. José Antonio se presentaba de improviso, en compañía de un par de amigos, que hacían las veces de guardaespaldas, aunque todavía no había fundado la Falange, y a veces ni se sentaba. Trataba con mucho cariño a sus dos hermanas, Pilar y Carmen, y se mostraba muy gentil con sus primas y las amigas de estas. Un día, Inés le dijo a Marián.

—Me ha dicho mi primo que eres muy guapa.

Era inevitable que Marián estuviera un tanto pagada de su belleza, ya que Tomasa se lo recordaba cada poco. Y su padre le comentaba con un punto de nostalgia lo orgullosa que se hubiera sentido su madre de haber vivido. No solo era una buena hija, sino también de una belleza poco común, al igual que lo había sido su madre. Tomasa atendía las llamadas telefónicas de sus pretendientes, se interesaba sobre sus características y opinaba al respecto, para acabar diciéndole a la joven que no fuera a hacer una tontería.

—¡Menudo partidazo eres, con un padre rico, y tú con esa planta, que me sacas media cabeza, y baja yo no soy!

A juicio de la sirvienta le hubiera convenido estar un poco más gorda, para que le realzara más el pecho, y por otra parte le parecía un desperdicio que llevara el pelo corto, a lo *garçon*, a la moda de París, cuando tenía una cabellera morena, lustrosa, que hasta que llegó esa moda le alcanzaba casi la cintura. El padre también se llevó un disgusto cuando se cortó el pelo, pero pronto se acostumbró a la melena corta, con un bucle que le caía sobre la frente y le daba un aire muy gracioso. Era muy difícil que el padre no tuviera alguna preferencia por su hija, frente a los dos varones, y con frecuencia se hacía acompañar de ella a alguna comida familiar con gente importante de su negocio, y en una ocasión en la que la tomaron por su esposa le faltó poco para echarse a llorar.

Marián pretendió que aprendiera a bailar el charlestón, un baile de origen americano, atrevido y complicado, y no lo consiguió, pero disfrutaron mucho con los ensayos. Lo bailaban los tres hermanos, a

veces con la intervención de Tomasa, que era la que mejor se lo sabía, ya que también estaba de moda en los bailes populares a los que asistía en compañía del guardia civil.

Al padre se le veía disfrutar con las bromas que se traían a cuenta del charlestón y con las risas que provocaban sus equivocaciones, siendo inevitable que terminara con una reflexión sobre lo que hubiera disfrutado su madre viéndoles tan felices, y entonces Marián pensaba que de ser cierto que tenía una entretenida debía de ser algo de escasa consistencia, que en ningún caso hacía sombra al recuerdo de su madre. De todos modos le preocupaba el poco interés que mostraba su padre por asistir a la misa dominical, a la que dejaba de ir con el menor pretexto, sobre todo los domingos de cacería, con el agravante de que se llevaba consigo a sus hijos, quienes también dejaban de cumplir con el precepto. Hasta que un día se lo reprochó.

—Eso no le hubiera gustado a mamá.

El padre no trató de disculparse; agachó la cabeza y admitió:

—Tienes toda la razón, hija.

Desde ese día comenzaron a asistir a una denominada «misa de cazadores» que se celebraba a las seis de la mañana en una iglesia que tenían los jesuitas en el barrio de Salamanca.

El que Inés le comentara el juicio favorable que le merecía a su primo no le tomó por sorpresa a Marián ya que se había dado cuenta de que, aunque con cortés disimulo, José Antonio la examinaba con bastante atención, de arriba abajo, y ella hacía como que miraba para otro lado, pero sin dejar de mirarle de reojo, mientras se arreglaba el bucle que le caía sobre la frente o se estiraba la falda, que entonces llevaba por debajo de la rodilla, pero si se cruzaban las piernas esas rodillas quedaban al descubierto, lo cual no estaba bien visto, y por eso las jóvenes se traían un juego seductor, descubriéndose las rodillas, para a continuación tapárselas pudorosamente.

José Antonio andaba por los treinta años, pero parecía mayor ya que tenía unas entradas en la frente muy acusadas, aunque según algunas admiradoras del grupo, que prácticamente lo eran todas, daban la sensación de una frente muy despejada propia de una

persona inteligente, cosa que nadie dudaba, ya que era famoso como abogado que, pese a su juventud, intervenía en juicios de gran relieve.

Era alto, de buena presencia, siempre cuidadosamente vestido (hasta que fundó la Falange y cambió el traje de chaqueta por la camisa azul con el yugo y las flechas) y con la peculiaridad de que el cuello de la camisa lo llevaba muy alto, con un imperdible de oro que se lo prendía debajo de la corbata, realzando esta y obligándole a llevar el rostro siempre erguido, como si eso le impidiera agachar la cabeza, lo cual era sabido que no hacía nunca, como demostró en más de una ocasión con los que faltaron a la memoria de su padre, el general Miguel Primo de Rivera, que había gobernado España durante siete años como dictador omnímodo, no a gusto de todos. Y a los que disgustó y hablaron mal de él, José Antonio les pidió cuentas, siendo el caso más sonado el del general Queipo de Llano, a quien abofeteó públicamente en un café de la calle Génova, lo que le costó que le expulsaran del ejército, al que pertenecía como alférez provisional.

Los fieles de José Antonio, que ya los tenía, sostenían que fue una bofetada simbólica para provocarle a un duelo, que el general no aceptó, pero los que le eran contrarios decían que le atacó cobardemente, por la espalda, golpeándole con los puños y haciéndose acompañar por dos amigos matones. ¿Un duelo? ¿Quién pensaba en un duelo en pleno siglo xx? Además, José Antonio era católico, o al menos de eso presumía, hasta el punto de que lo incluyó en el ideario de la Falange, y sabía que la Iglesia sancionaba a los duelistas con la excomunión, lo cual no le hubiera convenido para sus planes políticos.

Cuando Inés le comentó a Marián el concepto que le merecía a su primo, le aclaró:

—Pero no te hagas ilusiones.

Marián se puso colorada y se defendió: «¿De qué no se tenía que hacer ilusiones? ¿Es que acaso se creía que le gustaba su primo?». «¿Y a quién no?», le replicó la otra, que había puesto a José Antonio en un altar.

—No te creas —le aclaró Inés— que no me he dado cuenta de que José Antonio te mira más que a las otras, y no te digo que no hicierais buena pareja, pero quiero que sepas que está enamorado

de otra mujer. Pero muy enamorado.

Le contó que estaba enamorado de Pilar de Luna casi desde la adolescencia, y que si no prosperaba ese amor era por ser ella heredera de tantos títulos de nobleza —ducado de Luna, ducado de Villahermosa, ducado de Palata, condado del Real de Valencia, marquesado de Cortés y vizcondado de Muruzábal—, que a sus padres se les hacía poco que fuera a desposarse con quien tan solo ostentaba un título, el marquesado de Estella, y además de reciente creación, cuando los suyos se remontaban a la Edad Media.

—Ten en cuenta —prosiguió Inés— que si se casaran ella dejaría de ser duquesa de Luna, que lleva aparejada grandeza de España, para convertirse simplemente en marquesa de Estella, porque ese es el uso consolidado en la nobleza.

A Marián la explicación le resultó mareante, al tiempo que deslumbrante aquel mundo de la aristocracia, al que ella, hija de un contratista de obras públicas, se asomaba discretamente procurando no desentonar.

Por eso, el primer domingo que se encontró con soltura manejando el Ford T se presentó en el Paseo de Coches del Buen Retiro acompañada de su hermano Ignacio, y en el «ahí te pudras», sentado el más pequeño. Cuando se toparon con el descapotable que conducía Inés, acompañada de un par de amigas, se apartaron a una de las calles laterales que iban a dar al estanque del parque, y las amigas no se podían creer que aquel automóvil fuera propiedad exclusiva de ella. Sería de su padre, que se lo había dejado, ¿no? No, era suyo y estaba matriculado a su nombre, y por si lo dudaban sacó de una cartera de piel de Rusia la documentación que lo acreditaba. O sea, que ahora ya disponían de un coche para ir a donde quisieran, por ejemplo, a El Escorial, ya que dentro de la carlinga cabían tres un poco apretados y dos más en el «ahí te pudras».

Les presentó a sus dos hermanos, y a Ignacio le llamó la atención lo bien que olían aquellas mujeres y se puso un poco colorado cuando una de ellas le dijo a Marián:

—¿Por qué no te traes alguna vez a tu hermano?

—Él tiene sus amigos —se disculpó Marián—, pero os advierto que ya es abogado, o sea, que no desentonaría.

La que requirió su presencia se llamaba Alicia y a Ignacio le

pareció que de todas era la que mejor olía y la que mostraba un aire más descarado, pero simpático. Calculó que incluso sería un poco más joven que él, y no le desagradó la idea de volverla a ver.

Desde que Inés le contara la historia de amor de José Antonio y Pilar Luna, Marián se mostró más interesada por él, y suspiraba porque se dejara ver por lugares en los que se reunía con sus amigas, lo cual ocurría cada vez con menor frecuencia dado que ya estaba decidido a fundar un nuevo partido y andaba muy atareado manteniendo reuniones con otros políticos que pudieran estar en su línea de inquietudes. Pero de vez en cuando aparecía y Marián, que apenas sabía nada de sus proyectos políticos, le encontraba un aire nostálgico, entristecido, que lo atribuía al desengaño amoroso, lo que le hacía singularmente atractivo. Soñaba con que ella pudiera cicatrizar la herida que le había dejado la bella aristócrata, a la que sin conocerla la imaginaba de notable hermosura.

La primera vez que la vio fue fotografiada en la revista *Blanco y Negro*, presidiendo una mesa de cuestaciones con ocasión de un acto de caridad, muy poco favorecida, ya que llevaba un sombrero ancho, ladeado, que le cubría parte del rostro, y la que dejaba al descubierto mostraba una sonrisa forzada. Vestía un traje negro de organdí, cuyas mangas le llegaban a los codos, y en general daba la impresión de ser una mujer mayor. «Más guapa que yo no es», pensó Marián, pero pronto tuvo ocasión de darse cuenta de que tenía otros atributos que la distinguían sobre las demás, porque la siguiente vez la vio en persona, en un concurso hípico que tenía lugar en la Casa de Campo y en el que participaba como amazona sobre un caballo precioso, vestida con un conjunto muy atrevido, cuando después de uno de los recorridos se quitó el gorro salió a relucir una cabellera rubia, muy hermosa, que le llegaba a los hombros, ya que, por lo visto, no se había dejado influir por la moda francesa de llevar el pelo a lo *garçon*.

—¿Quieres que te la presente? —le preguntó Inés—. La

conocemos mucho, además es muy simpática.

Marián asintió encantada, pero les costó bastante acercarse a ella porque estaba muy solicitada por otros concursantes, o simplemente espectadores, que la felicitaban como si hubiera ganado, aunque quedó en un puesto discreto. Tuvieron que esperar a que terminara el concurso y se despejara el recinto, y cuando se encontraron en su presencia le dio dos besos a Inés, y a otra de las amigas que iba con ellas, y a Marián le alargó la mano muy sonriente. Las amigas la volvieron a felicitar por su actuación y la mujer les dio las gracias, pero les dijo que se había quedado un poco decepcionada ya que podía haber quedado mejor de no ser por un problema que tenía el caballo en una pata. Esta conversación la mantenían junto al caballo, que sujetaban dos mozos de cuadra uniformados, y Pilar Luna cada poco le acariciaba e incluso le hablaba explicándole que un veterinario tenía que verle esa pata, que era la delantera izquierda.

Por un momento Pilar Luna se quedó mirando a Marián, quizá preguntándose quién era aquella mujer a la que veía por primera vez, y esta se consideró obligada a decir algo, y lo único que se le ocurrió fue comentarle que la había visto hacía unos días en una foto de *Blanco y Negro*, y que le parecía mucho más guapa al natural. La duquesa se echó a reír y dijo:

—¡No me digas! Salgo horrible en las fotos, no debería dejármelas sacar, pero, claro, era un acto de caridad y no me podía negar. De todos modos, muchas gracias por lo de verme más guapa.

—Se lo digo a usted de verdad —balbuceó Marián.

—Por favor, no me trates de usted —remató aquella encantadora mujer, al tiempo que se despedía requerida por otros compromisos.

Aquella noche, a la hora de la cena, le dijo a su padre:

—¿Quieres creer que he conocido a la duquesa de Luna?, y la he tratado de tú.

—¿Y quién es la duquesa de Luna? —preguntó el padre.

—¡Por favor, papá! ¡Todo el mundo sabe quién es Pilar Luna! Tiene un montón de títulos, todos ellos con grandeza de España.

Don Antonio, que como buen número de españoles acababa de votar a favor de la República, le comentó:

—¿No crees que todo eso de los títulos y las grandezas de España está un poco pasado de moda?

—Oficialmente estará pasado de moda —admitió la hija—, pero me gustaría que vieras cómo siguen viviendo, con caballos y criados.

—Veremos lo que les dura.

—Además —le apeteció contar a la hija—, Pilar Luna ha sido novia de José Antonio Primo de Rivera. ¡No me dirás que no sabes quién es José Antonio Primo de Rivera!

Don Antonio reconoció que no lo sabía muy bien. Creía que era hijo del dictador Miguel Primo de Rivera, que había hecho una gran labor en materia de obras públicas, de la que él se había beneficiado. Pero del hijo no sabía nada.

—Pues es un abogado muy bueno, al que también conozco, y dicen que puede que se dedique a la política.

—Pues si sigue el mismo camino que su padre, bienvenido sea —concluyó don Antonio.

Desde que conociera personalmente a Pilar Luna, Marián se sintió trastornada, pero con un trastorno muy grato al considerar que podía ser homologada con aquella esplendorosa mujer, pues estaba claro que José Antonio se había fijado en ella, aunque a saber con qué intenciones, ya que Inés le advirtió:

—No te fíes mucho de mi primo, que tiene fama de asceta, pero hay quien dice que por ahí disfruta de alguna aventura.

Inés no le dijo más, pero Alicia, la traviesa, le aseguró que eso era cierto y hasta le dio datos de una mujer casada con un príncipe rumano, que era amiga de José Antonio. «¿Pero a qué clase de amistad se refería?», se interesó Marián. «¡Ay, hija, eso no lo sé, pero imagínatelo!».

—Además —insistió Alicia—, José Antonio va por Chicote. Dice que para hablar con otros políticos, pero yo no sé qué clase de políticos serán los que se reúnen allí.

Esto lo decía porque el bar de Perico Chicote, conocido hasta fuera de las fronteras de España, tenía fama por sus cócteles y por ser frecuentado por mujeres profesionales, o por las que sin serlo llevaban una vida desenfadada.

—¿Sabes lo que te digo? —le confesó Alicia en medio de risas—. Que a mí me encantaría ir a Chicote. Por lo menos a conocerlo.

—¡Qué cosas dices!

El pretexto para iniciar una relación más personal con José Antonio le vino de la mano de su padre, quien en más de una ocasión les había contado la amistad que le unía con el conde de Guadalhorce, destacado ministro de Obras Públicas durante la dictadura de Primo de Rivera, famoso por haber diseñado el plan de carreteras nacionales que había de servir durante años, amén de otras obras notables.

Don Antonio había estudiado su carrera de ingeniero de caminos al mismo tiempo que Rafael de Benjumea, conde de Guadalhorce, y reconocía que Rafael destacaba sobre todos ellos y se le veía llamado a ocupar altos cargos. Cuando salió de ministro, don Antonio trabajaba como funcionario del ministerio en una jefatura provincial, y fue requerido por su amigo, quien le tenía en un alto concepto, para que se pasara a la empresa privada. Para los ambiciosos planes que tenía en mente precisaba de profesionales competentes y honrados, como él, y le aseguró que trabajo no le iba a faltar, y que, por muy honrado que fuera, puede que acabara siendo rico. «No digo que me haya hecho rico —les confesó en alguna ocasión a sus hijos—, pero si vivimos con la holgura que vivimos se lo debo al conde de Guadalhorce». La admiración que sentía por el conde se consolidó cuando fue el único de los ministros del dictador que le acompañó en 1931 en su exilio a París.

De esta amistad se sirvió Marián para estrechar la superficial relación que mantenía con José Antonio en la primera ocasión que se le presentó, que fue una tarde en la que coincidieron en un funeral del padre de una amiga común, en la iglesia de San Manuel y San Benito, de la calle Alcalá, y un pequeño grupo decidió atravesar por el parque del Retiro para venir a dar a la salida situada en la calle de Alfonso XII, en la que vivía la familia del finado. La esposa, muy anciana y con la cabeza algo perdida, no había podido asistir al sepelio y les pareció de cortesía ir a darle el pésame. Sucedió a finales del mes de septiembre, con los árboles mostrando un aire otoñal, melancólico, y en un momento determinado Marián tuvo la impresión de que José Antonio demoraba el paso, y ella hizo lo mismo y se encontró junto a él, algo apartados del grupo.

—Mi padre —le dijo— era íntimo amigo del conde de

Guadalhorce; estudiaron la carrera de ingeniero de caminos juntos.

—¿Ah, sí? No sabía que tu padre fuera ingeniero de caminos. Será muy listo, ¿no? —bromeó—. Tiene fama de ser una carrera para gente muy lista.

—Sí, pero no tanto como Rafael Benjumea. Mi padre dice que es un genio.

José Antonio se puso serio y continuó:

—Además de ser un genio es, sobre todo, un hombre de una fidelidad y de una honradez excepcionales. Con todo el dinero que ha pasado por sus manos podía ser multimillonario, y ahora creo que sigue trabajando en la Argentina para ganarse la vida. Un desperdicio para España haber perdido un hombre así.

—Pues mi padre ha trabajado mucho con él. Ha colaborado, sobre todo, en lo de la creación de las Confederaciones Hidrográficas. Por supuesto, también conoció a tu padre, a don Miguel, por el que sentía una gran admiración.

José Antonio detuvo su paso, la tomó de un brazo y le dijo en tono sentido:

—No sabes cómo me alegra oírtelo decir. He sufrido mucho viendo como los politicastros ignoraban la ingente labor que hizo mi padre por España. ¡Partida de miserables desagradecidos! Te advierto —le aclaró— que yo no estaba del todo de acuerdo con la política de mi padre, pero no se puede ignorar lo mucho que hizo por España. Me da asco ver que los mismos que le daban coba cuando estaba en el poder le dieron la espalda cuando cayó injustamente, huyendo como las ratas escapan del barco que se hunde.

Era la conversación más larga que había mantenido con José Antonio, y la más sentida, aunque hablaran de cuestiones políticas. Marián, para que apreciara lo versada que estaba sobre el tema, le dijo:

—Pero, según mi padre, Guadalhorce acompañó a tu padre a París y estuvo con él durante todo el exilio.

—¡El único! —dijo José Antonio con un tono de rencor, pero a continuación se le alegró el rostro para decirle—: Veo que tenemos cosas en común. Deberíamos vernos más. ¿Por qué no quedamos un día para charlar?

A Marián comenzaba a parecerle bien todo lo de José Antonio,

incluso le resultaba inevitable que siendo tan atractivo tuviera una amante extranjera, de la alta sociedad. Por eso, cuando le propuso lo de charlar un día —se sobrentendía que a solas— le dio un vuelco el corazón, y solo pudo musitar un «bueno, de acuerdo». Luego, según pasaban los días sin recibir una llamada suya, se reprochaba el haberse mostrado poco expresiva y no haberle dado más facilidades para que tuviera lugar el encuentro, ni tan siquiera tuvo ocasión de facilitarle su teléfono porque en ese momento uno de los amigos que hacía de guardaespaldas se unió a ellos y le dio un recado que ella no entendió, pero que obligó a José Antonio a acelerar el paso. Y ella no tuvo reflejos para detenerle.

Pero sí los tuvo a los pocos días para pedirle un favor a su padre. La Administración pública le debía a don Antonio una importante cantidad por obras realizadas, a cuyo pago se demoraba con diversos pretextos. En aquel asunto lo que sobre todo indignaba al contratista era la desvergüenza de la que daban muestras determinados funcionarios, algunos, compañeros suyos de la carrera, para no pagarle. Y Marián se atrevió a decirle:

—¿Por qué no le encargas a algún abogado el asunto?

—Por supuesto, ya lo he pensado, y para eso tenemos un abogado que nos lleva estos asuntos.

—Yo estaba pensando en que te lo podía llevar José Antonio Primo de Rivera, el hijo de don Miguel. Es muy buen abogado y dicen que tiene muchas influencias.

Marián se puso un poco colorada al decir esto y a su padre le hizo gracia porque era evidente el interés de su hija por aquel muchacho, y decidió darle el gusto. No le parecía mal que su hija tuviera una buena relación con el hijo de un prohombre como lo había sido don Miguel Primo de Rivera.

—Es amigo tuyo, ¿no?

—Sí, no muy amigo, pero sí tengo alguna confianza con él —le respondió la hija enrojando un poco más.

—Pues llámale y pídele hora. Tú me acompañarás, ¿no? Así nos tratará mejor.

Marián le llamó, pero no pudo hablar con él, ya que primero se puso una secretaria al teléfono, que luego supo que era la mecanógrafa, y lo más que logró fue hablar con uno de los pasantes, Garcerán, al que conocía de vista, quien al principio le puso

dificultades para darle hora. Cuando le recordó que era amiga de José Antonio, le contestó que ya lo sabía, y por fin le dio hora para dos días después.

El día señalado fueron al bufete de José Antonio, que lo tenía en la calle de los Madrazo, y les hicieron esperar más de media hora sentados en una sala de la que entraba y salía gente joven, que no parecían clientes ni tampoco abogados, y aunque se apreciaba que no se conocían se trataban de tú, y de vez en cuando utilizaban la expresión camarada. A Marián esto no le tomó por sorpresa porque ya había observado que José Antonio, en más de una ocasión, para dirigirse a los que habitualmente le acompañaban les llamaba camaradas. Pero a don Antonio sí, y le comentó a su hija si no se habrían equivocado de lugar.

Por fin les recibió Garcerán, que les pidió disculpas por la demora en recibirles a causa de que vivían días muy complicados, aunque no les aclaró que la complicación obedecía a encontrarse a pocos días de que su jefe procediera a la fundación de la Falange. Se dirigió a Marián para decirle:

—No está José Antonio ahora, pero cuando se ha enterado de que venías tú me ha dicho que hará un esfuerzo para acercarse a saludarte. Podéis ir contándome el asunto.

Rafael Garcerán, junto con el otro pasante, Manuel Carrión, siguieron llevando el bufete cuando José Antonio, entregado al partido que acababa de fundar, apenas podía dedicarle tiempo, pero seguía precisando de los ingresos que generaba el despacho. Ambos pasantes fueron de los primeros en apuntarse a la Falange, de los que en su día se llamarían «camisas viejas» para distinguirse de otros más advenedizos, y Garcerán tuvo un papel relevante en la defensa del cuartel de la Montaña, baluarte de los sublevados en Madrid contra el régimen de la República en 1936, ya que se presentó al general Funjul, que era quien mandaba en el cuartel, para poner a sus órdenes, en nombre de José Antonio, a todos los falangistas que habían logrado introducir en el recinto.

Pero en aquella ocasión seguía siendo, todavía, más abogado que político y estudió con mucho detenimiento la documentación que le presentó don Antonio, haciéndole observaciones muy oportunas, de modo que el cliente quedó muy satisfecho.

Cuando ya estaban terminando y Marián se temía que se

marchaban sin ver a José Antonio, irrumpió este en el despacho, dirigiéndose directamente a don Antonio, saludándole efusivamente y pidiéndole disculpas por no haberle atendido personalmente, pese a que sabía la amistad que le unía con ese gran caballero que era el conde de Guadalhorce. Don Antonio le replicó con una frase muy oportuna.

—El asunto no puede ser más sencillo. La Administración me debe un dinero que no admite discusión, pero no paga, lo cual no ocurría cuando gobernaba su padre en España. Todos los contratistas cobrábamos puntualmente, y bastaba una certificación de obra para que cualquier banco la descontara sin problemas. Tal era la confianza que merecía el Estado.

José Antonio asintió agradecido a estas palabras e hizo un comentario muy desfavorable para los políticos que los gobernaban, cuya única obsesión era ganar las siguientes elecciones, y a eso dedicaban su tiempo con merma de la atención que merecían los verdaderos problemas de España. A continuación se dirigió a Marián, a la que tomó su mano derecha reteniéndola entre los dos suyos, muy sonriente y afable, al tiempo que le preguntaba.

—¿Qué pasa? ¿Colaboras en el negocio de tu padre?

—No, no, solo he venido por...

No terminó la frase porque intervino el padre.

—Marián bastante tiene con ocuparse de llevar la casa, tenga usted en cuenta que soy viudo desde hace ya bastantes años, y tengo otros dos hijos más pequeños.

—Me parece estupendo que las mujeres sean amas de casa, y seguro que su hija, además de ser muy guapa, es una buena ama de casa, ¿no es así?

El que José Antonio reconociera públicamente su belleza la avergonzó un poco, dentro del gozo que le produjo aquel piropo inesperado. Además le daba la sensación de que estaba quedando muy bien con su padre, ante quien había presumido de su amistad con José Antonio, y este con sus atenciones lo corroboraba; le veía encantado y, cuando José Antonio se dirigió a él como don Antonio, le rogó que le apeara el tratamiento y le llamara simplemente Acosta o Antonio.

—De acuerdo, Antonio, yo le aseguro que va a cobrar hasta el último céntimo. Primero vamos a hacer una gestión amistosa en el

ministerio, en el que todavía queda gente honrada de los tiempos de mi padre, si no, inmediatamente acto de conciliación y a continuación...

A continuación comentó con Garcerán si sería preferible recurrir por la vía contencioso-administrativa o emprender un juicio ordinario de mayor cuantía, más lento pero más seguro, a lo que el pasante le replicó que primero iban a hacer la gestión amistosa y luego ya decidirían el camino a seguir.

—De acuerdo —admitió José Antonio—. ¿Te has quedado con el teléfono de Antonio?

Al decir esto último cruzó una mirada cómplice con Marián.

Cuando salieron del despacho, don Antonio le comentó festivo a su hija:

—No me extraña que te guste ese muchacho, es encantador. ¿Tú sabes qué partido quiere fundar? Mejor le iría si siguiera como abogado y no se metiera en líos. Bueno, a ver si nos saca a nosotros de este.

Aquella misma tarde José Antonio la llamó por teléfono y quedaron citados para el día siguiente en un lugar que Marián no conocía de nada, por no ser de los que habitualmente frecuentaba con sus amigos, y temió que, dada la fama de José Antonio, no fuera el más adecuado para una señorita. Pero asistió.

Se trataba de un local situado en la calle de Alcalá, en el tramo comprendido entre la plaza de Cibeles y la de Alcalá, que se llamaba El Sotanillo, y la impresión de primeras no era buena; había que bajar unas escaleras para venir a dar a un sótano que recibía la luz de unos ventanucos bastante pequeños situados a la altura del techo, de manera que resultaba tenuemente iluminado, como propicio para encuentros clandestinos. Habían quedado a las seis de la tarde y Marián, siguiendo los consejos de Tomasa, llegó diez minutos tarde y, a pesar de todo, allí no se encontraba José Antonio. El local estaba prácticamente vacío, la situación no podía ser más embarazosa, y lo único que le tranquilizó fue que vio sentado en una mesa redonda a un sacerdote rodeado de varios jóvenes; si había un sacerdote no podía ser un lugar de mala nota. Se acercó a ella un camarero muy mayor, casi un viejo, que le

preguntó que dónde quería sentarse, y ella le contestó que estaba esperando a una persona, a lo que el camarero le dijo que mejor sería que la esperara sentada, y ella le replicó que si la persona no venía se iría, a lo que el anciano la animó:

—Si ha quedado con un caballero seguro que viene, señorita; no va a dejar plantada a una mujer tan guapa como usted, y perdone el atrevimiento.

Marián no solo se lo perdonó, sino que le agradeció el cumplido. Desde que concertara aquella cita tan anhelada estaba presa de los nervios, se había cambiado varias veces de vestido, asistida por los consejos de Tomasa, que no siempre consideraba muy acertados, ya que su único empeño era que el vestido que se pusiera tuviera un escote que le permitiera lucir sus encantos, como si estos únicamente radicarán en los pectorales, y por fin tuvo el convencimiento de que el que había elegido no le favorecía nada, y que más fea no podía estar. Por eso recibió con agrado el cumplido de aquel anciano, accedió a dejarse conducir a una mesa que estaba situada en un rincón rectangular del establecimiento, apartado del mostrador central, y atendió el consejo del camarero:

—En este establecimiento, señorita, nuestra especialidad es el chocolate con picatostes, acompañado de agua con un bolado, muy rico. Pero ¿prefiere esperar?

Prefería esperar, pero no demasiado, porque a los pocos minutos apareció José Antonio acompañado como siempre por dos camaradas, que se limitaron a echar un vistazo al local y luego se quedaron en la puerta.

José Antonio se disculpó por su retraso, pero no mucho. Parecía estar acostumbrado a llegar tarde y que la gente comprendiera que con tantas ocupaciones como tenía era inevitable que sucediera así.

—¿Te gusta el lugar que he elegido para nuestra primera cita? —lo de primera cita le sonó muy bien a Marián porque suponía que se iban a suceder otras—. Es una chocolatería, un sitio muy discreto, algunas veces me reúno aquí con mi gente. Además, yo no soy muy goloso, pero me encanta el chocolate con picatostes.

Apareció el viejo camarero con una sonrisa muy expresiva, y se permitió decir:

—Hoy viene usted mejor acompañado, don José Antonio.

Lo cual tranquilizó a Marián porque lo interpretó como que era

la primera vez que venía con una mujer.

—¿Le has dicho a la señorita cuál es la especialidad de la casa?

—Sí, señor.

—Pues trae dos chocolates con picatostes, ¡pero bien fritos!

Y le explicó a Marián que venía con un hambre feroz, ya que llevaba todo el día prácticamente sin comer; un par de cafés bebidos por la mañana y un bocadillo deprisa y corriendo al mediodía, porque había tenido un día de locos; por eso, cuando les trajeron los chocolates se comió con cierta ansiedad sus picatostes y luego parte de los de Marián, que apenas los probó.

—Es que dentro de diez días, el día 29, tengo que pronunciar un discurso muy importante —le explicó a Marián—. Por eso necesitaba verte.

—¿Para qué? —bromeó la joven—. ¿Para que te ayude a prepararlo?

—No, porque necesito estar con una mujer que me deje cogerle la mano, ¿me dejas tú? —y sin esperar su respuesta se la cogió, y comenzó a acariciársela—, y hablar de cosas normales, que no tengan nada que ver con el mundo de la política. Tengo necesidad de que me transmitas algo de la paz que a ti te sobra, Marián. ¿Te parece que te llame Marián? Yo tuve una tía que se llamaba como tú, y siempre la llamábamos Marián.

Le parecía muy bien porque en su casa, a veces, también la llamaban así. La paz que transmitía consistía en que sabía escuchar muy bien, muy atenta a lo que decía su interlocutor y haciendo movimientos de asentimiento con la cabeza. En aquella ocasión su atención no era fingida, o muestra de buena educación, sino que le fascinaba lo que le contaba José Antonio y lo bien que se expresaba. Nunca había oído a nadie hablar tan bien. Él le había prometido que no iban a charlar de política, pero algo opinó, ya que le tuvo que explicar que necesitaba aquel rato de distensión porque, cuando estaba con los suyos, todos se empeñaban en aconsejarle lo que debía decir o dejar de decir, y además debía tener en cuenta lo que iban a disertar otros líderes que también intervenían en el acto. Y él ya tenía preparado lo que iba de decir, y no precisaba de más consejos.

—¿Tan importante es ese acto? —le preguntó ella.

Se quedó pensativo antes de contestar, se tomó la cabeza entre

las manos, guardó unos momentos de silencio y, por fin, contestó:

—Muy importante; espero que de él salga la fundación de un partido que solucione de una vez por todas los problemas de España.

Marián, que se acordaba del comentario que había hecho su padre, le dijo que si lo había pensado bien, si le convenía dejar un tanto de lado su profesión de abogado. José Antonio se echó a reír y acariciándole no solo la mano, sino también la parte de un brazo que dejaba al descubierto la manga del vestido, le dijo con fingido enfado.

—¿Es que me vas a dar tú también consejos sobre lo que debo hacer o lo que me conviene o no me conviene? ¿Tú sabes lo que a mí me conviene?

Y se explayó. A él lo que le hubiera gustado era casarse con una buena mujer y tener un montón de hijos, y una finca en Jerez donde pudiera montar a caballo y dedicarse a la caza, y ser un buen esposo de una sola mujer, y un buen padre de muchos hijos. De repente, con no poco asombro de Marián, le hizo una declaración:

—Y esto una vez en mi vida pudo ocurrir.

Sin duda se refería a Pilar Luna y a Marián le halagó que, pese al poco trato que habían tenido, le hiciera semejante confidencia. Y prosiguió José Antonio:

—Y no digo que no me pueda volver a ocurrir otra vez.

Se hizo la ilusión de que se podía referir a ella y no pudo evitar un sofoco, que coloreó sus mejillas. A continuación le preguntó que cuántos años tenía, y Marián le reprendió festiva:

—Esa pregunta no se la hace un caballero a una señora.

A lo que José Antonio, con la soltura en él habitual, le replicó:

—Ni yo soy un caballero ni tú eres una señora, sino una criatura encantadora que, cualquiera que sea la edad que tenga, seguirá siendo igual de encantadora.

—Pues tengo veintidós —le contestó quitándose uno.

—La mejor de las edades para casarse.

Cuando ya comenzaban a hacerse confidencias muy personales sobre gustos y aficiones, compareció uno de los camaradas que se habían quedado en la puerta y le dio un recado, que ensombreció por un momento el rostro de José Antonio. Cuando despidió al mensajero le dijo a Marián:

—¿Cómo quieres que piense en casarme si no me dejan en paz? Y me temo que de aquí en adelante será peor. Pero tenemos que volver a vernos, en algún sitio que no nos puedan interrumpir.

Sacó una libreta en la que tenía anotados los días que restaban hasta el 29, con compromisos inexcusables, y resultó que el siguiente jueves, a partir del mediodía, lo tenía libre.

—¿Adónde quieres que vayamos?

—A El Escorial —contestó Marián como una inspiración, ya que desde que tenía coche estaba soñando con hacer esa excursión, pero todavía no había tenido la oportunidad, y con clara intención de lucirse añadió—: Podemos ir en mi coche.

—¿Pero tienes coche? —se sorprendió José Antonio.

—Tengo coche propio, no de mi padre —se apresuró a aclarar la mujer.

—Estupendo, vamos en tu coche. Supongo que sabrás conducir, ¿no?

Esto lo dijo riendo y a continuación le aconsejó que no salieran del local juntos. Que esperase unos minutos para salir ella. Luego le pidió permiso para darle un beso y, sin aguardar su conformidad, le dio uno en cada mano.

Aquella noche le costó mucho conciliar el sueño porque las imágenes de lo sucedido en aquella mágica tarde se resistían a abandonarla. Además estaba la preocupación por su atrevimiento al brindarle viajar solos los dos en su vehículo.

Tomasa fue la primera que le advirtió que no era habitual que un hombre y una mujer viajaran solos en un coche, y consideró como un agravante el que ella le hubiera ofrecido el suyo.

—Me temo que, si tu padre se entera, no le gustará. Es muy antiguo para esas cosas.

—Pero no tiene por qué enterarse.

A pesar de todo, tomó sus precauciones. El jueves señalado apareció en el lugar de la cita, la calle Princesa, a la salida de Madrid, con su hermano de diecisiete años, José María. Se lo pidió como un favor muy especial, le dijo que nada más llegar a El Escorial les dejara solos pretextando que tenía un amigo allí, y que se fuera a visitar el monasterio, que valía la pena conocer. Además le dio cinco pesetas para que se tomara algo.

Esta vez José Antonio fue bastante puntual y cuando vio a José María, bien abrigado porque el otoño estaba avanzado, sentado muy formal en el «ahí te pudras», de primeras puso cara de extrañeza, para a continuación echarse a reír y decirle a Marián.

—¿Qué pasa? ¿Has venido con la «carabina»? ¿Te lo ha impuesto tu padre? Mi padre no dejaba salir a mis dos hermanas, Pilar y Carmen, sin la correspondiente dama de compañía, que era una señora francesa, con un poco de bigote, pero yo creo que los tiempos han cambiado algo, ¿no crees, Marián?

—Es que a mi hermano le apetecía mucho visitar el monasterio, que todavía no lo conoce y, además, tiene un amigo en El Escorial —mintió descaradamente.

José Antonio le escuchó la explicación con un aire divertido, sobre todo cuando Marián le tranquilizó: «Te aseguré que no nos estorbará», quedándose un poco azorada porque parecía que le estaba proponiendo hacer algo que no debía ser obstaculizado por extraños.

—No te preocupes, Marián, yo también vengo con «carabina», y dos a falta de una.

Y le mostró un coche negro en el que se sentaban dos camaradas, con el motor en marcha.

—A mí ya no me dejan desplazarme solo a ningún lado, lo siento. Pero no te preocupes, que esos se limitarán a seguirnos a distancia. Y me parece una crueldad que a tu pobre hermano lo lleves en el «ahí te pudras» con el frío que hace. Cabemos los tres dentro, aunque sea un poco estrechos.

Al montarse en el coche, José Antonio le dio una explicación:

—Si no nos citamos en tu casa o en el bufete, es porque no conviene que te vean conmigo; algunos me consideran un peligro, y no quiero que ese peligro te alcance a ti.

Durante el viaje hablaron de temas varios y José Antonio se tomó el trabajo de explicar al hermano las cosas que valía la pena conocer del monasterio, por el que sentía una gran admiración ya que lo consideraba símbolo de la grandeza de una España gloriosa, que algún día debería volver a ser lo que fue.

—Como no te va a dar tiempo de ver todo, te aconsejo que no dejes de visitar el Panteón de los Reyes. Es sobrecogedor.

Lo que no se imaginaba, viajando ese día en un modesto Ford T, en compañía de una encantadora joven, es que a los pocos años su cuerpo reposaría en ese mismo panteón en loor de multitudes. Como si fuera un rey.

Durante su estancia en El Escorial sucedió lo que era de prever. A José María le dejaron a las puertas del monasterio y ellos se dieron una vuelta por el pueblo, respirando un aire frío, estimulante, en un día luminoso, siempre seguidos a prudencial distancia por los camaradas; luego entraron a comer en un modesto figón, donde les sirvieron un cordero excelente, y después de almorzar subieron a la «silla de Felipe II», así denominada porque la tradición aseguraba

que desde aquel emplazamiento privilegiado seguía las obras del monasterio el monarca que las impulsó; triscaron por las piedras que la rodeaban, en medio de risas, y ayudándole José Antonio a subirlas, hasta que vinieron a dar a un bosquecillo apartado en el que se besaron apasionadamente.

El día iba de caída, las tardes eran ya cortas, y José Antonio comentó con un aire melancólico:

—No me puedo imaginar que, con lo que me espera, esté haciendo esto.

—Pues yo menos todavía —dijo ella.

—¿Es la primera vez que te besan?

—Así, sí.

—O sea, que soy un hombre afortunado.

Habían salido del bosquecillo y se habían encaminado hacia la «silla», como para contemplar por última vez la hermosura crepuscular del monasterio en sombras, y José Antonio la tomó por los hombros atrayéndola hacia sí, y ella le advirtió pudorosa que les podían ver, refiriéndose a los camaradas que hacían guardia no lejos de ellos.

—Por esos ni te preocupes —la tranquilizó José Antonio, que volvió a besarla, pero esta vez en partes menos comprometidas.

Habían de pasar años y Marián nunca olvidaría aquella tarde en El Escorial, y en más de una ocasión fue a rezar a la tumba que habilitaron provisionalmente para el hombre que fuera su primer amor, en el mismo Panteón de los Reyes.

El 28 de octubre fue cuando Marián le rogó a su hermano Ignacio que al día siguiente la acompañara al teatro de la Comedia porque le daba vergüenza ir sola.

Después del viaje a El Escorial solo se había visto una vez con José Antonio, en El Sotanillo, apenas media hora porque estaban en vísperas inmediatas del gran día. Muy ocupado y algo nervioso porque ya empezaba a dudar de su capacidad para acometer la empresa en la que se había embarcado, le dijo a Marián que no hacía falta que fuera. Le aconsejó que en caso de asistir convenía que pasara lo más desapercibida posible, y que no pensaba saludarla; le insistió en que se temía que venían tiempos peligrosos

y que su amistad no le convenía.

Por eso decidió ir acompañada de su hermano, en lugar de hacerlo con sus amigas que, sobre todo las primas y las hermanas de José Antonio, mostraban un gran entusiasmo por lo que no dudaban que iba a suceder, y daban muestras de exaltación e incluso pensaban manifestarse en el acto aplaudiendo a todo lo que dijera su primo y hermano. Los días previos al acontecimiento procuró verse poco con ellas para no tener que darles explicaciones sobre si pensaba ir o no.

Ignacio accedió a acompañar a su hermana sin ponerle pegas, pensando que se trataba de un acto político, pero en una línea cultural, o de ideas, como los que tenían lugar con frecuencia en el Ateneo de Madrid, y a los que él procuraba asistir, sobre todo cuando eran juristas los que hablaban. En esa ocasión se informó de que intervenía Alfonso García Valdecasas, que pese a su juventud era un abogado de prestigio a quien le apetecía escuchar.

El teatro de la Comedia estaba situado en la calle del Príncipe, muy céntrica, y se sorprendieron cuando vieron el dispositivo de seguridad que rodeaba el local con una segunda línea formada por guardias de asalto, como para evitar desórdenes, y una primera línea de miembros de la futura Falange encargados de controlar que no entraran en el local elementos que pudieran reventar el acto por ser contrarios a las ideas que en él se iban a exponer.

Marián mostró el pase que le había facilitado José Antonio, lo que les permitió entrar, y uno de los falangistas se ocupó de llevarles a una buena fila del patio de butacas.

—Aquí podéis ver todo muy bien, camaradas —les dijo.

Fue la primera vez que Ignacio se oyó llamar de una manera que a partir de ese día formaría parte habitual de su lenguaje. Según se iba llenando el local de gente enfervorizada, que según sus organizadores llegaron a ser tres mil, Marián se sentía sobrecogida y le comentaba a su hermano: «Yo no pensaba que era para tanto. No me lo imagino». Y su hermano le replicaba: «Yo tampoco. Creía que veníamos a otra cosa».

El acto comenzó una hora más tarde de lo previsto, en parte debido a la afluencia de público al que había que colocar de pie a lo largo de los pasillos y en parte a que algunos de los atrezistas, que pertenecían al partido socialista, se negaron a colaborar en el

manejo de los telones y de los micrófonos, obligando a improvisar a miembros de la organización. Cuando comenzó la actuación el ambiente estaba muy caldeado, en ocasiones con abucheos por la tardanza, pero también con gritos de ¡arriba España!, a la sazón inusual en la mayoría de los ambientes políticos, pero que con los años se convertiría en obligado en todo el ámbito de la nación.

Una vez que se levantó el telón en medio de una salva de aplausos, el primero que actuó fue Alfonso García Valdecasas, muy medido, sereno y conservador, que se limitó a hacer una exégesis de los inconvenientes de la proliferación de partidos políticos que a nada bueno podían conducir. A continuación intervino Julio Ruiz de Alda, que como aviador era muy famoso ya que había acometido la hazaña de tomar parte en el primer vuelo transoceánico, en el Plus Ultra, entre Europa y América, pero que como orador resultó el más flojo de todos. Y por fin apareció José Antonio, vestido con un elegante traje azul y una corbata del mismo color, que había de ser el del uniforme de la Falange, y Marián le comentó a su hermano:

—Lleva el cuello de la camisa demasiado apretado y muy alto con ese imperdible que se pone. Así hablará peor.

Pero habló muy bien. Primero recabó la atención de la sala, recorriendo con su mirada todo el recinto, no solo el patio de butacas, sino también las plateas y pisos altos, y lo consiguió, ya que cesó el alboroto consecuencia de las anteriores actuaciones. Después de unos momentos de silencio parte del público prorrumpió en aplausos, y el orador los interrumpió alzando ambas manos. Sus primeras palabras fueron: «Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente, gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo».

Desde el primer momento Marián se dio cuenta de que aquel José Antonio poco tenía que ver con el que pocos días antes la ayudaba a triscar por las peñas que rodeaban la silla de Felipe II. Hablaba con un gran convencimiento, poniendo pasión en muchas de sus parrafadas, pasión que lograba transmitir al público que cada poco le interrumpía con aplausos. Resultaba un hombre fascinante. Comenzó por desmontar los argumentos de Jean-Jacques Rousseau, al que calificó de hombre nefasto por lo que había expuesto en su *Contrato social*, ya que según esas teorías el sufragio, o votación en las urnas, tenía la virtud de decirnos en cada instante si Dios existía

o no existía, o si convenía que la patria permaneciera o era preferible que se suicidara. A continuación arremetió contra los políticos que tenían que dedicar el noventa por ciento de su tiempo a ganar las elecciones, en lugar de gobernar el país, eso cuando no se dedicaban a dormir en los escaños del Congreso. Esto ya se lo había oído Marián, pero dicho en público sonaba con una solemnidad que despertaba el entusiasmo del público. Y en un momento en el que Marián se dirigió a su hermano para comentarle algo, le encontró como transido; no era de los que aplaudían, pero no se perdía palabra que saliera de la boca del orador, y su hermana tuvo la impresión de que tenía los ojos húmedos.

Lo que más le gustó fue cuando dijo que no era cierto que la religión fuera el opio del pueblo, como sostenían los socialistas, ni que la patria fuera un mito para explotar a los más desgraciados, e hizo una loa del espíritu religioso como clave de los mejores logros de la España católica, universal e imperial. En un momento cenital de su discurso, con un gesto que podía ser teatral, pero que en él resultó muy sincero, se echó mano a la corbata azul que llevaba para decir que los obreros les podían acusar de señoritos porque llevaban corbata, «¡sí!», clamó, «¡llevaban corbata!», pero quisiera que su voz llegara hasta el último rincón de los hogares obreros para que supieran que ellos venían para terminar con toda clase de privilegios. Y que todo eso venían a defenderlo alegremente, poéticamente, porque a los pueblos no los habían movido más que los poetas. En ese punto fue cuando Marián tuvo la certeza de que su hermano tenía los ojos llenos de lágrimas, al tiempo que se unía al aplauso de los demás. Lo que menos entendió fue que para conseguirlo fuera preciso un Estado totalitario —no conocía la expresión—, y tampoco le pareció muy oportuna la referencia a la dialéctica de los puños y las pistolas cuando se ofendía a la patria, pero el final, cuando afirmó que su sitio estaba al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo y en lo alto las estrellas, le pareció precioso.

Cuando terminó su intervención y se vio rodeado de entusiastas, que le felicitaban y pretendían abrazarle, muchos sin conseguirlo, Marián tuvo la premonición de que lo había perdido para siempre.

Cuando salieron del teatro se fueron andando hasta su casa y Marián cayó en la cuenta de que ella había estado atenta al discurso de José Antonio solo relativamente, quizá más pendiente del atractivo de su figura, de los gestos de sus manos, largas y afiladas, y de las veces que se echaba mano al cuello de la camisa; en cambio, su hermano, con una unción casi religiosa, le fue haciendo una glosa de cuanto había dicho, poniendo especial énfasis en alguna de sus partes, para terminar preguntándole:

—¿Tú conoces mucho a José Antonio?

—Sí, bastante; además en su bufete llevan ese pleito de papá, por eso lo conozco un poco más —mintió para disimular la extraña índole de sus relaciones.

—¿Tú me lo puedes presentar?

—Creo que sí. Supongo que ahora, después de este discurso, estará muy ocupado, pero podemos ir un día por su bufete.

—¿Qué día? —insistió Ignacio como si le fuera la vida en ello, lo cual le hizo gracia a su hermana, que, riendo, le dijo que tuviera un poco de paciencia.

Por la noche, durante la cena, le contaron a su padre el acto al que habían asistido y don Antonio no se alarmó demasiado por el entusiasmo del que daba muestras Ignacio. Admitió que José Antonio era un hombre muy atractivo, pero por lo que le contaba Ignacio, un soñador.

—¿Un soñador? —se escandalizó su hijo—. Tú no le has oído, papá. No he visto una persona con los pies más en la tierra. Todo lo que ha dicho son verdades como puños.

—¿También lo del Estado totalitario? —le objetó su padre.

Esto no lo habían entendido bien ninguno de los hermanos y su padre les explicó que el totalitarismo era una postura política que concentraba todo el poder del Estado en una persona, lo cual no era bueno, pero a Ignacio no le pareció mal si esa persona tenía la categoría de la que había dado muestras José Antonio.

—Me parece bien que tengas ilusiones —condescendió el padre —, eso es bueno a tu edad, pero no te hagas demasiadas. Y a ti, Marián, que estás muy callada, ¿qué te ha parecido?

—Que estaba muy guapo.

Y los tres se echaron a reír.

Cuatro días después, el 2 de noviembre, se fundaba Falange Española, e Ignacio fue de los primeros en inscribirse, por lo que ya de por vida ostentaría la condición de «camisa vieja», de la primera oleada, algo muy apreciado en los tiempos que se avecinaban, hasta el extremo de que quien años después accedió a la máxima jefatura del Estado, el general Franco, lo hizo vistiendo de camisa azul.

Marián tuvo sus dudas; pensó que si se inscribía tendría más oportunidades de seguir viendo a José Antonio, a quien daba por perdido, pero no del todo, sobre todo porque el 4 de noviembre tuvieron un nuevo encuentro, como todos, clandestino, fugaz pero intenso y, cosa curiosa, José Antonio quería saber el juicio que le había merecido su discurso del teatro de la Comedia, que ella alabó, pero advirtiéndole que a su modo de ver movía demasiado las manos, que de vez en cuando se las llevaba al cuello, como si le apretara el de la camisa, que ella creía que así ocurría.

—Puede que lleves razón —admitió José Antonio—, pero eso se va a acabar. Hemos acordado vestir un uniforme con una camisa y sin corbata, que es el que tengo que llevar cuando tenga que dar un mitin.

—¿Y de qué color va a ser la camisa?

—Azul.

—Me encanta el color azul. Es mi preferido. Mi hermano te quiere conocer.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiún años, para cumplir veintidós.

—Estupendo, pasaos por el despacho.

Tardaron todavía unos días para que lo conociera Ignacio, porque José Antonio, entregado a dar mítines por España, fundamentalmente por Castilla, explicando lo de la fundación de la Falange, apenas aparecía por el despacho. Garcerán les recomendó que si querían hablar con él se fueran a uno de esos mítines, ya que después de pronunciarlo le solía quedar algún rato libre.

—Además —le dijo a Marián—, le encantará verte. Necesita un poco de distracción.

La mujer se sintió halagada con esta observación, aunque preocupada pensando qué clase de distracción creía Garcerán que podía proporcionarle ella.

En el Ford T se fueron los dos hermanos a Valladolid, plaza muy

interesante porque en ella residía Onésimo Redondo, fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) que acabarían fundiéndose con la Falange. El acto tuvo lugar en una sala de cine, en un ambiente más distendido que el de Madrid, con menor afluencia de público, y en el que también actuó Onésimo, pero la estrella fue José Antonio.

Repitió en buena parte el discurso del teatro de la Comedia, pero poniendo énfasis en las características del público al que se dirigía, que logró que se pusiera en pie aplaudiendo cuando dijo cuánto había sufrido recorriendo aquellas tierras vallisoletanas, de gentes nobles, que vivían en una tierra aparentemente árida, pero que asombraba por la fecundidad que estallaba con el esplendor de los pámpanos y la mies de los trigos, gente torturada por miserables caciques, envenenada por predicaciones tortuosas, y que le recordaba lo que cantaba El Cid errando por los campos de Castilla, desterrado de Burgos, «¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor!», pero un señor como el de san Francisco de Borja, un señor que no se nos muriera.

Hablaba con más tranquilidad que en Madrid, con el aplomo de quien está seguro de que lo que dice gusta, tomándose pausas para que la gente pudiera interrumpirle con sus aplausos, y en esas pausas recorría la sala con la vista, lo que le permitió distinguir a Marián sentada en una de las primeras filas, y hacerle un gesto de complicidad.

Al término de su intervención recibió también muchos abrazos, pero no tantos que no le permitieran hacer una señal a Marián para que se aproximara, y cuando lo hizo le dijo en un susurro: «Nos vemos en el hotel».

El hotel estaba situado en la calle del Conde Ansúrez, y era bastante modesto, de acuerdo con el espíritu castrense y austero del partido recién creado, pero cenaron muy bien, porque les invitó a cenar y, a pesar de sentarse a la mesa con Onésimo y otros organizadores del acto, les dedicó bastante atención; a Ignacio le temblaba la voz cada vez que se dirigía a él. Cuando le indicó su deseo de inscribirse en la Falange, José Antonio le miró muy fijo, luego le preguntó que si se lo había pensado bien, para por fin darle un abrazo y decirle que gente como él era la que precisaba el partido en sus primeros balbuceos. Esto sucedía en la barra del bar

del hotel mientras tomaban una copa de vino español y, cuando se sentaron a cenar, José Antonio dijo al resto de los comensales: «El camarada Ignacio, desde este momento, es uno de los nuestros». Ignacio siempre presumiría de que él había sido recibido en la Falange por el propio José Antonio Primo de Rivera, sin necesidad de rellenar ningún formulario.

Durante la cena siguieron hablando de política. Marián no era la única mujer, ya que se encontraba Pilar, la hermana de José Antonio, que desde el primer momento había hecho promesa de dedicar toda su vida a la Falange, y la cumplió hasta que murió de avanzada edad. También se sentó con ellos Luisa María Aramburu, a la que Marián ya conocía, una de las mujeres encargadas de diseñar el uniforme que debían vestir todos los falangistas en los actos públicos, aunque luego, cuando pasados los años se hicieron con el poder, los había que no se lo quitaban ni para dormir.

José Antonio había hecho sentar a Marián a su derecha y a la izquierda a su hermana Pilar, y tanto a una como a otra, de vez en cuando, les tomaba la mano, y a Marián se la acariciaba con escaso disimulo, como si le importara poco lo que pudieran pensar los demás. Cuando terminaron de cenar se sentó a solas con ella en un sofá del *hall* del hotel y le dijo que estaba muy cansado y que no sabía cuánto tiempo podría aguantar así, a lo que la mujer le replicó que no había hecho más que empezar. Pero él le confesó que dudaba de sus condiciones de dirigente y le hizo una declaración sorprendente:

—¿Sabes cuánto sufro cuando veo esos brazos en alto que me saludan?

Se refería al saludo propio de los partidos fascistas europeos, que al principio llamaba la atención en España, pero que llegó un tiempo en el que hasta los obispos saludaban con el brazo en alto.

Eran las diez de la noche pasadas y a José Antonio le entró la preocupación de que tuvieran que retornar a Madrid a aquellas horas. ¿No se podían quedar a dormir? Marián le dijo que no había más remedio que marcharse porque su padre les estaba esperando. En aquella ocasión no hubo besos, pero al despedirse tuvo una atención muy especial con Ignacio: le dijo que si quería practicar en su incipiente condición de abogado podía ir por su bufete. Él hablaría con Garcerán.

El camino de regreso que les llevó cerca de tres horas, desiertas como estaban las carreteras en aquellos tiempos, lo hicieron en silencio, cada uno entregado a sus sueños.

El de Marián era lo que hubiera podido suceder caso de que se hubieran quedado a dormir en aquel hotel. No lo quería ni pensar, pero no dejaba de hacerlo, y le producía un ahogo que hasta le costaba respirar; su hermano se lo notó y le preguntó inquieto:

—¿Vas bien?

—Sí, solo un poco emocionada.

—No me extraña; José Antonio te tiene mucho aprecio. Yo creo que es algo más que amigo. ¿No seréis novios?

—¿Tú crees que ese hombre está para tener novia?

—Por ahora, no; solo está para cambiar a España de arriba abajo, pero con el tiempo quién sabe.

—Pues de momento yo tampoco lo sé.

Fue todo lo que hablaron durante el camino de regreso y, cuando ya estaban entrando en Madrid, Ignacio le pidió.

—No le digas nada a papá de que me he hecho de Falange.

El primer día que fue Ignacio al bufete de la calle de los Madrazo fue recibido con extrañeza, pero cuando dijo que era hermano de Marián la cosa cambió. Además al otro día apareció José Antonio en una rápida visita, y les dijo a Garcerán y Sarrión:

—Ignacio es de los nuestros, a ver cómo me lo tratáis.

Y le trataron muy bien, y para comenzar le dieron a leer, entre otros, el expediente del pleito de su padre contra la Administración pública, pues suponían que le haría ilusión intervenir en un asunto familiar.

Ignacio se pasó una semana desconcertado, perdido en un piélagos de papeles, sin notar para nada que se hubiera hecho de Falange, y llegó a temerse que podía quedar reducido a la condición de pasante de un bufete singular en el que entraban clientes a los que Garcerán trataba con mucha deferencia, porque era un buen abogado y los ingresos que producía el despacho eran muy importantes para la causa; pero también entraban jóvenes, generalmente bien vestidos, otros con pinta de obreros, y algunos levantaban el brazo y saludaban con un ¡arriba España! Y uno de estos, un hombre maduro, Mariano, le dijo:

—Yo soy tu jefe de centuria. Ya hablaremos. Todavía estamos organizándonos.

Ese día no le dijo más porque todos los que entraban en el despacho andaban siempre muy apurados. Sin duda, el crear un partido político de la nada era un trabajo ingente, y había noches que las pasaban sin dormir.

Elena, la mecanógrafa y recepcionista, decía que daría su vida por José Antonio, y fue quien le explicó a Ignacio en qué consistía un jefe de centuria. Tendría algo más de treinta años y, sin ser guapa, resultaba atractiva, por lo bien distribuidas que tenía las

formas de su cuerpo, la simpatía que emanaba de su rostro y la disposición que mostraba para atender a toda clase de encargos. Era capaz de hablar por teléfono sin dejar de escribir a máquina y, si era preciso, atender una visita. Sus jefes la animaban: «No sé lo que sería de nosotros sin ti, Elena». Ella, cosa inusual en aquellos tiempos en una mujer, era mal hablada y les contestaba que sin ella se irían al carajo, y cuando se enfadaba con ellos les reprochaba que la hubieran tomado por el c... de la Bernarda.

A Ignacio le cogió cariño desde el principio porque le veía muy guapito e inocente y, además, despertaba su curiosidad el que fuera hermano de Marián, por quien era evidente que el jefe mostraba algún interés, y cuyos encuentros no eran tan clandestinos, porque el jefe siempre iba acompañado y los acompañantes no eran, en ocasiones, suficientemente discretos.

—Te pareces mucho a tu hermana —le dijo al poco de conocerle —, pero tu hermana es mucho más guapa. Pero tú en hombre tampoco estás mal. ¿Tienes novia?

Esa desenvoltura a la hora de expresarse desconcertó a Ignacio, que llegó a pensar si aquella mujer no se le estaría insinuando, lo cual no dejaba de halagarle ya que estaba pasando por una fase de indefinición sentimental; le gustaban casi todas las mujeres, pero no se atrevía a abordar a ninguna. A lo más, a veces se acordaba de Alicia, la chica que conoció en el Paseo de Coches del parque del Retiro el día que su hermana estrenó el Ford T.

Elena había mecanografiado los estatutos fundacionales de la Falange, en los que se especificaba que los afiliados se distribuirían en unidades jerárquicas articuladas en escuadras, falanges y centurias, siendo el jefe de centuria el encargado de organizar los otros dos estamentos.

—De este Mariano, que es el que te corresponde, no sé qué decirte —le explicó Elena—. Al jefe no le queda más remedio que confiar en los que están dispuestos a seguirle, pero yo no sé si este Mariano me convence mucho. Ha estado en la Legión. Tú ve con cuidado.

«¿Con cuidado de qué?», le preguntó Ignacio, y la única aclaración que le hizo la mecanógrafa fue que no todos en la Falange eran del mismo parecer, y Mariano le parecía de los lanzados. «¿Y eso era malo?», insistió el joven. «Depende», fue la

única respuesta que recibió.

La respuesta la obtuvo a los dos días cuando le llegó la orden de trasladarse a la calle de Leganitos, donde funcionaba provisionalmente un local del partido, en el que junto a otros afiliados recientes, en su mayoría estudiantes, recibió instrucción básica sobre la Falange. El que la impartía era un joven con gafas, muy pálido, pero que recitaba el ideario falangista con aire de iluminado. Y a alguno que se atrevió a preguntar le replicó que allí no iban a preguntar y perder el tiempo, sino a aprender.

Al término de aquella primera sesión apareció Mariano, quien se dirigió a los reunidos preguntándoles si tenían experiencia en el empleo de armas. Se miraron unos a otros un tanto sorprendidos, porque no se esperaban aquella pregunta, y por fin dos levantaron la mano. Uno de ellos, Ignacio.

—A ver, ¿qué clase de armas manejáis? —les preguntó Mariano.

El otro respondió que escopeta de caza.

—Está bien, pero aquí no vamos a cazar perdices. ¿Y tú? —se dirigió a Ignacio, quien sin dudar contestó.

—Yo sé manejar una pistola.

Eso ya le pareció mejor, y a los demás les dijo que tenían que espabilar, que bien claro había dejado el jefe en su discurso del teatro de la Comedia que había llegado el momento de usar la dialéctica de los puños y las pistolas.

Al otro día quedaron citados a las afueras de Madrid, en un punto apartado del barrio de Vallecas, para practicar instrucción en campo abierto, en un huerto que había cedido para ese fin un simpatizante del partido. Ignacio apareció en el Ford T de su hermana, que ya le había enseñado Vicente a conducirlo. Mariano se admiró y le animó:

—Eso está muy bien, Ignacio, ese coche nos puede servir en alguna ocasión.

—Bueno —le aclaró el joven—, es de mi hermana.

—¿Pero tu hermana no es del partido?

—Creo que no. Además, no sé si las mujeres pueden serlo.

—Bien, eso de que las mujeres puedan ser del partido no está todavía claro, pero todo se andará.

Esperaron más de un cuarto de hora a que llegara todo el grupo, que no llegó a completarse porque faltaron varios de los que habían

asistido a la teórica. Mariano hizo un comentario despectivo sobre los que se habían rajado porque les faltaban cojones, pero que cuanto antes se sacudieran las ramas podridas del árbol, mejor.

Entraron en el huerto, que era muy amplio, aunque se veía descarnado porque el invierno estaba a las puertas, y, a pesar de ser un día muy frío, Mariano dispuso que se desprendieran de ropa y se quedaran en camisa, porque de allí en adelante solo una camisa sería el uniforme de la Falange y convenía ir acostumbrándose. Ignacio echó la cuenta de los que habían perseverado ante el primer embate y resultaron quince.

Mariano había sido sargento en la Legión y tenía en mucho la eficacia de la instrucción en orden cerrado, de la que les dio unas clases, reprendiéndoles las torpezas que cometían, pero en plan bastante simpático y gastándoles bromas referidas, por regla general, a deficiencias de la masa testicular. Les recordó que eran una milicia y que tenían que aprender a desfilarse marcialmente.

Terminada la instrucción en orden cerrado, sin mucho éxito, dijo:

—Ahora vamos a acometer un tema más serio.

Y con cierta prosopopeya abrió una cartera negra, bastante usada, de la que sacó dos pistolas, y aclaró:

—Del nueve largo parabellum, solo para hombres. Las usábamos en la Legión, con eso está dicho todo.

Consideraba la Legión el culmen de la masculinidad, se sentía muy orgulloso de haber pertenecido a ella y contaba anécdotas con cierta gracia, aunque solían ser más bien tremendas.

Una de las pistolas la desmontó en sus partes principales, explicándoles que no bastaba con saber manejarlas, sino que había que cuidar todas sus partes, como si fuera nuestra querida.

A continuación puso un blanco en una de las tapias del huerto y tomando una de las pistolas hizo una exhibición de puntería, acertando en la diana con dos disparos de tres.

—No está mal, pero lo puedo hacer mejor. Ahora tú, Ignacio, vamos a ver si es verdad que sabes manejar un arma.

Ignacio la tomó, la sopesó con aire profesional y comentó:

—La que yo he usado es más pequeña, creo que era una star del seis.

—Ya te dicho que esta era una pistola de hombres. Te tendrás

que acostumbrar a ella.

Ignacio se puso en posición, no acertó en la diana, pero se aproximó bastante, y Mariano condescendió.

—Bastante bien para ser el primer día.

A continuación lo intentó el cazador, con no demasiada fortuna, y con el resto de la escuadra tuvo que desistir, porque bastantes de ellos dieron muestras de no encontrarse a gusto en aquel ambiente bélico. Uno se atrevió a decir que no se habían inscrito en la Falange para pegar tiros.

Mariano evaluó la situación y, cautamente, determinó dar por terminada la sesión por aquel día. Se despidieron a la salida del huerto y cada uno volvió a Madrid por sus propios medios, excepto Mariano, que le rogó a Ignacio que le llevara en su coche.

Durante el viaje le comentó.

—Me parece que el único que va a servir para esto vas a ser tú. Te voy a proponer a los mandos como jefe de una falange.

La chulería de Mariano y su permanente alarde de virilidad le hacían gracia a Ignacio. Y el que le brindara pasar de la condición de modesto escuadrista a la de jefe de una falange, con mando sobre veinticinco escuadristas, le produjo cierta satisfacción, aunque le objetó que no sabía si serviría para eso, a lo que Mariano le replicó:

—El que sirvas o no, no lo tienes que determinar tú, sino los jefes.

Al llegar a la Gran Vía aparcaron en la puerta de un bar que conocía Mariano, donde tiraban la cerveza como en ningún otro lugar, y se tomaron varias cañas con unas cigalas, al tiempo que se hacían confidencias, e Ignacio, no lo podía remediar, se reía con las salidas de su jefe de centuria, chulescas pero bien traídas.

Cuando al otro día entró en el bufete, Elena le preguntó cómo le había ido en sus primeras sesiones en el partido e Ignacio se lo contó con todo detalle y presumió de que había sido el único que manejó con relativo acierto la pistola, momento en el que la mecanógrafa torció el gesto y comentó:

—Ese tío se cree que sigue en la Legión.

El asunto trascendió ya que Elena se lo comentó a Garcerán, y este al mismo José Antonio, que aquel día se dio una vuelta por el bufete, lo que era excepcional ya que acababa de ser elegido

diputado a Cortés por Cádiz, provincia en la que tenían mucha raigambre los Primo de Rivera, y entre la toma de posesión y sus intervenciones parlamentarias, amén de los mítines que tenía que dar en su nueva demarcación, andaba en extremo atareado, pero entre viaje y viaje procuraba pasarse por el despacho, porque pensaba que eso de la política se podía acabar cualquier día y él tendría que seguir ganándose la vida como abogado.

Garcerán se lo comentó advirtiéndole que a Mariano había que atarle corto, porque la Falange no era una banda de pistoleros, y que algunos se habían tomado lo de la dialéctica de los puños y las pistolas demasiado al pie de la letra. Todavía no se había producido ninguna víctima en las filas falangistas y José Antonio estaba en fase de considerar la violencia como remedio extremo contra el tirano, de acuerdo con la doctrina de santo Tomás de Aquino, aunque no contra los adversarios políticos, a los que se podía golpear con los puños —él lo hizo en varias ocasiones defendiendo la memoria de su padre, y durante su actividad parlamentaria llegó a agredir a dos diputados por ese motivo—, pero se reservaba el uso de las pistolas solo para el asalto al Estado, cuando este se convertía en tiránico, amenazando a la unidad de España.

Hizo venir a su presencia a Ignacio y delante de otros miembros del despacho le preguntó con tono severo:

—¿Por qué dijiste que sabías manejar una pistola?

Ignacio, que no estaba acostumbrado a ver a José Antonio de ese talante, se quedó perplejo, un poco atemorizado, y lo único que se le ocurrió fue contestarle:

—Es que la sé manejar; una vez maté un conejo.

La salida le hizo gracia a José Antonio, que también era cazador, y le replicó festivo:

—Sería con una escopeta.

No, le aclaró el joven, fue con una pistola que le había prestado el chófer de su padre, pero admitió modestamente que el conejo estaba parado a la entrada de su madriguera. A José Antonio le hizo reír la explicación, admitió que de todos modos no era fácil acertar a un conejo con esa arma y terminó diciéndole que se olvidara de la pistola, que no había entrado en la Falange para eso, aunque concluyó:

—Si algún día, Dios no lo quiera, llega el momento de tener que

usar las armas, ya te avisaré.

A continuación le tomó por el hombro, le apartó un poco y le preguntó por su hermana.

—Salúdale de mi parte y dile que si no la llamo es porque estoy muy ocupado. Apenas paro en Madrid, siempre de un lado para otro, pero me acuerdo de ella.

Este recado se lo dio con un disimulo solo relativo, porque algunos lo oyeron aunque hicieron como que no lo oían.

El que José Antonio se sintiera en falta con su hermana a Ignacio le pareció una buena noticia. ¿Acabaría Marián siendo la novia de aquel hombre tan por encima de los demás? Cuando le transmitió el recado a su hermana, esta le dijo:

—Pues si le ves, dile que sigo esperando su llamada.

No tuvo ocasión de transmitirle ese mensaje porque durante bastantes meses apenas vio a José Antonio. Fue una época de gran intensidad en su vida, porque siguió alternando su quehacer en el bufete con su condición de jefe de falange, encargado de impartir teóricas a los nuevos afiliados, que se sucedían cada día, ya que cuando se produjo la sublevación militar en el 1936 se calcula que el número de ellos ascendía a veinticinco mil, cifra insignificante en comparación con el poderío que llegaron a alcanzar a partir de esa fecha, y que a los encargados de instruirlos les daba mucho trabajo. Le dieron esa misión por su condición de abogado, conocedor de los estatutos de la Falange y de los discursos que pronunciaba el jefe, bien en el Parlamento o en las provincias, todos los cuales llegaban al bufete de los Madrazo y él, con la ayuda de Elena, se ocupaba de clasificarlos e imprimirlos en ciclostil.

Marián, muy desprendida, le permitía servirse de su Ford T para los desplazamientos que tenía que hacer continuamente y se quejaba de que se había quedado sin coche. La realidad era que no lo necesitaba mucho, pues su vida se limitaba al barrio de Salamanca, en el que vivían, y además Ignacio la consolaba diciéndole que la cesión era para una buena causa. Sobre esto último ella tenía sus dudas, ya que por culpa de aquella buena causa se había quedado sin el que podía haber sido su pretendiente.

Mariano recibió una severa advertencia de los mandos sobre la instrucción armada, pero no por eso perdió su condición de jefe de centuria y, cosa curiosa, comenzó a sentir cierta admiración, o

respeto, por Ignacio, a quien veía cada vez más impuesto en el ideario de la Falange, a diferencia de él, que se había quedado en los conceptos más elementales del discurso del teatro de la Comedia. A José Antonio le admiraba por su gallardía y porque en más de una ocasión había demostrado tener un par de cojones, pero se perdía en sus disquisiciones sobre la unidad de destino en lo universal. Como tenía un claro sentido de la jerarquía militar, le confesó en más de una ocasión a su amigo:

—Si a mí el jefe me dice que se acabó lo de practicar con armas, como si me lo hubiera dicho Dios. Pero yo no me separo de mi pistola, ni para Dios. —Acostumbraba a citar mucho a Dios—. Mira. —Se abría la chaqueta y le mostraba la sobaquera en la que guardaba la parabellum del nueve largo.

Este tipo de conversación era frecuente, ya que se veían casi a diario, no tanto por razón del servicio sino por la afición que le había tomado Mariano, que a la caída de la tarde le iba a buscar, bien a Leganitos o a los Madrazo, para irse a tomar unas cervezas, en ocasiones a merenderos a las afueras de Madrid, sirviéndose del Ford T en el que le encantaba montarse al exlegionario. Siempre bebían cerveza, hasta que Mariano decía que ya estaba bien por hoy, porque en ningún caso quería excederse, ya que despreciaba a los borrachos o a los que no sabían beber.

Uno de esos días le llevó a un prostíbulo que había en la calle del Desengaño, a espaldas de la Gran Vía. Fue de las veces que habían bebido casi hasta el límite e Ignacio, un poco mareado, se dejó conducir sin saber muy bien adónde iban, hasta que se encontró en un salón con señoritas ligeras de ropa. Cuando tomó conciencia de dónde estaban se le dispararon en parte los vapores y preguntó:

—¿Adónde me has traído?

—Bien claro está, ¿o es que eres marica?

—A mí esto no me parece propio de nuestro estilo.

Y comenzó una discusión bastante confusa en la que Ignacio le hacía consideraciones sobre el espíritu castrense de la Falange, a lo que el otro le replicaba que tanto o más castrense era el espíritu de la Legión y no por eso dejaban los legionarios de frecuentar los prostíbulos. Por fin, como para terminar la discusión, Ignacio le espetó:

—Pues yo no me imagino a José Antonio en un lugar como este.

—¿El «jefe»? —Se echó a reír Mariano—. Ese no necesita irse de putas. Tiene a su disposición todas las mujeres que quiera.

Después de decirlo, aclaró, como para no ofender.

—Oye, que no estoy pensando en tu hermana. Me refiero a otra clase de mujeres.

Ignacio le advirtió que aunque fuera su jefe de centuria había estado a punto de partirle la cara. «Y yo te hubiera pegado un tiro», le replicó el otro.

Ese día cada uno se fue por su lado y estuvieron tres días sin verse, pero al cuarto apareció Mariano en Leganitos con aire contrito y le pidió disculpas por si le había ofendido con lo de su hermana.

—Ya sé que no pretendías ofenderme, pero me molestó que citaras a mi hermana en aquel antro.

«¿Antro? —se escandalizó Mariano—. ¡Si es uno de los prostíbulos más caros de Madrid!». Lo dijo tan serio que a Ignacio le dio la risa y le rogó que dejaran el tema, que estaba todo olvidado, pero Mariano no era del mismo parecer e intentó informarse sobre la vida sexual de su amigo, aunque este se negó a darle explicaciones alegando que pertenecía a su intimidad. ¿Y no le podía desvelar algo de esa intimidad?

—Pues mi intimidad es que me encantan las mujeres guapas, por ejemplo, las artistas de cine, pero como son inalcanzables procuro no pensar en ellas.

—Oye —insistió Mariano—, pero a Elena bien al alcance que la tienes, y la verdad es que está muy buena.

Esta salida desconcertó a Ignacio, y hasta se puso un poco colorado ya que Elena le resultaba muy atractiva, sentía una extraña apetencia hacia ella, pero...

—Oye, ¡no pretenderás que me enrede con una camarada!

—¿Y por qué no? ¿Qué tiene de malo?

—Vamos a dejar una cosa clara, Mariano, ¿quieres que sigamos siendo amigos? Pues de sexo no me interesa hablar contigo, ni con nadie. Bueno, lo hablo solo con mi confesor.

—¿Pero tú te confiesas? —se admiró Mariano.

—Sí. ¿Pasa algo?

—O sea, que va a tener razón el jefe cuando dice que los

falangistas debemos ser mitad monjes, mitad soldados. Aunque yo lo entiendo como que somos dos mitades, y yo pertenezco a la de los soldados.

Eran de las salidas que a Ignacio le hacían gracia, aunque procuraba disimularlo para que el otro no se creciese.

Cuando Ignacio llevaba un año en el partido, ya se había convertido en un veterano, al que incluso los mandos pensaron en hacer jefe territorial. En la Falange iba todo muy deprisa porque el jefe se daba cuenta de que no quedaba más remedio que hacer la revolución para terminar con la corrupción reinante, que estaba alcanzando cotas inadmisibles, que podían terminar con la desmembración de España.

Pasaron semanas sin que Ignacio tuviera oportunidad de ver a José Antonio, hasta que en febrero de 1934 se produjo un hecho luctuoso que obligó al jefe a ponerse la toga de abogado: el asesinato del estudiante falangista Matías Montero a manos de un militante socialista, Francisco Tello. Matías Montero, estudiante de medicina, era uno de los organizadores del Sindicato Español Universitario, SEU, que estaba enfrentado a los de la FUE, federación izquierdista con mucho relieve en la universidad; además se dedicaba a vender *FE*, revista de la Falange Española.

La Falange siempre sostendría que no habían sido ellos los que habían iniciado la violencia que se desencadenó después, ya que la primera víctima fue uno de los suyos. Los más exaltados del partido pretendieron replicar de modo inmediato a aquel atentado, pero en aquella ocasión José Antonio prohibió cualquier tipo de represalia y dispuso que se actuara conforme a derecho, y como prueba de ello se volvió a vestir la toga de abogado para actuar como acusación privada contra el asesino, que había sido detenido. El alegato acusatorio se preparó en el bufete de los Madrazo y a Ignacio le cupo la satisfacción de tomar parte en esa preparación. En la víspera del día del juicio, que por el procedimiento de urgencia tuvo lugar el 19 de febrero de 1934, despachó en persona con José Antonio en su domicilio particular. Lo encontró agotado de dar mítines tras un largo viaje, pero, cuando se puso a examinar el expediente, según lo leía se animaba, y cuando terminó su rápida

lectura le preguntó a Ignacio:

—¿Lo has hecho tú?

—He tomado parte —admitió modesto—, pero el trabajo principal ha sido de Sarrión.

—Pues habéis hecho un gran trabajo.

A continuación le pidió algunas aclaraciones, cuyas respuestas anotó en un cuadernillo azul, y cuando terminaron le dijo:

—Ya te puedes imaginar que con el trabajo que tengo es muy difícil que me pueda ocupar de mis asuntos personales. ¡Qué más quisiera yo que poder!

No le dijo cuáles eran esos asuntos personales, pero Ignacio no dudó de que se refería a su hermana. Y para colmo añadió:

—Ya sé que estás haciendo una gran labor en el partido, y se te agradece. Formar a los nuevos es lo más importante.

—No hago más que lo que debo, y más me gustaría hacer —le replicó emocionado Ignacio.

Era la primera vez que veía actuar a su jefe como abogado y asistió al juicio sentado en la primera fila, quedándose admirado de su profesionalidad. La muerte de Matías había conmocionado a José Antonio, pero disimulando sus emociones actuó con la frialdad de un fiscal, que se limita a exponer los hechos, como si la víctima fuera un extraño, para acabar demostrando que el asesino había actuado con alevosía, premeditación, nocturnidad y ensañamiento, porque no se había conformado con matarle de un disparo que le alcanzó el corazón, sino que gratuitamente le propinó otros tres más en el vientre, por lo que pedía para él la máxima pena, que fue la que consiguió, 23 años y tres meses, ya que en aquellos tiempos estaba abolida la pena de muerte.

A pesar de los muchos que se acercaron a felicitarle por su brillante actuación, José Antonio tuvo de nuevo unas palabras para agradecerle a Ignacio el trabajo que había hecho, y el joven no pudo evitar un ramalazo de orgullo porque el elogio lo hizo públicamente, delante de otros jefes del partido, quienes le dieron unas palmadas de complicidad y reconocimiento.

A raíz de este acontecimiento, José Antonio dictó una circular por la que se recordaba a todos los camaradas que ellos no eran una banda de mercenarios que se dedicaban a eliminar a sus adversarios, aclarando que, si en su discurso del teatro de la Comedia se había referido a la dialéctica de los puños y las pistolas, lo hizo pensando tan solo en la conquista del Estado y en la defensa de la patria, no para solucionar ajustes de cuentas.

Pero los mandos, sobre todo los de la región de Madrid, que era la más conflictiva, entendieron que había que prepararse por lo que pudiera ocurrir, y se comenzó a impartir formación militar a aquellos afiliados que se prestaran a recibirla. Uno de los asignados para esa misión fue Mariano, junto a algunos oficiales del Ejército que se habían incorporado a la Falange. Mariano solía destacar entre todos ellos por ser el que más experiencia tenía en el manejo de armas, no solo teórica, sino práctica, ya que en Marruecos había tomado parte en algaradas en las que tuvo que disparar contra seres humanos.

Uno de esos días fue a ver a su amigo y, como quien le da una buena noticia, le dijo:

—Mira lo que te he conseguido. —Y le mostró una pistola star del seis, y ante su cara de extrañeza continuó—: ¿No es la que decías que te gustaba a ti?

Ignacio la tomó, la sopesó y constató que era igual que la que usaba Vicente.

—Te la puedes quedar, o, mejor dicho, te la debes quedar porque vienen tiempos en que la puedes necesitar.

Y se la quedó, dándole las gracias a su amigo. Cuando sus ocupaciones se lo permitían se desplazaba al huerto de Vallecas para practicar con el arma. Mariano siempre se lo presentaba a los

otros camaradas como un militante de la confianza del jefe, lo que no agradaba a Ignacio, que le reprendía: «¿Por qué dices esa tontería?». «¿Es que acaso no era verdad? ¿No había ayudado al jefe en el proceso de Matías Montero? Además, ¿no era amigo de su hermana?». «¡Y eso qué tiene que ver! —se sulfuraba Ignacio—. ¡Deja a mi hermana en paz!».

Ignacio procuraba pasar el mayor tiempo posible en el bufete de los Madrazo, porque se daba cuenta de que en la práctica del derecho podía estar su futuro, caso de que no salieran adelante los planes de José Antonio de convertir el Estado español en un Estado totalitario, cosa que le parecía difícil de conseguir. Se inscribió en el Colegio de Abogados, a sugerencia de Garcerán, y comenzó a llevar algunos de los asuntos del bufete, que estaba a rebosar de trabajo. Había días que apenas aparecía por su casa, con gran disgusto de don Antonio, a quien contrariaba ese plan de vida, hasta que tuvo la oportunidad de darle una gran satisfacción. Sarrión tenía buenas amistades en el Ministerio de Obras Públicas y consiguió, después de un breve proceso, que le pagaran lo que le debían al contratista. Cuidó de que en el proceso figurara como abogado Ignacio, de manera que la satisfacción de don Antonio fue doble: ganar el asunto, y gracias precisamente a la intervención de su hijo. Le pareció que el porvenir de Ignacio estaba asegurado en un bufete tan eficaz, y se resignó a que pasara tanto tiempo fuera de casa.

Su hermana procuraba no preguntarle, pero de vez en cuando no resistía la tentación de hacerlo: ¿había visto a José Antonio? Ignacio la consolaba diciéndole que era casi imposible ver al jefe, pero que las pocas veces que le veía solía tener una mención para ella, lo cual no siempre era cierto.

En diciembre de 1935 se le presentó la ocasión de pasar una tarde con José Antonio en un café madrileño, La Cueva del Orkompon, en el que se gestó un modesto himno para uso de la Falange, y que con los años se convertiría prácticamente en el himno de la nueva España. En aquel año los mítines se sucedían, y ya no solo era José Antonio quien los impartía, sino también otros mandos cualificados para ello, y los actos siempre terminaban con gritos de ¡arriba España!, lo cual resultaba un poco deslucido, hasta que uno de los poetas de la Falange, Dionisio Ridruejo, dijo que una revolución sin un himno que la avalase estaba condenada al fracaso,

y ponía el ejemplo de la Revolución francesa, a cuyo éxito tanto contribuyó *La Marsellesa*.

José Antonio, convencido como estaba de que a los pueblos solo los movían los poetas, había procurado fomentar esa afición entre los afiliados llegando a tener un plantel de ellos, muchos de los cuales alcanzaron la fama, entre otros, Agustín de Foxá, Rafael Sánchez Mazas, José María Alfaro, Jacinto Miquelarena, Pedro Mourlane Michelena y Dionisio Ridruejo, y en ese mes de diciembre los mandó reunir para que confeccionasen el deseado himno con la ayuda de un músico guipuzcoano, Juan Tellería.

En la mañana del día señalado, Jacinto Miquelarena se presentó en los Madrazo y comentó:

—Esta tarde nos reunimos con el jefe en La Cueva del Orkompon para trabajar en un himno.

Lo dijo para presumir porque entre los hombres de acción del partido no se tomaba muy en serio a los poetas y en aquellos tiempos el recibir la más mínima atención de José Antonio era una distinción muy apreciada.

Ignacio, sin comentarlo con nadie, decidió presentarse en el café de modo discreto, manteniéndose a prudencial distancia de los que iban a trabajar, pero con la esperanza de ver a José Antonio aunque fuera de lejos. Consideraba que el solo hecho de verlo, de recibir los efluvios de su personalidad, le daba ánimos para seguir con su trabajo de formación de militantes.

El lugar en el que estaban reunidos era un reservado del café, que disponía de un piano ya que a veces servía de café de variedades. Estaba lleno de humo, porque todos los poetas eran fumadores empedernidos, y el jolgorio que emanaba del lugar llegaba hasta la calle. También se apreciaba que corrían los licores espirituosos con profusión, porque esa era otra de las aficiones de los vates. Ignacio pretendió asomarse disimuladamente, pero no lo consiguió porque en aquel momento se encontraba José Antonio de pie, en mangas de camisa, con tirantes, y el cuello de la camisa desabrochada, intentando moderar el entusiasmo de los artistas, cuyo ánimo se iba encendiendo según avanzaban en las estrofas del himno. Tan pronto vio a Ignacio, le dijo:

—¿Cómo tú por aquí? ¿También eres poeta?

Como se lo dijo con un aire divertido, Ignacio no se cortó

demasiado y contestó:

—Me he enterado de la reunión y he venido por curiosidad, pero si estorbo me voy.

—No solo no estorbas, sino que nos viene muy oportuna tu presencia para que, como falangista de corazón que eres, opines sobre si lo que estamos haciendo vale para algo o no vale para nada.

Lo dijo como cortesía porque a los reunidos se les veía entusiasmados con lo que les iba saliendo e Ignacio pocas veces había visto al jefe tan feliz y contento. Les había sugerido que el himno debía ser alegre, esperanzador, como confiando en la victoria final, sin odios, pero sin olvidar que podía haber una guerra en la que no les importaría morir, ya que estaban convencidos de que seguirían haciendo guardia eterna en las estrellas, sin olvidar la referencia a las novias, que eran las que tenían que bordarles el yugo y las flechas en sus camisas azules.

Cara al sol con la camisa nueva / que tú bordaste en rojo ayer / me hallará la muerte si me lleva / y no te vuelvo a ver.

Juan Tellería presumía de donostiarra, pero en realidad había nacido en un pequeño pueblo de la provincia, Cegama, y se había educado musicalmente en San Sebastián, y más tarde en Francia y Alemania. A la sazón, era un excelente pianista y compositor, con un amplio repertorio de zarzuelas y sinfonías, y José Antonio se sentía muy orgulloso de él porque tenía en mucho que los artistas se afiliasen a la Falange. Tellería logró sobrevivir a la guerra civil que tuvo lugar pocos años después, y cuando falleció en 1948 se hizo enterrar en Aravaca, provincia de Madrid, en una fosa común en la que se suponía que estaban enterrados un grupo de falangistas asesinados al comienzo del conflicto.

Su obra más conocida era una sinfonía denominada *Amanecer en Cegama* y decidió sacrificar parte de ella, como motivo musical del *Cara al sol*, y cuando la tocó en aquella reunión, por unanimidad acordaron los poetas ajustarse a ese sugestivo motivo. Tellería, como era costumbre entre los músicos, lucía una melena que le llegaba casi hasta los hombros, y cuando tocaba el piano se desmelenaba y se ponía en trance, transmitiendo ese entusiasmo a

los poetas, que le iban sugiriendo estrofas, a veces quitándose la palabra unos a otros. Él procuraba ajustarlas a los compases de la música y les decía si cabían o no cabían.

Formaré junto a mis compañeros / que hacen guardia sobre los luceros
/ imposable el ademán / y están presentes en nuestro afán. / Si te dicen
que caí, me fui al puesto que tengo allí.

Esta estrofa fue muy discutida porque daba la impresión de que los falangistas estaban irremisiblemente destinados a hacer guardia entre los luceros, es decir, a morir, lo cual resultaba un poco pesimista, pero José Antonio decidió que de momento se quedaba así y que si se les ocurría algo mejor ya la cambiarían, porque aquello no dejaba de ser un ensayo. Pero nunca la cambiaron.

Volverán banderas victoriosas / al paso alegre de la paz / y traerán
prendidas cinco rosas, / las flechas de mi haz. / Volverá a reír la
primavera / que por cielo, tierra y mar se espera. / Arriba escuadras a
vencer, / que en España empieza a amanecer.

Le costó mucho a Tellería cuadrar estas estrofas, pero todos le animaban a conseguirlo porque era fundamental ese canto final al triunfo, que en aquellos momentos de euforia no dudaban de que se había de producir.

Cada vez que una de las frases musicales quedaba redonda y Tellería la interpretaba al piano varias veces, para estar seguro de que quedaba bien, a Ignacio se le ponía un nudo en la garganta, y hasta se le nublabla la mente porque le habían invitado a participar en el consumo de bebidas, a lo que no estaba tan acostumbrado como los poetas. Sentía que estaba viviendo un momento histórico, sobre todo cuando el himno se dio por concluso y todos los reunidos puestos en pie, con aire marcial y dirigidos por Tellería, cantaron a pleno plumón el *Cara al sol*. A más de uno se le saltaron las lágrimas, y José Antonio, el más sereno dentro de su contento, les advirtió que no dejaba de ser una versión provisional, que había que someter a la consideración de otros camaradas para mejorarlo. Pero a pesar de que se tardaron dos meses en estrenarlo oficialmente, el 2 de febrero de 1936 en el cine Europa, de Madrid, no se cambió ni un ápice de aquella primera versión.

Se despidieron los reunidos en medio de grandes abrazos de fraternidad, felicitándose recíprocamente, y todos dándole las gracias a Tellería por el maravilloso trabajo que había hecho, quien les replicaba que el mérito era suyo, camaradas, que él tan solo era un modesto músico de pueblo.

Cuando quedaban ya unos pocos, José Antonio se dirigió a Ignacio, que estaba a punto de marcharse, y le dijo:

—Tu hermana toca el piano, ¿no?

Su hermana, como la mayoría de las jóvenes de la buena sociedad, había estudiado en un colegio de monjas, en el que se aprendía a tocar el piano, pero la pregunta desconcertó a Ignacio, que matizó:

—Bueno, ahora ya lo toca muy pocas veces.

—No importa, llévale una partitura y la letra y que nos dé su opinión. Nos interesa conocer cuantas más opiniones mejor. —Y se dirigió a Tellería—: Juan, saca alguna de esas partituras que has escrito.

El músico arrancó una hoja de un cuaderno que contenía el cifrado armónico de la melodía y dijo:

—Este está más o menos completo. Puede servir.

Ignacio conservó aquella partitura a lo largo de los años, y cuando se le presentaba la ocasión presumía de haber participado en la primera vez que se cantó el *Cara al sol*, lo cual no era cierto del todo ya que no se atrevió a incorporarse al grupo de sus creadores para cantarlo. Pero de lo que no quedaba duda es que conservaba la partitura original manuscrita por el propio Tellería.

Cuando apareció en su casa con la partitura, Marián comentó:

—Por lo menos se acuerda de que le conté que toco el piano. Déjamela ahí, mañana probaré.

Pero aquella misma noche, cuando ya estaban todos acostados, se pasó un largo rato al piano tanteando la melodía.

Al otro día le pidió ayuda a Ignacio para descifrar el texto de la letra, que no estaba claro, pues algunas partes se componían de garabatos escritos por unos y por otros, y al ver uno de ellos, Ignacio dijo:

—Esta es la letra del propio José Antonio, o sea, que no me lo

pierdas.

Primero lo cantaron ellos dos solos y pronto se incorporó su hermano José María, que ya había cumplido los dieciocho años y, por fin, también lo hizo Tomasa. Se divertieron mucho porque unas veces lo cantaban muy serios, poniéndose firmes y con el brazo en alto, como les sugería Ignacio que se debía cantar, y otras como un bailable con ritmo de foxtrot, que estaba muy de moda. El padre se encontraba en un viaje de negocios, lo cual les daba más libertad, ya que les hubiera resultado difícil explicarle ese entusiasmo por el himno de un partido, con el que cada día estaba menos de acuerdo, sobre todo desde que habían comenzado los actos de violencia entre falangistas y socialistas.

Después de un par de días de interpretarlo, Marián dictaminó: Dile a José Antonio que el himno está muy bien, y que yo no lo modificaría para nada.

—De acuerdo, se lo diré.

Pero nunca llegó a decírselo porque el jefe andaba metido en otros problemas de mayor envergadura, y le parecía ridículo explicarle que a su hermana le había gustado el himno.

José María, por su parte, le dijo que a él también le gustaría hacerse de Falange e Ignacio le explicó que era un poco joven todavía, y que cuando comenzara la carrera podía hacerse del SEU, organización juvenil y estudiantil de la Falange, aunque tardaría un poco, porque estaba preparándose para hacerse ingeniero de caminos, como su padre, y el ingreso llevaba unos años. Pero nunca llegó a hacerse del SEU.

El 10 de abril de 1934 el coche de José Antonio fue tiroteado, pero con poco fundamento, ya que los que lo intentaron lo hicieron desde una distancia en exceso prudencial, como para no arriesgarse demasiado, de suerte que solo se produjeron un par de impactos en el vehículo; los escoltas del jefe, según información de la prensa, se limitaron a repeler la agresión disparando al aire. Era a la sazón parlamentario por Cádiz y el incidente tuvo bastante repercusión en los medios de comunicación por ser la primera vez que se atentaba contra un diputado, con lo que no podían estar de acuerdo ni siquiera los parlamentarios que le eran contrarios.

En enero de 1936 sufrió un nuevo atentado, más grave porque los disparos rompieron las ventanillas de su coche, y le podía haber costado la vida, pero tuvo mucho menos relieve en la prensa porque la violencia ya se había generalizado y no era una novedad que no se respetase a las autoridades; además, José Antonio había dejado de ser parlamentario. A algunos incluso les pareció lógico ese atentado ya que se atribuía a los falangistas el asesinato del que había sido director general de Seguridad, Manuel Andrés Casús, y también el que hubieran atentado contra Jiménez de Asúa, ilustre jurista y catedrático de Derecho Penal de la Universidad Central. La Falange justificaba estas acciones como respuesta a otras cometidas, según ellos, por pistoleros contratados por el Frente Popular, y en este reguero de acusaciones recíprocas no se sabía quién llevaba razón, aunque buena parte del país, entre ellos don Antonio Acosta, sostenía que no la llevaba nadie y que por ese camino se iba al despenadero, como así fue.

Poco antes de ese segundo atentado contra José Antonio se había producido un hecho en extremo luctuoso, ya que los sicarios del Frente Popular —siempre según versión de la Falange— habían asesinado al falangista Juan Cuéllar, y se decía que en ese atentado tomó parte una mujer, Juanita Rico, costurera de profesión y miembro de las Juventudes Socialistas, que para más inri se orinó sobre el cuerpo todavía con vida del falangista, de manera que no quedó más remedio que pagarles con la misma moneda y acabar con su vida de varios disparos, profanando a continuación su cadáver miccionando sobre ella.

En el atentado de enero de 1936 los escoltas de José Antonio no estuvieron a la altura de su misión, ya que en lugar de repeler la agresión se tumbaron en el coche y, cuando hicieron ademán de salir, pistola en mano, a los atacantes les había dado tiempo de huir.

El hecho de pertenecer a la escolta de José Antonio era una deferencia que se tenía hacia determinados afiliados, todos deseosos de defender la vida del jefe, sin considerar su experiencia en esas situaciones, y en ocasiones eran estudiantes sin apenas formación militar. Pero a raíz del segundo atentado los mandos determinaron que había que profesionalizar ese trabajo, al margen de atenciones personales, y el elegido fue Mariano, con ayuda de algunos oficiales

jóvenes, excedentes de servicio por la ley Azaña. Y Mariano decidió incorporar al equipo a Ignacio Acosta, porque le placía hacer ese favor a su amigo, además de considerarlo un buen tirador.

—¿Te apetece ir de escolta de José Antonio de vez en cuando? —le preguntó.

Fingiendo indiferencia, contestó:

—Bueno, así me servirá para algo la pistola que me has regalado.

Mariano, en su nuevo trabajo, del que se sentía en extremo orgulloso, había adquirido una notable seriedad, y daba instrucciones muy severas a sus subordinados sobre cómo debían comportarse. Lo primero de todo era examinar el coche en el que fuera a montarse el jefe, de arriba abajo, no fuera a contener un explosivo; una vez dentro del vehículo no mirar a lo que sucedía en su interior, sino tener la mirada siempre fija en el exterior, con el arma al alcance de la mano, prestando especial atención a los coches o motocicletas que se acercaran demasiado, y en caso de duda tirar a matar. Y, sobre todo, no consentir que descendiera el jefe del coche antes de que lo hubieran hecho ellos, siempre vigilando la calle por si detectaban algo extraño.

El vehículo que usó durante aquellos meses José Antonio era un Cadillac, muy grande, para que en él cupieran tres escoltas, uno de ellos al volante, y además le solía acompañar algún mando con el que aprovechaba para despachar en los recorridos un poco largos.

La primera ocasión en la que seleccionó a Ignacio fue en un viaje a Segovia, donde tenía que pronunciar un mitin, y José Antonio no mostró demasiada extrañeza al verlo. Se limitó a decirle:

—¿Tú qué pasa? ¿Estás en todas partes? ¡Ah!, se me había olvidado que sabes disparar. Pero seguro que no hace falta, yo creo que los camaradas se han tomado demasiado en serio lo de mi protección.

Mariano, como de costumbre, se sentó en el asiento delantero junto al conductor, e Ignacio se acomodó en un trasportín del asiento trasero, en el que iba José Antonio con Manuel Hedilla, quien estaba llamado a ser su sucesor al mando de la Falange.

Mariano, a los escoltas que ocupaban ese lugar de privilegio, les advertía que tenían que ser sordos y mudos: no oír nada de lo que

hablaran los jefes, y menos aún comentarlo con nadie.

Ignacio siempre recordaría ese viaje como singularmente incómodo, ya que entre el trasportín y el asiento principal acababan de instalar una pequeña mampara de cristal, lo que obligaba a su ocupante a ir en una postura muy forzada. Cuando estaban llegando a Segovia, fue Hedilla quien se lo advirtió a José Antonio.

—Esa mampara está muy mal colocada; ahí no puedes llevar al camarada.

Hedilla era un sujeto muy serio, apenas sonreía y, por supuesto, carecía del encanto personal de su jefe, pero era muy buen organizador, no solo para preparar una rebelión, como demostró el 18 de julio de 1936, sino también para los pequeños detalles de una convivencia como era llevar a un escolta retorcido en su asiento. Por eso le dijo a José Antonio:

—Si te parece bien que se siente aquí con nosotros, cabe.

Le pareció bien a Ignacio, pidiendo disculpas, un poco apurado, como si esa decisión la hubieran tomado por su culpa, pasó a sentarse en el asiento trasero. Luego Hedilla le dio instrucciones a Mariano sobre cómo tenían que instalar la mampara, ya que había sido trabajador metalúrgico y entendía de esa materia. Ignacio siempre agradeció ese detalle de Hedilla, y sufrió mucho cuando el general Franco le condenó nada menos que a dos penas de muerte, por traición a la patria, aunque acabó conmutándoselas. Eso sucedería bastantes años después, cuando José Antonio ya había fallecido y Hedilla era el jefe nacional de la Falange, lo cual no parece que entrara en los planes del dictador. Hedilla, que había participado activamente en el denominado Alzamiento nacional de los militares, una vez acaecido no le gustó el aire que le daban estos e, incluso, como buen cristiano que era —se había educado en los salesianos de Baracaldo, Vizcaya—, se atrevió a denunciar desde Radio Castilla, de Burgos, los asesinatos indiscriminados que se estaban cometiendo en el bando nacional, o sea, que no eran solo los rojos los que mataban sin ton ni son.

Después de los mítines José Antonio ya no pernoctaba en el lugar, sino que regresaba a Madrid, por muy tarde que fuera, pues el trabajo era agobiante, y nada más montarse en el coche, todavía con los nervios de la actuación, preguntaba a sus acompañantes siempre lo mismo: ¿había quedado claro lo que había querido

decir? Y, todos, por regla general, le decían que sí, que muy claro. A continuación, vencido por el cansancio, se solía quedar dormido.

En este viaje de regreso Ignacio se había sentado lo más recogido posible en un rincón del asiento trasero, como para no estorbar a los jefes y al tiempo dar la sensación de que no oía lo que hablaban, aunque lo oía, y cuando José Antonio inclinó la cabeza sobre el respaldo para dar una cabezada, le dijo: «Cuéntame algo de tu hermana». Pero no le dio tiempo de hacerlo porque en el acto se quedó dormido. Luego todo esto se lo contaba magnificado a Marián, que le preguntaba: «¿Pero qué le has contado de mí?». «Pues lo que haces», le contestaba su hermano. «¡Pero si no estás nunca en casa! ¿Cómo sabes lo que hago?». Ignacio se daba cuenta de que era impensable que el jefe tuviera la cabeza para pensar en amoríos, volcado como estaba en una rebelión que ya nadie dudaba que se iba a producir, aunque sí se dudaba del papel que en ella le tocaría a la Falange; pero no por eso dejaba de darle consuelo a su hermana, para lo cual bastaba que le dijera que el jefe de vez en cuando le preguntaba por ella.

Durante un mes siguió sirviéndole de escolta, aunque no todos los días, y Marián se atrevió a preguntarle un día:

—¿Tú sabes si se ve con otra mujer?

Se lo dijo no pensando en una mujer de su estilo, sino de las otras, de esas que producían satisfacciones a los hombres, de índole pecaminosa.

A lo que Ignacio le replicó, enfadado:

—Ni lo sé ni aunque lo supiera te lo diría. ¿Tú sabes la responsabilidad que tengo en este trabajo? ¿Tú sabes que tengo prestado un juramento de discreción?

Esto del juramento de discreción le venía bien, no solo frente a la natural curiosidad de su hermana, sino también cuando iba por el bufete de los Madrazo, que hasta Garcerán le preguntaba qué es lo que habían hecho y adónde habían ido. E incluso Elena descaradamente le decía: «Cuéntame», a lo que Ignacio replicaba: «No hay nada que contar», aunque siempre acababa contando algo.

De todos modos este trabajo de escolta terminó el 14 de marzo de 1936, fecha en que José Antonio Primo de Rivera ingresó en la cárcel Modelo de Madrid para no volver a recuperar la libertad nunca más.

Las autoridades legalmente constituidas consideraban a José Antonio un peligro, porque lo que no obtenía en votos en las elecciones democráticas lo conseguía en la calle, con actos de presencia continuos, bien mediante mítines, en los que ya siempre se terminaba cantando el *Cara al sol*, o mediante concentraciones de falangistas vestidos de camisa azul, con el yugo y las flechas bordados en rojo en el bolsillo superior izquierdo, haciendo —según los mandos policiales— alardes de chulería y, lo que era más inquietante, respondiendo a cualquier provocación pistola en mano, cuando no eran ellos los que las provocaban, y hasta se decía que para este fin ya contaban con pistoleros profesionales, de suerte que los afiliados a Falange eran pocos pero parecían muchos.

Como de nada de esto pudieron acusarle, le denunciaron por tenencia ilícita de armas, lo cual provocó un ataque de furia en el acusado, quien ante el tribunal que le juzgó arguyó que cómo él, jefe de un partido político de acción, no iba a tener licencia de armas cuando en aquel país la tenían hasta los barrenderos; sí, le replicaron, pero la tenía caducada, y fue cuando José Antonio la emprendió a puñetazos con los más próximos, produciendo destrozos en la sala, lo que le permitió al magistrado instructor procesarle por amenazas al tribunal, de suerte que lo que podía haber merecido una pena leve por tenencia ilícita de armas se convirtió en grave por desacato a la justicia.

La prisión de José Antonio hizo que Ignacio adquiriese una mayor calificación dentro del partido ya que se convirtió en uno de los enlaces del prisionero, quien dentro del recinto carcelario gozaba de libertad de movimientos y podía seguir dirigiendo la Falange, y también continuar atendiendo los asuntos de su bufete, sobre todo los relacionados con su propio proceso.

En todos los juicios en los que José Antonio era procesado él mismo asumía su propia defensa, incluso en el que había de costarle su condena a muerte, en contra del parecer de los más sesudos penalistas que sostenían que no hay peor abogado de una causa que el propio interesado, y en esta ocasión tuvo la ocurrencia de designar como su abogado a Ignacio Acosta, no porque pensara que fuera a defenderle en el juicio definitivo, sino como argucia para que no tuviera obstáculo en visitarle cuantas veces fuera requerido, y lo era día sí y día no, porque se había convertido en uno de los correos de los que se servía el jefe para transmitir sus instrucciones a los mandos.

José Antonio, cuando superaba sus arrebatos de cólera y su necesidad de descargar sus puños contra los que le ofendían a él o a la memoria de su padre, era un caballero en extremo correcto y se tenía ganado el favor de sus carceleros, con quienes tenía toda clase de atenciones, no solo personales sino también de otra índole. Por ejemplo, su hermana Pilar cada día cuidaba de que le llegasen paquetes con sustanciosas viandas, y José Antonio fingía ofenderse y alardeaba de que él comía del rancho común como todos los presos, lo cual no siempre era cierto, pero sí lo era que se sentaba a una de las mesas alargadas de madera del comedor de la penitenciaría y se llevaba la cuchara a la boca, y si las lentejas tenían bichos generaba un escrito a la dirección de la cárcel

denunciando educadamente el hecho, no porque a él le molestasen los bichos, sino por la dignidad de sus compañeros encarcelados. Los paquetes de viandas, cada día más abundantes, los repartía entre los camaradas y los guardianes, y también cuidaba de que algo les llegase a sus enemigos políticos, por regla general socialistas, con el mensaje de que la Falange venía dispuesta a llegar hasta el último rincón de los hogares obreros para terminar con toda clase de privilegios.

Procuraba comportarse como un preso modelo, aunque los demás presos comunes decían que ellos también serían modélicos si les dieran el trato que recibía aquel señorito fascista, en vista de lo cual José Antonio decidió organizar un partido de fútbol cuidando de que en ambos equipos se mezclasen los presos políticos con los comunes, y que los políticos no perteneciesen a la misma formación. No todos aceptaron participar en el evento, pero los que lo hicieron disfrutaron mucho, porque la idea gustó a la dirección de la prisión, que facilitó el material deportivo, no solo el balón, sino también calzado adecuado, incluso botas de fútbol.

Y ese día fue el que tuvo la oportunidad de verle, por última vez en su vida, Marián.

Ignacio tomó conciencia de la importancia de su nuevo trabajo y de la confianza que le merecía al jefe, porque cada vez que le entregaba un documento para hacerlo llegar al exterior le daba cuenta de su contenido, para que en el supuesto de que fuera interceptado supieran los mandos cuál era el mensaje. Bien es cierto que tomaban toda clase de precauciones para que no se produjese esa temida interceptación, entre otras el escribirlo en un papel biblia tan fino que le permitiría masticarlo y deglutirlo en cuestión de segundos.

A finales de abril le confió un comunicado dirigido a todos los militares, en el que les hacía ver que en el caso de seguir siendo neutrales en el conflicto que se avecinaba se podían encontrar con que de la mañana a la noche había desaparecido España, y les recordaba la frase de Spengler, según la cual, a última hora siempre era un pelotón de soldados los que salvaban a la civilización. Pues esa última hora había llegado y, por lo tanto, el momento de actuar

si fuera preciso con las armas en la mano. Lo escribió con letra muy menuda, para que ocupara menos espacio, advirtiéndolo a Ignacio que se lo colocara en el puño de la camisa, de manera que se lo pudiera tragar a la más mínima sospecha. Y le dijo:

—Esta orden va también para ti. Hace tiempo te dije que cuando fuera el momento de tener que usar las armas yo te lo avisaría, pues ese momento ha llegado.

Desde ese día Ignacio no se separaba de la star que le regalara Mariano, y cuando tenía que entrar en la cárcel la dejaba escondida debajo de un asiento del coche.

Los comunicados de José Antonio se los entregaba unas veces a Hedilla y otras a Garcerán, los cuales no tenían ningún inconveniente en comentarlos en su presencia y, con frecuencia, asistía a la Junta de Mandos para que luego le contase al jefe lo que en ellas se trataba, de palabra, evitando el peligro de manejar escritos que no fueran imprescindibles. La preocupación en aquellos meses era siempre la misma: la Falange estaba decidida a tomar parte en el alzamiento, ¿pero qué papel les reservaban los militares en ese acontecimiento? José Antonio no admitía otro que el de convertirse en un régimen fascista, siguiendo el modelo de Italia, pero eran muchos los mandos falangistas que se temían que lo que los militares pretendían era restaurar la monarquía borbónica, algo que el jefe consideraba fuera de lugar.

Ignacio, para sus visitas carcelarias, se entendía siempre con un celador, Ramiro, que no ocultaba sus simpatías por el jefe, amén de que a menudo tenían especiales atenciones con él, como regalarle paquetes de tabaco rubio americano, y si la ocasión se terciaba Ignacio le invitaba a comer en un restaurante muy distinguido que había en la calle de la Princesa, en el que solían terminar con copa y puro, al tiempo que Ignacio le adoctrinaba sobre el verdadero significado de la Falange y el provecho que su triunfo comportaría para la gente honrada como Ramiro, a lo que este a todo asentía, pero le recordaba que su condición de funcionario público le vedaba tomar partido en tan delicada materia.

En vísperas del partido de fútbol, después de una de esas comidas, Ignacio le pidió permiso para que pudiera visitar la cárcel una hermana suya, muy amiga de José Antonio. ¿Amiga o algo más que amiga?, bromeó Ramiro, e Ignacio se limitó a contestar con una

sonrisa misteriosa para que se interpretara de la manera más favorable a sus pretensiones.

Marián se mostraba bastante discreta y se conformaba con lo que quisiera contarle su hermano sobre sus relaciones con José Antonio, y procuraba no preguntarle si alguna vez le hablaba de ella porque se temía que ya no lo hiciera. A lo más, muy de vez en cuando, le mandaba recuerdos. Pero sí le contaba que le visitaba con gran frecuencia su hermana Pilar con el pretexto de avituallarle y también alguna de las primas.

—¡Ah! Pero ¿admiten visitas de mujeres? —se extrañó Marián.

—Solo si son familiares directos, que tienen derecho a llevarles paquetes de comida.

—Pues yo estoy dispuesta a llevarle un bizcocho si es necesario —bromeó su hermana.

Pero Ignacio se lo tomó en serio, comprendió la ilusión que le haría a Marián ver a su enamorado y no le pareció difícil, porque los días en la cárcel eran muy largos y José Antonio, pese a seguir tramando su revolución política, disponía de bastante tiempo libre. Por eso habló con Ramiro, quien, después de pensárselo, condescendió y consideró que el día más adecuado era el del partido de fútbol, ya que estaba previsto que asistieran espectadores, quizá también algunas mujeres compañeras de socialistas encarcelados.

Cuando Ignacio le comunicó a Marián la buena noticia, pareció que era la peor que podía darle, porque se demudó y dijo que por nada de este mundo iría a la cárcel, ya que no estaba dispuesta a pasar por semejante vergüenza.

—Como quieras, pero yo creo que a José Antonio le hará ilusión verte. Ten en cuenta que se pasa buena parte del día solo —mintió Ignacio, consiguiendo lo que pretendía, porque al otro día Marián cambió de parecer y no paró de hacerle preguntas sobre cómo tenía que comportarse, cómo se entraba en la cárcel, qué le iban a preguntar y qué tenía que contestar, si le iban a cachear como hacían en las películas y, sobre todo, cómo tenía que ir vestida, ¿muy discreta?

—Tú vete lo más guapa posible —fue su respuesta.

Y lo consiguió. Se fue a una peluquería de lujo que había en la calle Serrano, donde sacaron mucho provecho de su cabellera

negra, que la tenía muy tupida, después se compró un perfume francés de los más caros y, por fin, en puertas que estaban del verano, se puso un vestido ligero, con la falda no muy larga y las mangas muy cortas, lo que le permitía lucir sus brazos, que los tenía bien torneados.

—¿Voy muy atrevida? —le preguntó a su hermano, casi ruborosa.

—Vas muy bien —se limitó a contestar este.

Tomasa fue más expresiva. Le dijo que iba como para comérsela y que, si ella fuera un preso encerrado en una cárcel desde hacía meses y se le presentaba una mujer así, se la comía.

El trámite de entrada fue sencillo de cumplimentar porque, efectivamente, era un día especial con más visitas de las habituales, y la buena presencia de Marián facilitaba el que se le abrieran las puertas, pero le impresionaba cómo se cerraban a sus espaldas con un estruendo metálico sobrecogedor. Era una cárcel inmensa, con cinco naves que convergían en un pabellón central de vigilancia y múltiples galerías en forma estrellada, que contenían 1200 celdas, por eso se la denominaba también celular, puesto que cada reo disponía de una celda para él solo. A Marián le entró una gran angustia de pensar que José Antonio se podía encontrar perdido en aquella inmensidad, pero pronto se apercibió de que no era fácil que su enamorado pasara desapercibido allá donde se encontrara.

Ramiro —que no ocultaba la admiración que le producía Marián — les condujo al patio central en el que tenía lugar el encuentro de fútbol, ya en fase avanzada, y sobre todos destacaba José Antonio, no tanto por la calidad de su juego, sino por la disposición que tenía para mandar sobre los de su equipo, y en parte sobre los del contrario, a los que en ocasiones reprendía, o gastaba bromas, o les pedía perdón cuando les daba una patada, o les estrechaba la mano, o les alababa cuando hacían una buena jugada. Vestía un mono de trabajo y calzaba unas buenas botas de fútbol, y se le veía sudoroso y feliz.

Cuando terminó el partido, Marián, que se encontraba en una fila por detrás de los otros presos espectadores, flanqueada por Ignacio y por Ramiro, se temió que una vez más se iba a quedar sin saludar a José Antonio, ya que fue asaltado por gente que le felicitaba, aunque su equipo había perdido el partido, porque su

estrella estaba llamada a lucir allá donde se encontrara, antes de ascender junto a los luceros celestes, como se cantaba en el *Cara al sol*, donde ya luciría inmarcesible durante cuarenta años en los que fue obligatorio, o muy recomendado, que en todas las iglesias del reino figurase una inscripción que rezara: «José Antonio Primo de Rivera, ¡presente!».

Su hermano Ignacio se distrajo saludando a otros camaradas falangistas encarcelados, y Marián se sintió perdida, sobre todo cuando desapareció también Ramiro y se quedó sola, y hasta dudó de que pudiera salir de aquel recinto con tantas puertas metálicas que atravesar. Pero Ramiro se fue para reaparecer al poco tiempo trayendo del brazo a José Antonio, cuya sorpresa no fue fingida: nadie le había anunciado aquella posible visita. Se alegró visiblemente.

—Pero ¿cómo es que estás tú por aquí?

—Me ha traído Ignacio.

—Pues a mí no me ha dicho nada.

Marián se encogió de hombros por toda explicación. Y así parecía que se iba a terminar la entrevista porque en ese momento aparecieron los del equipo para hacerse una foto, luego se hicieron otra los dos equipos juntos y por fin le hicieron una solo a él, lo cual llevó bastante tiempo. Marián se iba apartando del lugar, pero José Antonio la miraba y le hacía señas para que esperase, y esperó, y cuando terminó se dirigió a ella, la tomó del brazo y la puso a la sombra de uno de los paredones, que fue donde le dijo:

—Se me había olvidado lo guapa que eres —y añadió reflexivo—: Con el lío en el que estoy metido se me están olvidando todas las cosas importantes de la vida.

Luego aspiró el efluvio que emanaba de aquel cuerpo tan bien presentado y dijo:

—Además hueles de una manera maravillosa.

Con lo cual Marián se dio por satisfecha.

—Pues yo te he traído un bizcocho...

Se lo sacó del bolso y se lo alargó, pero José Antonio ya había conseguido situarse a espaldas del paredón, en un recoveco a cubierto de miradas, y tomando a Marián entre sus brazos la estrechó vigorosamente, estrujando el bizcocho, por lo que ella protestó.

—¡Pero mira lo que estás haciendo!

Lo que estaba haciendo era que con su insistencia en abrazarla estaba estropeando el bizcocho sin darse cuenta de que se trataba de un bizcocho singular y mantecoso.

Cuando Marián se animó a visitarle decidió hacer realidad la broma y llevarle de regalo un bizcocho, y se puso a ello con Tomasa, pero lo intentaron tres veces y a ninguna de ellas le pareció que estaba a la altura de tan ilustre encarcelado. Por fin, lo encargaron a las Mantequerías Leonesas, las más famosas del barrio de Salamanca por la exquisitez de sus productos, donde confeccionaron un bizcocho de gran calidad, con harina cernida, mantequilla del día y recubierto de una gruesa capa de chocolate rematada con unas flores de esa misma materia, que es lo que le daba la gracia.

Marián había cometido un primer error al meterlo en el bolso de piel, sin considerar que la agradable temperatura del día podía afectar a las materias mantecosas, como así fue, de suerte que cuando se lo alargó a José Antonio el envoltorio exterior ya daba muestras de pringosidad, y bastó el apasionado abrazo para que esa materia se trasladara a los respectivos trajes, que en el caso de José Antonio no tuvo importancia por tratarse de un mono de trabajo, pero en el de Marián resultó muy ostensible la extensa mancha de mantequilla y chocolate en su delicado vestido de color claro.

Cuando José Antonio lo advirtió le pidió disculpas, en medio de risas, y por toda excusa le dijo que cuando sudaba se excitaba mucho y que su presencia le había trastornado, pero se lo decía sin soltarla del todo y, por fin, dejaron caer el pringoso bizcocho al suelo y siguieron con su quehacer, Marián también riéndose, hasta que asomó la cabeza Ramiro, quien se retiró discretamente después de carraspear a modo de advertencia.

Cuando salieron del recoveco les estaban esperando Ignacio, Ramiro y un par de camaradas, y Marián enrojeció hasta las cejas, porque se dio cuenta de que todas las miradas se fijaban en la ostentosa mancha de su vestido, y no sabía qué explicación dar, hasta que José Antonio, con gran desenvoltura, la dio por ella.

—¡Mira si será torpe tu hermana —le dijo a Ignacio— que me trae un delicioso bizcocho y se lo echa encima!

No quedó muy claro cómo un bizcocho se podía echar encima,

pero nadie preguntó nada. Ramiro le susurró a Ignacio:

—Ya me parecía a mí que eran algo más que amigos.

José Antonio le dio las gracias a Ignacio por haberle traído a su hermana y le rogó que la volviera a acompañar en otra ocasión.

—En la que podamos estar más tranquilos que hoy —se atrevió a decir.

Pero no hubo esa nueva ocasión porque el día 5 de junio fue trasladado a la cárcel de Alicante.

Ignacio todavía le visitó un par de veces más, para lo cual se desplazó en el Ford T a Alicante, pero en aquella cárcel ya no estaba Ramiro para atenderle y tenía muchas más dificultades para entrar. Seguía figurando como su abogado en el proceso de desacato a la justicia, pero le objetaban las autoridades carcelarias que no tenía competencia para actuar en Alicante puesto que estaba registrado en el Colegio de Abogados de Madrid y no en el de aquella demarcación.

Cuando estaba listo para cumplir este trámite, José Antonio le dijo en la última visita que le hizo, a primeros de julio del 36:

—No vale la pena que te colegies aquí. Esto va a ir muy rápido, y si Dios quiere pronto me encontraré libre.

José Antonio, hasta los últimos momentos, estuvo seguro de que el alzamiento militar triunfaría en toda España y, por supuesto, en Alicante, y que por tanto recobraría la libertad, a tal extremo que en vísperas del 18 de julio de 1936, en unión de su hermano Miguel, preso como él, se dedicaron a recoger y guardar en maletas sus pertenencias, convencidos de que al otro día saldrían libres.

El último correo que le dio a Ignacio iba destinado a todas las jefaturas territoriales de Falange, y en él se especificaba que cada jefe territorial se entendería exclusivamente con el jefe superior del movimiento militar en el territorio o provincia, advirtiéndole que los falangistas vestirían sus propios uniformes, es decir, la camisa azul, y dependerían de sus propios jefes.

El general Mola, director de la sublevación, le hizo llegar a José Antonio un comunicado anunciándole que el alzamiento tendría lugar el 17 de julio, al que contestó con un manifiesto por el que expresaba la participación sin reservas de la Falange en la rebelión.

Un alzamiento militar destinado a triunfar no pudo comenzar con peor pie, por lo menos en Madrid, que por ser la capital del reino era donde más se debían haber esmerado los golpistas, y donde menos lo hicieron, a tal extremo que al siguiente día de haberse levantado el ejército de África, el 19 de julio de 1936, todavía no estaba claro quién iba a ser el general encargado de domeñar a la capital de España, y a última hora tuvieron que recurrir a Joaquín Fanjul, un general de brigada que había ocupado cargos de cierta relevancia en el gobierno de la República, y que hasta llegó a ser diputado por la provincia de Cuenca, pero que a la sazón estaba cesado sin mando de tropas.

Este general se tomó con mucha calma su cometido, ya que entendió que lo único que tenía que hacer era ponerse al frente de las tropas acuarteladas en el cuartel de la Montaña, situado en lo que entonces eran las afueras de la ciudad, la montaña de Príncipe Pío, con entrada principal por la calle de Ferraz, en espera de que le llegaran refuerzos de las guarniciones sitas en Campamento, Getafe y Cuatro Vientos, lo cual sobre el papel no estaba mal pensado, pero las fuerzas gubernamentales, con ayuda de las milicias populares, se adelantaron y rodearon el cuartel por los cuatro costados, y para cuando se quisieron dar cuenta ya no les quedaba otro remedio que rendirse, y lo tuvieron que hacer en circunstancias muy dramáticas, ya que les costó la vida a buena parte de los sitiados, algunos de ellos soldados de reemplazo que se habían limitado a cumplir órdenes; ese no era el caso de los falangistas, ciento ochenta, entre los que se encontraba Ignacio Acosta, que se presentó con su camisa azul y su pistola star en el cuartel, *motu proprio*, siguiendo las órdenes de los mandos territoriales, que de ese modo interpretaron las instrucciones que desde la lejana Alicante les hacía llegar el jefe.

Fanjul había entrado ese mismo día en el cuartel, vestido de paisano, con su uniforme lleno de condecoraciones guardado en una maleta que llevaba consigo, y recibiendo felicitaciones de los altos oficiales, no por la designación para el mando, sino porque a sus cincuenta y seis años había contraído matrimonio con una viuda adinerada, pocas horas antes, quizá porque se las prometía muy felices después del triunfo, o por dejar los asuntos de este mundo arreglados caso de que tuviera que pasar a la otra vida, como así sucedió.

Ignacio se limitó a cumplir las órdenes de quien se había convertido no solo en su jefe en el bufete, Rafael Garcerán, sino también en el partido, quien al frente de los falangistas se puso a las órdenes del general Fanjul, que los recibió de buen grado, aunque un poco extrañado del escaso número, ya que le habían hablado de cuatro mil falangistas en pie de armas en toda España, de los que la mitad corresponderían a Madrid. Pero el fallo no estuvo en la desafección de los falangistas, sino en que muchos de ellos, entre otros Mariano, se retrasaron y cuando quisieron acceder al cuartel se lo encontraron ya sitiado por la Guardia de Asalto, la Guardia Civil y las milicias populares y no pudieron entrar. Así salvaron la vida porque los restantes falangistas, excepto Ignacio Acosta y algún otro, fueron fusilados *in situ*.

Al amanecer del día 20 de julio comenzó el cañoneo del cuartel, primero desde una batería emplazada en la calle de Ferraz y al mediodía con apoyo de la aviación de Cuatro Vientos, que había permanecido fiel a la República, de suerte que a las pocas horas el cuartel era una pura ruina, sin que Ignacio hubiera tenido ocasión de hacer ni un disparo, ya que hubiera resultado ridículo intentarlo con lo que a todas luces no dejaba de ser una pistolita; los falangistas y unos cadetes que estaban de permiso de verano pedían a los mandos fusiles de mayor alcance, pero entonces el maestro armero advirtió que en el cuartel solo había fusiles sin el correspondiente cerrojo, o a la inversa, y avergonzado de su inadvertencia se pegó un tiro sin esperar a que lo hicieran los asaltantes que ya estaban a las puertas de la calle Ferraz.

El caos se apoderó del cuartel porque eran muchos los soldados de reemplazo, a quienes les iba poco en aquella batalla, y desobedeciendo a sus oficiales izaron la bandera blanca desde una balconada, la cual fue recibida con no poco contento de los sitiadores, que se lanzaron a la toma del cuartel, siendo recibidos con tiros de ametralladoras en manos de cadetes que estaban dispuestos a vender caras sus vidas, y lo consiguieron, pero a un alto precio, porque los sitiadores interpretaron lo de la bandera blanca, seguido de fuego de ametralladoras, como una felonía contraria a todas las leyes de la guerra, por lo que decidieron saltárselas ellos también y cuando por fin consiguieron entrar lo hicieron a sangre y fuego, y los muertos se contaron por centenares,

cerca de novecientos.

En cabeza de los asaltantes, el teniente Moreno, de la Guardia de Asalto, quien dio órdenes muy severas de que se respetase la vida del general Fanjul y otros altos mandos, para ser sometidos a un juicio ejemplar, y entre esos altos mandos estuvo incluido Ignacio Acosta, ya que uno de los funcionarios de la cárcel Modelo, que se había incorporado a las milicias populares, advirtió cuando ya estaban a punto de pegarle un tiro: «¡Ojo! Ese es un jefazo de Falange, mano derecha de José Antonio, le visitaba con frecuencia. Hay que juzgarle».

Este funcionario, Román Rodríguez, pertenecía al Partido Comunista, al que estaba entregado en alma y vida, y era consciente de que había llegado la hora de hacer la verdadera revolución, a ejemplo de la que se había hecho en Rusia. El pretexto para acometerla en profundidad era el alzamiento militar que decían que se había producido en África, y ojalá llegase hasta la Península, para que de una vez por todas se convenciera aquella sociedad corrupta y aburguesada de que la salvación definitiva solo podía venir de los que ya habían demostrado que era posible terminar con el poderío de los explotadores, las fraternas repúblicas soviéticas, que, además, se mostraban dispuestas a ayudar al pueblo español en el empeño. Por eso, desde que en aquellas lejanas repúblicas se intuyó que podía producirse un golpe de Estado en España, comenzaron a mandar asesores para instruir a los nativos, entre ellos uno muy famoso, de nombre Koltsov, que se hacía llamar Miguel Martínez y figuraba como corresponsal del periódico soviético *Pravda*, que fue de los primeros que llegó a España, a finales de ese mes de julio, y se puso en contacto con Román Rodríguez para darle instrucciones sobre lo que debía hacer. Por eso Román tuvo un papel muy destacado en las sacas de presos que tuvieron lugar unos meses después, para conducirlos a la muerte, única solución para obtener la victoria definitiva como lo habían demostrado los soviéticos, que no dudaron en acabar con el zar y con toda su familia, no por odio, sino por el bien de la revolución, para que no quedasen vestigios de los tiempos pasados y oprobiosos.

Román, al igual que sus camaradas soviéticos, no actuaba llevado por torpes pasiones de odios o rencores, sino por puro

convencimiento, de tal modo que resultaba mucho más eficaz, y por lo mismo peligroso, o al menos lo fue para la familia Acosta. Antes de incorporarse definitivamente a las milicias populares solicitó con notable profesionalidad la excedencia en el Cuerpo de Funcionarios de Prisiones, quedando así en disposición de poder actuar conforme a las consignas del partido.

Mientras estuvo José Antonio en la cárcel Modelo mantuvo una buena relación con él, ya que en el partido le advertían que de todos los encarcelados era el más peligroso por ser el único de las derechas con un discurso capaz de calar en las masas aburguesadas, y que por lo tanto convenía tenerlo vigilado y dar cuenta de lo que hiciera y de las visitas que recibiera, y entre ellas se encontraba la que sin duda era su querida, por el modo efusivo con que se comportaron el único día que le visitó Marián Acosta, hermana a su vez de Ignacio Acosta. Es decir, que cuando la pareja se reía a cuenta de un bizcocho espachurrado, sin dejar por eso de prodigarse muestras de afecto, Marián se estaba jugando la vida porque eran observados por Román Rodríguez, quien pese a la simpatía que pudiera sentir por José Antonio, siempre tan caballeroso y educado, no dudaba de que era de los que debían morir como contrario al nuevo orden, y otro tanto le podía ocurrir a su querida, aunque ese extremo no debería decidirlo él, pero sí le correspondía incluirla en la lista de personas que convenía tener bajo control de cara a los tiempos que se avecinaban. Y de paso en esa lista entraron también el padre y el hermano pequeño, aunque esta inclusión no la hizo él, sino que fue consecuencia del registro del piso de la calle de Goya en el que apareció tal cúmulo de propaganda falangista que era impensable que sus ocupantes la desconocieran.

Don Antonio Acosta, nada más producirse la caída del cuartel de la Montaña y la consiguiente desaparición de Ignacio, comenzó a sentir una gran inquietud por la suerte de su hijo y cuando montó en cólera su hijo José María terminó por confesarle que estaba casi seguro de que Ignacio se encontraba en ese cuartel, para a continuación hacerle una declaración asombrosa:

—Y por mi gusto, padre, yo también hubiera ido con él, pero Ignacio no me dejó.

Don Antonio se derrumbó y se le escaparon unos sollozos, porque él era un republicano convencido y no comprendía aquella locura fascista que les había entrado a sus hijos y hasta le reprochó a su hija haber sido la primera en conocer a aquel encantador de serpientes que había resultado ser José Antonio Primo de Rivera. La hija, también en medio de llantos, se defendía diciendo que ella no tenía ninguna culpa, aunque en el fondo no estaba muy convencida de no tenerla.

Vicente, el chófer, había dejado de ser un anarquista libertario y pacífico, porque ya no estaban los tiempos para beneficencias, y se había encuadrado en un batallón de su organización, la FAI, cuyo distintivo era un gorro cuartelero rojo y negro, pero seguía siendo una buena persona, y cuando fue requerido por don Antonio, pese a que ya no le prestaba servicio, se puso a sus órdenes y se comprometió a averiguar lo que hubiera ocurrido con Ignacio, y al otro día volvió con lo que podía interpretarse como una buena noticia: no aparecía entre los muertos en el cuartel de la Montaña. Tenía información de que eran muchos los falangistas que habían intentado, sin éxito, entrar en el cuartel e Ignacio podía haber sido uno de ellos.

—¿No puede estar detenido? —le preguntó angustiado el padre.

—No es probable, don Antonio, solo han detenido a los altos oficiales. Lo normal es que Ignacio, que es muy listo, se haya escapado y a saber si no se encontrará ya a salvo en el otro lado.

El otro lado estaba en el alto de Somosierra, hacia donde se dirigía desde Valladolid una columna compuesta por falangistas y requetés. El Ford T no se encontraba en el garaje, o sea, que seguro que Ignacio se había servido de él para huir.

Lo que no le contó Vicente era que su columna se encaminaba hacia ese punto estratégico con intención de detener ese avance fascista, en el que podía encontrarse Ignacio; por fortuna la partida de su columna se demoró una semana, lo que le permitió salvar la vida, por lo menos, de Marián, porque la familia Acosta padeció una de las primeras sacas, que se harían famosas en los primeros meses del Madrid «rojo», y que no era infrecuente que terminaran con lo que llamaban el «paseo», siniestra expresión que hacía referencia al fusilamiento a renglón seguido de haber sido apresados en sus domicilios.

Los encargados de esta misión se integraban en una denominada Milicia de Vigilancia de Retaguardia, o MIVR, cuyos integrantes acabaron teniendo fama de facinerosos por los excesos que cometieron, a tal extremo que cuando el gobierno de la República, pasados los primeros meses de pánico por el imparable avance fascista, pudo recobrar la cordura, disolvió esas milicias e incluso procesó a algunos de los que las componían.

Los MIVR se presentaron en el domicilio de Goya bien entrada la noche, como era su costumbre, con la orden de detener a Marián Acosta, acusada de connivencia con José Antonio Primo de Rivera y, por ende, de colaboración con la rebelión armada que se estaba enseñoreando de todo el país, y de la que el citado Primo de Rivera era uno de los más significados cabecillas.

Esa noche del mes de julio era en extremo cálida y don Antonio, que fue quien les abrió la puerta en pijama, no supo qué replicar a tan impensado mandato, hasta que apareció Tomasa, también en camión, que se atrevió a gritarles:

—¡A mi señorita no os la lleváis!

—¿Cómo señorita? —le gritó a su vez el que encabezaba la partida—. ¿Tú no sabes que ya no hay señoritos ni señoritas? ¡A ver si tú vas a ser tan facha como ella y te vamos a llevar detenida!

Pero Tomasa, sin amedrentarse, les amenazó con que ella tenía un novio guardia civil, con mucho mando en Madrid, y que se cuidasen bien de tocarle un pelo.

La despreciaron por considerarla una desgraciada al servicio del capitalismo, pero detuvieron a Marián, quien cubierta con un ligera bata de encaje presenciaba la escena temblando como una hoja. Lo único que suplicó fue que le permitieran vestirse, y mientras se vestía los milicianos se pusieron a registrar el piso y fue cuando encontraron abundante propaganda falangista, incluidas camisas azules y emblemas de yugos y flechas, que curiosamente no pertenecían a Ignacio, sino a su hermano pequeño, el que no era de Falange, pero que estaba deseando serlo, y a tal fin se proveía de todo lo que representaba al partido. Entonces fue cuando los del MIVR decidieron llevarse también al padre y al hijo para que aclarasen la procedencia de todo aquel material, momento en que don Antonio recobró la serenidad y dijo:

—Está bien, se aclarará lo que sea preciso, porque yo soy una persona de orden, adicta al gobierno de la República, y no tengo nada que ocultar —y a continuación se dirigió a Tomasa, que, presa de un ataque de histeria, seguía amenazando a los milicianos con el guardia civil, y le dijo—: No se preocupe usted, Tomasa, que todo esto se aclarará.

Esta declaración tan terminante hizo dudar a los del MIVR sobre la procedencia de detener a aquel señor, y Marián, que se consideraba responsable de aquel desaguizado, suplicó a su padre, con un sollozo entrecortado:

—Pero ¿tú por qué tienes que venir, papá? ¡Tú no tienes ninguna culpa!

El padre, sin embargo, ignorante del caos por el que estaba pasando la ciudad y pensando que seguían en tiempos de justicia, con abogados capaces de deshacer equívocos, la tranquilizó y le dijo que prefería ir con ellos. ¿Cómo iba a dejar solo en aquel trance a José Mari?

El primer problema se presentó cuando los detenidos —aunque era dudoso que don Antonio tuviera esa condición— bajaron a la calle en la que estaban dos coches aparcados, con siglas de la CNT y de la

FAI adornando las puertas, y a Marián la subieron a uno y al padre y al hijo al otro, y cuando el padre protestó por esta separación el cabecilla le aclaró que no cabían todos en el mismo coche, y, como don Antonio insistiera en sus protestas, le dijeron:

—Usted elige, si quiere puede ir con su hija, o con su hijo, como prefiera, pero los tres no caben en el mismo coche.

Don Antonio miró a su hijo pequeño, que iba pálido y que no había pronunciado una sola palabra durante la detención, de la que se consideraba culpable por guardar material prohibido —camisas azules, emblemas—, y le pareció un niño indefenso que ni tan siquiera representaba los dieciocho años que acababa de cumplir. Pensó que le necesitaba más que su hija, mujer cumplida que sabría defenderse mejor en lo que seguía confiando que sería un trámite.

—Está bien —admitió—, arranquemos, pero no nos separemos mucho del otro coche.

A esta observación ni le contestaron.

En el coche en que conducían a Marián además del chófer iban dos milicianos, uno de ellos de edad madura que se quedó admirado de la belleza de aquella criatura, cuyo encanto resaltaba la pena reflejada en el rostro, y los ojos anegados de lágrimas, y la codició, pero como era padre de familia pensó que otros también la codiciarían con peores intenciones que él, por lo que decidió ponerla a salvo de ese peligro y le dijo a su compañero:

—Vamos a llevarla a la cárcel de Ventas. Allí estará más segura.

«¿Segura de qué?», se extrañó el otro. Si era la querida de Primo de Rivera pocas seguridades la esperaban.

—Pues si es la querida de Primo de Rivera, que la juzguen como tal, pero que no abusen de ella.

La cárcel de Ventas era de reciente construcción, 1931, y se había erigido a instancias de Victoria Kent, famosa feminista. Se la consideraba una prisión modelo y, por lo tanto, estaba atendida, todavía, por funcionarias cualificadas para conseguir la regeneración de las encarceladas. De allí a poco, como los presos fascistas superarían con mucho a las mujeres, se transformó en cárcel de hombres, pero en aquel mes de julio seguía siendo mayoritariamente de mujeres, y por eso el miliciano maduro la consideró preferible para aquella criatura, que a saber si le recordaba a alguna de sus hijas. El otro protestó alegando que las

órdenes, como para todos los detenidos, era llevarla a un departamento de la Dirección General de Seguridad, ubicado en el edificio de Bellas Artes, que con el tiempo se convertiría en checa famosa, y allí se decidiría sobre su ulterior destino. Pero el miliciano maduro se mantuvo terne, sosteniendo que igualmente se podía decidir sobre su destino en las Ventas, y, como mandaba un poco más que el otro, allí se dirigieron. Lograron su ingreso, con cierta extrañeza por parte de la funcionaria encargada del registro de entrada, pero no excesiva porque eran noches en las que sucedían cosas muy singulares, tales como que recobraran la libertad no solo las presas políticas, lo cual era lógico, sino también las comunes acusadas de delitos muy graves, y en cambio entraban otras que se apreciaba que hasta entonces no habían tenido relación con la justicia, como aquella, cuya única culpa parecía ser haber tenido tratos amorosos con un destacado jefe de la rebelión.

Tomasa no esperó a que amaneciera, sino que en plena noche se puso a buscar desesperadamente a Vicente y logró dar con él en un acuartelamiento de la FAI, a la salida de la carretera de Burgos. Como era una moza galana, bien dotada de lo que atraía a los hombres, consiguió convencer a los centinelas, que al principio se resistían, para que despertasen a Vicente Martínez Aguado.

Vicente apareció medio dormido y pensó que venía en su busca por algo relacionado con Ignacio.

—¿Qué pasa ahora con Ignacio? —preguntó.

Con Ignacio no pasaba nada nuevo, le explicó la mujer, pero se habían llevado a don Antonio y a los chicos.

—¡Pero por qué van a detener a don Antonio! —se asombró el hombre.

Tomasa le aclaró que no creía que, propiamente, el señor fuera detenido, sino que más bien iba como compañía de los chicos, sobre todo de Marián, a la que acusaban de algo relacionado con José Antonio Primo de Rivera, y que era la que más cuidado requería porque ella había visto cómo la montaban sola en un coche con tres hombres, a saber con qué intenciones. Y añadió:

—Te advierto que uno de los coches, por lo menos, llevaba escritas en una de las puertas estas mismas letras: FAI.

Vicente solo pronunció una palabra.

—¡Cabrones!

Volvió a entrar en el acuartelamiento para salir montado en un automóvil negro, en compañía de dos compañeros, los tres con un su gorro negro y rojo, y un pañuelo al cuello con los mismos colores, más las cartucheras de cuero cruzándoles el pecho y los correspondientes fusiles máuser.

—Monta —le dijo a Tomasa—, vamos a ver si arreglamos esto.

Una vez dentro del coche, ya en marcha, Tomasa le preguntó:

—¿Tú te crees que la habrán violado?

Y con la confianza que había entre ellos se generó una discusión porque Vicente le respondió, de malos modos, que a ver si ella se creía que todos los hombres eran animales, a lo que Tomasa replicó que según su experiencia sí, y Vicente le espetó que sería porque a ella la había violado el guardia civil, momento en el que la mujer se echó a llorar, por lo que Vicente tardó un rato en disculparse.

Comenzaron a discurrir por dónde empezar las pesquisas, y uno de ellos se permitió comentar que a algunos de los que sacaban de sus domicilios los llevaban directamente al cementerio del Este, ya se sabía para qué, y Vicente le mandó callar, pero el otro, milagrosamente, estuvo más acertado y dijo que si era una mujer la podían haber llevado a la cárcel de mujeres de Ventas.

—No creo —discurrió Vicente— que la lleven allí antes de pasar por la Dirección General de Seguridad.

Pero el otro insistió:

—Como están las cosas puede pasar de todo. Ventas nos coge de paso, y además compañeros nuestros están de guardia de exteriores, porque en esa cárcel creo que han comenzado a meter hombres, que ya no caben en las otras.

Hasta el último momento Vicente se resistió a perder tiempo recalando en la cárcel de Ventas, pero al final, por fortuna, accedió.

A punto de amanecer, había cierto alboroto en torno al presidio, porque entraban unos presos y salían otros y, efectivamente, la guardia de exteriores estaba compuesta por milicianos, ante los que se identificaron con un «¡salud camaradas!», y les permitieron pasar al interior, a la zona que todavía era de mujeres, en la que seguía la funcionaria que pocas horas antes registrara a Marián Acosta. Y ahora se presentaban unos milicianos a llevársela, lo que le dio muy

mala espina pues ya se corría la voz entre el personal de prisiones de que no era infrecuente que so pretexto de que venían a liberar a una prisionera, o prisionero, en realidad lo sacaban para ajusticiarlo. Por eso, aunque débilmente por miedo a los que tenían el poder de las armas, intentó oponerse a que se la llevaran, pero Vicente, intuyendo su recelo, le dijo:

—Queremos llevárnosla porque es inocente de lo que se la acusa, y yo respondo por ella, compañera.

—¿Usted la conoce?

—Mucho —dijo Vicente, y a punto estuvo de añadir que era su señorita y que él le había enseñado a conducir un coche.

A la funcionaria le pareció que era fácil comprobar ese extremo haciendo comparecer a la detenida ante su presunto libertador, como así hizo.

Apareció una Marián con la mirada perdida, obnubilada porque no acababa de entender bien lo que le estaba ocurriendo, aunque en el fondo, muy en el fondo de sus temores, se preguntaba con un atisbo de ilusión: «¿Estoy padeciendo todo esto por José Antonio, yo que siempre pensé que representaba muy poco para él?». Pero cuando vio a Vicente tan abigarrado, armado de la cabeza a los pies, no dudó ni por un momento que venía a librarla de aquella pesadilla que había durado solo horas, pero que a ella le parecieron años, y sin dudarle se fue a él y se abalanzó a sus brazos, sollozando: «¡Vicente! ¡Vicente!, menos mal que has venido».

Como eran tiempos en los que no era habitual que personas de distinto sexo que no fueran familiares se abrazaran en público, la funcionaria, casi divertida, discurrió que a ver si iba a resultar que la presunta querida de José Antonio lo era de aquel militante de la FAI. Consintió, por supuesto, a que se la llevaran y, cuando Vicente le dijo que le gustaría llevarse consigo también el expediente, la mujer le dijo que todavía no se lo habían hecho, y que se podía ir tranquilo. Y se despidió de Marián diciéndole:

—Tal como se están poniendo las cosas, me alegro de que te vayas.

Tomasa les estaba esperando en el coche, encogida en un rincón, y cuando abrazó a Marián, ambas con lágrimas en los ojos, y le comentó lo que había rezado por ella a una Virgen de su pueblo, que era muy milagrosa, Vicente comentó despectivo:

—Pero ¿tú crees que eso sirve para algo?

—Pues en este caso bien claro está que ha servido, ¿o te vas a apuntar tú todo el mérito?

—Por supuesto que es suyo, Tomasa, no se lo discutas, te lo agradeceré toda la vida, Vicente —la interrumpió Marián, cogiendo su mano para besársela.

También intervino el que se le ocurrió la idea de ir a la cárcel de Ventas para decir:

—Yo, Vicente, tampoco creo mucho en esas cosas. En Dios creo muy poco, apenas nada, pero también en mi pueblo tenemos una Virgen que está claro que hace favores... Vamos a ver: ¿por qué se me ha ocurrido a mí decir lo de las Ventas, que no era de mucho fundamento? Pues igual la idea nos la han dado esas vírgenes, la de esta mujer y la mía.

—De acuerdo —cortó Vicente—, pues ahora a ver si esas vírgenes os dicen dónde hay que llevar a Marián, porque de momento, al menos, no conviene que vuelva a su casa. Aunque vamos a pasarnos a ver si tenemos noticias de don Antonio.

A Marián la llevaron a la casa de una hermana del guardia civil, viuda, que vivía en una casita de una planta en la Guindalera. Según Tomasa, todo lo que tenía su hermano de golfo lo tenía esta mujer de santa, porque era muy religiosa. Ella se llevaba mejor con la hermana, que se llamaba Eulalia, que con el guardia civil al que, pese a estar enamorada, cualquier día lo dejaba si no se aclaraba lo de si estaba casado o no. Eulalia era la primera que le aconsejaba que ese hombre, aunque fuera su hermano, al que quería mucho, no le convenía y que debía dejarlo.

Eulalia no se sorprendió de que aparecieran a tan temprana hora y, cuando Tomasa le contó lo que sucedía, se limitó a mirar a Marián para decir:

—¡Pobrecita! Pasa, pasa.

Volvieron por Goya, 38, y el portero de la casa, que ya estaba levantado, les dijo que se había enterado de lo sucedido esa noche ya que su vivienda estaba situada en un semisótano que daba a la calle y lo oyó todo. Vicente le reprochó:

—¡Y cómo no salió usted para ver si don Antonio le necesitaba

para algo!

El hombre balbuceó que no se le ocurrió, ni imaginó qué clase de ayuda podía prestarle, ni que don Antonio, con tantas buenas relaciones como tenía, pudiera precisar de él.

—Si a mí no me preocupa el señor —corroboró Tomasa—, más me preocupa José Mari, aunque tampoco creo que le vayan a hacer nada a un chaval.

—¿Qué edad tiene ahora José Mari? —preguntó Vicente.

—Acaba de cumplir los dieciocho años.

—Pues ya no es tan chaval.

A pesar de todo, Vicente decidió que esa gestión no era tan urgente como la de Marián —que Tomasa insistía en que si no la habían violado era de milagro— y que al otro día se pondría a ella, pues ahora no le quedaba más remedio que volver al acuartelamiento, ya que tenía el mando de una sección que debía partir para Somosierra ese día sin falta.

Partió con intención de colocar a su sección en posición de defensa y pedir permiso al mando para retornar él a Madrid por un asunto urgente, pero nunca volvió porque cuando llegaron al alto se encontraron en pleno fragor del combate, ya que los facciosos habían avanzado más de lo previsto y emplazado ametralladoras, por lo menos dos, en una loma dominante desde la que ametrallaban a los leales, que, en su inexperiencia militar, no acertaban a cubrirse de aquella lluvia de fuego, y Vicente fue de los primeros en caer mortalmente herido.

Aunque pasaron días, semanas y aun meses sin saber lo que había sido de él, Marián nunca dudó de que algo muy grave le había tenido que ocurrir para que no volviera, conforme había prometido, para ocuparse del asunto de su padre y de su hermano. Y no les quedó más remedio que recurrir a Arsenio, el guardia civil de Tomasa, poco de fiar en cuestiones amorosas, pero más formal para otra clase de gestiones, dentro de sus posibilidades, que eran inferiores a las de un miliciano perteneciente a la Casa del Pueblo. En el denominado Alzamiento del 36, la Guardia Civil había adoptado una postura ambigua, ya que parte de sus miembros se decantaron por los sublevados y parte permanecieron fieles a la República, como hizo Arsenio, pero no por eso dejaban de ser mirados con desconfianza, por ejemplo, por los anarquistas a los

que llevaban años combatiendo en tiempos de paz. Arsenio podía hacer gestiones informativas sobre la situación de los detenidos, pero no resolutivas, como hiciera Vicente en el caso de Marián.

Don Antonio y su hijo pequeño fueron conducidos al edificio de Bellas Artes, en el que ya se había constituido un organismo al que se le denominó «Comité Provincial de Investigación Pública» y que dentro del desorden de aquellos días fatídicos estaba bastante bien organizado para detectar a los que se consideraba enemigos del pueblo, entre los cuales se encontraba Antonio Acosta por su condición de empresario que pocos meses antes había procedido al despido de obreros sin causa suficientemente justificada, de suerte que quien entró en aquel organismo como valedor de su hijo pequeño, invocando su condición de adicto al gobierno de la República, se encontró detenido por su condición de empresario explotador de la clase obrera, conforme a las instrucciones que según parece procedían del corresponsal de prensa, Koltsov, quien de acuerdo con las pautas soviéticas estableció tres categorías de enemigos de la clase obrera, cuyo primer lugar lo encabezaban los militares, seguidos de los empresarios y de los profesionales liberales al servicio del capitalismo.

Ese Comité Provincial estaba presidido por un juez de carrera, pero sujeto a la autoridad de un comisario político que le decía lo que debía hacer, con lo que no siempre estaba de acuerdo el magistrado, y acabaron por deshacerse de él. Pero en aquellos primeros días de la revolución que hacían los militares para alzarse con el poder, y los comunistas para hacerse con el gobierno, fue este magistrado quien enjuició a don Antonio y a su hijo, y procuró hacerlo del modo más favorable para sus intereses, mandándoles a la cárcel Modelo, porque de seguir en aquella checa corrían el riesgo de ser sometidos a un juicio sumarísimo para ser fusilados a renglón seguido.

Esto no le cabía en la cabeza a don Antonio, quien arguyó ante su señoría su condición de republicano fiel al gobierno, etcétera, etcétera, y que podía demostrar que los obreros de los que prescindió, unos pocos en comparación con el total, estaban sujetos a contrato temporal, cuyo plazo había vencido, y que de tener

alguna responsabilidad sería de orden civil, o laboral, nunca penal, y menos aún que mereciera la cárcel, razonamiento que agotó la paciencia del magistrado, quien le espetó:

—Usted, señor Acosta, está en el limbo y no se entera de nada. Suerte tendrá si consigo que acabe en la cárcel Modelo y no en una cuneta.

—Está bien —admitió don Antonio en un esfuerzo desesperado por salvar a su hijo—, estoy dispuesto a ir a la cárcel, aunque me parezca una injusticia, ¿pero mi hijo qué tiene que ver con todo esto?

—A su hijo, acusado de falangista, o de simpatizante con ese movimiento fascista, le conviene más que a usted estar en una cárcel atendida por funcionarios responsables. Y no abuse usted de mi paciencia.

Y así fue como todos los miembros varones de la familia Acosta vinieron a dar en la cárcel Modelo, en la que ya se encontraba Ignacio desde el anterior 20 de julio, aunque tardaron en encontrarse ya que estaban en distintas galerías, Ignacio incomunicado en una de ellas, en unión de los jefes que habían participado en la rebelión desde el cuartel de la Montaña, como si fuera uno de ellos, a pesar del modesto papel que le tocó jugar en el luctuoso acontecimiento.

Esta incomunicación le duró hasta el día 15 de agosto, fecha en la que juzgaron por delito de alta traición al general Fanjul, e Ignacio estaba resignado a correr la misma suerte que el general a cuyas órdenes se había puesto. Durante aquel mes Ignacio estaba resignado a casi todo, pues su moral se hallaba en extremo quebrantada por lo sucedido en el cuartel, en el que nada pudo hacer, y vio que otros, que habían hecho tan poco como él, murieron fusilados *in situ* por los asaltantes. Era la primera vez que veía la muerte cara a cara y en proporciones inimaginables para quien estaba convencido de que el alzamiento militar triunfaría en cuestión de horas para instaurar una paz benéfica y constructiva como predicaba con cálidas palabras José Antonio Primo de Rivera, de cuya suerte nada se sabía en aquellos primeros momentos, aunque se corría la leyenda de que había recuperado la libertad de su cárcel de Alicante y al frente de un ejército de falangistas se dirigía a Madrid para salvarles a todos ellos.

El general Fanjul, como deferencia a su condición de alto mando, disfrutaba de una celda para él solo, pero salía a pasear a uno de los patios de la cárcel en el que coincidía con Ignacio, y un día se dirigió a él ya que, según le habían informado, era abogado y suponía que bueno si trabajaba en el bufete de Primo de Rivera.

—A mí —le confió—, con arreglo al Código Militar, me han asignado un defensor que me merece muy poca confianza y que se muestra poco dispuesto a hacer algo por mí. ¿Usted qué opina?

—Mi general, yo tengo poca experiencia de la justicia militar, pero con arreglo al derecho penal común, bien se considere sedición del artículo 219, bien traición de los 142 y siguientes, la pena es la de reclusión mayor a muerte, o sea, que si nos condenan a muerte no se puede decir que han infringido las leyes vigentes, y perdone que le hable con esta sinceridad, mi general, pero si me pregunta usted como abogado no puedo decirle otra cosa.

La impresión de Ignacio fue que el general le preguntó por preguntar, pero que nunca dudó de lo que le aguardaba, entre otras razones porque aquel alzamiento había sido a vida o muerte, y bien claro lo había dejado por escrito su director, el general Mola, cuando dijo que no esperasen piedad los que no se unieran a ellos.

El aislamiento no impidió que Ramiro, el celador que facilitaba sus encuentros con José Antonio, viniera a visitarle para decirle que eso ya se lo temía, pues se imaginó que sería de los que estaban en el cuartel de la Montaña y que tenía suerte de haber salido con vida.

—De momento nada más —le dijo Ignacio con tono resignado—, ten en cuenta que estoy en el mismo barco que el general Fanjul.

—A ese le fusilan, seguro.

—¿Y a mí por qué no?

—Tú no eres el jefe de nada —trató de tranquilizarle Ramiro.

—Para ellos soy un jefazo de Falange, lo que casi es peor.

A eso no supo qué replicarle, y desde ese día venía a visitarle a diario y hasta hizo una gestión para localizar a su familia, sin éxito, pues fue a la calle Goya, 38, piso tercero, y nadie respondió a sus llamadas. El portero, receloso de las intenciones de aquel hombre, no se atrevió a decirle cómo se los habían llevado detenidos, y, cuando Ramiro le preguntó si es que se habían ido de viaje, dijo que creía que sí, pero que no sabía adónde, lo cual a Ignacio le pareció

una buena noticia porque era señal de que se habían ido a San Sebastián, ciudad en la que acostumbraban a veranear.

—Espero que allí estén a salvo de esta locura —se animó Ignacio.

Ramiro coincidía en lo de la locura porque aquella cárcel ya no era lo que fue, pues cada día entraban nuevos detenidos, de suerte que las galerías estaban atestadas, con presos durmiendo por los suelos y con grandes dificultades para darles de comer a todos. Además, los detenidos, muchos de ellos militares de graduación, merecían un trato muy distinto del que acostumbraban a dar a los delincuentes comunes, a los que no pasaba nada si, de vez en cuando, los golpeaban por mal comportamiento, todo lo cual complicaba mucho el trabajo de los funcionarios, y de todo esto se quejaba a Ignacio, quien le respondía que ya le gustaría estar en su lugar.

Ramiro le facilitó el Código Penal con la intención de que preparase su defensa —aunque de paso le permitió informar con tanta precisión al general Fanjul—, y no dudó tras repasarlo de que le aguardaba la pena de muerte, pero se encontraba preso de una depresión tan profunda que la veía como una liberación. ¿Para qué seguir viviendo si todos sus ideales se habían derrumbado?

Todos no, le animaba Ramiro, llegaban noticias de que José Antonio Primo de Rivera estaba vivo, aunque seguía preso en la cárcel de Alicante porque esa ciudad era de las que había permanecido fiel al gobierno de la República. También le informaba de que el ejército que se había alzado en África seguía avanzando por la parte sur de la Península sin encontrar demasiada oposición, y como siguieran así podía ser que a no mucho tardar se encontraran a las puertas de Madrid, o sea, que el alzamiento no había sido un fracaso, ni mucho menos, como se decía en los medios gubernamentales. Ignacio se alegraba con estas noticias, pero la alegría le duraba poco y volvía a caer en la depresión que le hacía anhelar la muerte. Hasta que el 15 de agosto juzgaron al general Fanjul y el 17 le fusilaron de madrugada en el patio de la cárcel, para que todos los presos fueran testigos de tan ejemplar castigo. Ramiro vino para decirle:

—Si no te han juzgado ya, es que no te consideran un jefazo. Además, te vamos a trasladar a una galería común, donde puede

que te encuentres menos cómodo que aquí, pero más seguro. Serás uno más.

—¿Uno más de qué? A mí todavía no me han comunicado de qué se me acusa, ni de qué debo defenderme.

—A ver cómo te crees que están los demás. Detenidos pendientes de una causa que a saber cuándo se la instruirán.

En la galería común en la que predominaban los militares, y bastantes falangistas, Ignacio comenzó a recuperar las ganas de vivir. Los militares daban por seguro que el ejército de África, a cuyo frente estaba un joven general, de notable prestigio, Francisco Franco, seguiría avanzando imparable hasta hacerse con la capital de España, y con ella se consolidaría el triunfo del alzamiento, de todo lo cual ellos sacarían provecho, pues se les había ofrecido servir al ejército de la República y se habían negado, y por eso habían sido encarcelados. Los falangistas, por su parte, no dudaban de que la liberación de José Antonio tendría lugar en breve, para ponerse no solo al frente del ejército, sino de toda la nación, con arreglo al programa de la Falange. Aunque otros creían que ya estaba libre y en marcha hacia Madrid.

En ese ambiente de optimismo y con la tranquilidad de saber a su familia en San Sebastián, Ignacio se fue sosegando, procurando apartar de su mente las matanzas del cuartel de la Montaña.

La aseveración de Tomasa de que Eulalia era una santa resultó ser cierta por el cariño con que trató a una Marián desconcertada y llorosa, ignorante como estaba de la suerte que hubieran podido correr su padre y su hermano pequeño, eso sin contar con lo del otro hermano, que suponían que se había pasado a la zona de los sublevados, pero no dejaban de ser suposiciones, y la viuda, mujer de cuarenta años, no mal parecida, obligó a su hermano el guardia civil a que la acompañara, primero a la cárcel que habían habilitado en el calle Porlier y luego a la Modelo, y allí dieron con don Antonio y su hijo, y si no acertaron con el otro hermano fue porque todavía no se había celebrado el juicio contra el general Fanjul y seguía tan incomunicado que no existía para el mundo exterior.

Con gran diligencia consiguió una acreditación de ciudadana argentina, a la que tenía derecho por ser viuda de un argentino, y con un brazalete blanquiazul que se puso consiguió visitar a don Antonio y a su hijo José Mari, y, además de darles noticias, les llevó un paquete con comida; el gobierno de la República había dado instrucciones de que se tratara con deferencia a los extranjeros para dar una buena imagen internacional.

Para don Antonio fue una gran tranquilidad saber que su hija se encontraba a buen recaudo, y besó agradecido las manos de aquella buena mujer que sin estar obligada a ello se arriesgaba —eran tiempos en los que todo era arriesgado— para traerle tan buena noticia, y para Marián fue un tremendo disgusto saber que su padre y su hermano —quizá por su culpa— estaban detenidos, por mucho que le asegurase Eulalia que se encontraban muy bien, y que tal como se estaban poniendo las cosas estaban más seguros en la cárcel que en la calle, lo cual no le cabía en la cabeza a la joven. ¿Desde cuándo una persona honrada estaba mejor en la cárcel que

en la calle? Pues desde que de las calles se habían apoderado gentes que hasta eran capaces de quemar iglesias, le replicaba Eulalia, a quien como buena católica le parecía el colmo que se atrevieran a incendiar los lugares sagrados.

Las visitas de Eulalia fueron el primer rayo de luz que le llegó a don Antonio, que solo comenzó a comprender lo que le estaba pasando cuando constató que en su galería había otros detenidos que, al igual que él, lo eran por causas inciertas, aunque resultaba evidente que todos, por un motivo o por otro, se mostraban partidarios del alzamiento militar, y la prueba es que siempre estaban pendientes de una radio a galena que había logrado fabricar uno de ellos, de profesión ferretero, para escuchar las noticias que daba el general Queipo de Llano desde las emisoras facciosas, anunciando el avance del general Mola desde el norte y del general Franco desde el sur, que eran celebradas con gran contento por todos los presos, aunque con moderación por miedo a los guardianes.

En una de las visitas, Eulalia se hizo acompañar de Tomasa, y el encontrarse con un rostro tan querido alegró mucho a los detenidos, y a la criada, viendo a su señor tan respetado entre rejas, se le saltaron las lágrimas. Don Antonio la tuvo que tranquilizar diciéndole que pronto se arreglaría todo, aunque cada vez lo veía más complicado y ya solo confiaba, como la mayoría de los encarcelados, en que triunfaran a no mucho tardar los sublevados y los liberaran a todos. Le comentaba a su hijo José Mari: «Yo no estoy de acuerdo con la sublevación, pero ahora no sé qué pensar». Es decir, si con la sublevación les venía la libertad, bienvenida fuera.

Después de que los funcionarios no pusieran dificultades a la visita de Tomasa, Marián decidió visitarles ella también, y aunque las otras mujeres le decían que podía ser peligroso no lograron hacerla desistir y al final Eulalia admitió:

—Si yo tuviera a mi padre, que en paz descanse, en la cárcel y pudiera ir a verle, nada me detendría. Pero será mejor que te hagas acompañar por Arsenio, por ser de más autoridad.

El estatus de Arsenio de cara a los mandos populares había mejorado ya que había dejado de ser guardia civil —el cuerpo se había transformado en Guardia Nacional Republicana, con el

correspondiente cambio de uniforme y la supresión del tricordio que tanto odiaban, no solo los gitanos, sino las clases humildes en general— y además había sido ascendido a brigada, lo que le permitía moverse con mayor soltura en los medios oficiales y, por ende, en la cárcel.

Sus relaciones con Tomasa habían mejorado dentro de la confusión, ya que había quedado claro que estaba casado, o lo había estado, pero al socaire de la legislación republicana, laicista, había obtenido el divorcio y, por tanto, era como si fuera soltero a todos los efectos, excepto a los de su hermana Eulalia que le decía que ese divorcio no valía y que a los ojos de Dios seguía casado. Tomasa se debatía en medio de grandes dudas y le argüía a la viuda que si se había divorciado era prueba de que la quería a ella más que a su mujer.

—¿Y eso crees tú que sirve de algo? —le replicaba Eulalia—. Además, para lo que estáis haciendo vosotros, poco os hace falta estar casados o dejar de estarlo. En fin, tú veras.

Entonces Tomasa se lo consultaba a Marián, que no sabía bien qué responderle, y acababa diciéndole que de eso Eulalia entendía más.

En esta confusa situación Arsenio se mostraba más amoroso con Tomasa, al tiempo que obediente a las indicaciones de su hermana mayor, y aceptó acompañar a Marián a la cárcel, lo que comportaba algún riesgo, puesto que a saber si en algún lugar seguía figurando su relación con José Antonio Primo de Rivera, aunque Marián le insistía en que en la cárcel de Ventas les habían asegurado que no había quedado ningún expediente o razón de ella.

Fue una visita que tuvo una gran trascendencia en la situación de la familia Acosta, que por fin pudieron saber lo que había sido los unos de los otros, puesto que cuando Arsenio se dirigió a un funcionario, que hacía las veces de subdirector de la cárcel, para que autorizase la visita, el funcionario le preguntó:

—¿Son los mismos presos a los que visita una ciudadana argentina?

Era difícil que se acordara de ese detalle habida cuenta de que era una prisión preparada para albergar a mil doscientos presos, y a la sazón estaba ocupada por más de cinco mil, pero lo recordaba porque le hacía gracia la desenvoltura con la que se movía aquella

simpática mujer, siempre sonriente, con su brazalete blanquiazul. Y por la misma razón de exceso de presos no había caído en la cuenta de que el apellido de aquel padre y de su hijo coincidía con el de su protegido Ignacio Acosta, porque ese funcionario era Ramiro, y cuando hizo venir a su presencia a la nueva visitante se la quedó mirando muy fijo y le dijo:

—Yo a usted la conozco, aunque no recuerdo de qué.

Le costó identificar a la hermosa mujer que visitara a Primo de Rivera la pasada primavera, elegantemente vestida, con esta otra, muy atractiva también, pero con un sencillo traje de paño porque el mes de septiembre estaba avanzado y el tiempo era fresco. Y cuando lo consiguió, le dijo:

—Pero tú, si no me equivoco, eres la hermana de Ignacio Acosta.

Les llevó un buen rato aclarar la situación, porque de primeras Marián se quedó muda, y no sabía si era bueno o malo ser la hermana de un conocido falangista, aunque se inclinaba porque fuera malo. Así que no dijo ni que sí ni que no, porque ella, por supuesto, en aquella visita primaveral no había reparado en Ramiro, quien a su vez no entendía qué hacía allí la hermana de Ignacio, cuando según este estaban en San Sebastián, y cuando fue informado de que también se encontraban presos su padre y su hermano, su única preocupación era cómo le iban a dar la noticia a Ignacio. Menudo disgusto se iba a llevar, como el que tuvo Marián cuando se enteró de que su otro hermano no estaba en la denominada zona nacional, sino también encarcelado. Como le diría luego Eulalia a modo de consuelo: «Por lo menos sabes que está vivo, que no es poco en estos tiempos».

La primera medida de Ramiro fue reunir al padre y a los dos hijos en una galería en la que no había presos comunes, sino que en su mayoría eran militares, o profesionales, gente en general educada con la que era posible la convivencia, y asignarles una celda para ellos tres solos. El padre, satisfecho, les dijo:

—Lo más importante es que estamos juntos. ¿Tú sabes lo que he sufrido, Ignacio, sin saber lo que era de ti, pensando que con suerte te estabas jugando la vida pegando tiros con los sublevados?

—Pero es que yo os hacía en San Sebastián.

Esto le hacía reír al padre. Pero ¿cómo se iban a ir a veranear a San Sebastián, como si no pasara nada, y sin saber lo que había sido de él?

También les ayudó a soportar el forzado encierro el que Ramiro le diera permiso a Marián, que le atraía mucho, para que pudiera visitarles con frecuencia. Procuraba recibirla personalmente, conducirla a un locutorio destinado a presos distinguidos y tener atenciones con ella, a las que Marián respondía, consciente del atractivo que ejercía sobre el funcionario, coqueteando con él ya que por nada quería perder el privilegio de poder visitar a sus seres más queridos.

Cuando se encontraban los cuatro reunidos en el locutorio, reían viéndose todos juntos, aunque fuera en aquel lugar, pero también se lamentaban echándose cada uno la culpa de lo que les sucedía a los demás, sobre todo Marián, que decía que todo esto era a causa de su amistad con José Antonio, a lo que Ignacio replicaba que lo más importante que le había sucedido en su vida era haber conocido a ese hombre, aunque sentía haber animado a su hermano pequeño a seguir su mismo camino, y este se acusaba de haber conservado una camisa azul con el yugo y las flechas; y, por terminar con aquel rosario de culpabilidades, el padre procuraba poner un punto de humor diciendo que la culpa era suya por haber sido un explotador de la clase obrera.

Marián, por consejo de su padre, seguía viviendo en la casa de Eulalia, y estaba muy informada por Arsenio de lo que sucedía en Madrid, donde ya funcionaban con regularidad las checas, muy expeditivas en sus juicios y consiguientes ejecuciones. Por eso en sus visitas les aseguraba a su padre y hermanos que estaban más seguros allí.

A Ramiro se le confirmó en su cargo de subdirector de la cárcel y les confesó a sus protegidos:

—No me hace ninguna gracia. Esto me puede costar caro, pero no me ha quedado más remedio que aceptar.

Se expresaba así porque el ejército que mandaba el general Franco estaba a las puertas de Madrid y eran pocos los que dudaban de que se haría en breve con la ciudad, a tal extremo que para ponerse a salvo de esa contingencia el gobierno de la República, con su presidente a la cabeza, se había trasladado a Valencia, y la

capital había quedado en manos de una denominada Junta de Defensa de Madrid presidida por el general Miaja y compuesta por un conjunto de miembros inquietantes, todos pertenecientes a partidos de la Casa del Pueblo, incluidas las Juventudes Libertarias, de orientación claramente anarquista.

—No sé lo que será de nosotros —insistía Ramiro—, porque ya en la cárcel cada vez mandamos menos y recibimos órdenes de organismos de cuya existencia hasta hace poco no teníamos noticia. O sea, que ser subdirector en estas circunstancias no tiene ninguna gracia; si no obedezco a los que mandan ahora, me pueden pegar dos tiros, y si entran los sublevados me pueden pedir cuentas, y si no les gusta las que les doy me pueden pegar otros dos tiros.

Don Antonio le decía, aunque no muy convencido por su propia experiencia, que si tenía la conciencia tranquila no tenía por qué preocuparse, a lo que Ramiro le replicaba que en aquellas circunstancias no era fácil tener la conciencia tranquila. Ignacio, que ya daba por segura la entrada de Franco, le decía que ellos le avalarían, y Ramiro le contestaba:

—Eso espero.

La preocupación de Ramiro, y con la suya la de otros funcionarios de la cárcel, era por el contrario alegría de los prisioneros, que se veían a las puertas de la libertad, y todo lo que hiciera el ejército liberador les parecía bien, incluso una vez que llegaron a bombardear la misma cárcel, bien fuera por error o por demostrar su poderío, dijeron que eran medidas militares que no quedaba más remedio que acometer. Algunos llegaban a manifestar que las bombas que caían sin cesar sobre la ciudad sonaban a las campanas que anunciaban su liberación.

Otros más sensatos sostenían que esa libertad la podían pagar cara, pues la relativa seguridad de la prisión cada día era más precaria, ya que estaban rodeados por un pueblo sediento de venganza, porque a la capital llegaban noticias de las crueldades que cometía el ejército faccioso en su avance y se contaba con todo detalle en los medios de comunicación gubernamentales la matanza que habían perpetrado en Badajoz, en la que habían encerrado a miles de milicianos, sin distinción de hombres y mujeres, y los habían ametrallado, eso sin contar las violaciones de mujeres que cometían los moros en las ciudades que conquistaban, a tal extremo

que se recomendaba a las milicianas que se pegaran un tiro antes de caer en manos de los africanos.

A principios del mes de noviembre Ramiro les dio una mala noticia, que luego iba a resultar peor.

—Estamos recibiendo órdenes de funcionarios de la Dirección General de Seguridad de trasladar a los presos más significados a Valencia. Yo creo que esto va más bien por los militares, para que no se incorporen al ejército de los sublevados en caso de que caiga la ciudad, o sea, que no creo que os afecte a vosotros. —Luego se quedó pensativo y añadió—: En todo caso a ti, Ignacio, que estás considerado como jefe de la Falange.

—¿Y a mí? —preguntó José Mari, como si le hiciera ilusión seguir la suerte de su hermano.

—Tú no cuentas a esos efectos. Lo que sí le he dicho a Marián es que de momento deje de visitaros. Cada vez hay más milicianos en la guardia exterior que entran en la cárcel como Pedro por su casa, y no me fío de ellos.

En esos primeros días de noviembre Madrid se convirtió en una ciudad caótica, en la que no se sabía bien quién mandaba, ya que su presidente, el general Miaja, bastante tenía con intentar detener el avance de los rebeldes que se encontraban al otro lado del río Manzanares, apenas a trescientos metros de las primeras casas de la ciudad.

Eran tiempos en los que se admitían los bombardeos sobre la población civil como elemento intimidatorio, y uno y otro bando se servían de ellos, pero los afectados no estaban conformes con ese recurso militar, y cada vez que se producía un bombardeo en Madrid con víctimas civiles, hasta de mujeres y niños, se iban a las cárceles pidiendo la vida de los facciosos encerrados en ellas.

Koltsov se aprovechó de este ambiente para convencer a determinadas autoridades de que no quedaba otro remedio que trasladar a los militares encerrados en la Modelo, de modo que no pudieran incorporarse al ejército faccioso, y de paso hacer otro tanto con los oficiales que estaban presos en otras cárceles de la ciudad, sin olvidar a determinados elementos que sin ser militares podían resultar peligrosos, por ejemplo, empresarios que con su

dinero pudieran ayudar a financiar al ejército enemigo, todo esto conforme a su relación de preferencias.

Las listas de las personas a trasladar se confeccionaron con notable precipitación ya que no había tiempo que perder, con las baterías enemigas a tiro de piedra de la ciudad, que se había convertido en un sinvivir, y uno de los encargados de confeccionarlas fue Román Rodríguez, el funcionario de prisiones, a la sazón en excedencia para estar más libre de poder hacer la revolución total, según el modelo de la Unión Soviética, cuyo máximo representante en España era el camarada Koltsov, también conocido como Miguel Martínez. Resultó inevitable que en la lista incluyera a Ignacio Acosta por su condición jerárquica en el partido faccioso por excelencia, la Falange, y en la duda incluyó igualmente a su hermano José María y, por fin, también a don Antonio Acosta, que quizá no fuera falangista, como sus hijos, pero sin duda era un empresario de los que con sus dineros podía ayudar al ejército de los capitalistas. Todas estas listas se las ponía a la firma de Serrano Poncela, de las Juventudes Socialistas Unificadas, que estaba al frente de la Dirección General de Seguridad, con una introducción que rezaba: «Sírvase poner en libertad a los presos que se mencionan en la hoja adjunta».

El día 8 de noviembre, entrada la noche, la cárcel Modelo se convirtió en un hervidero de órdenes y contraórdenes, con milicianos que levantaban barricadas como para que no se supiera lo que iba a suceder en su interior, y Ramiro comentó con su superior, el director de la prisión, que no se creía que esas órdenes de libertad tuvieran ningún sentido. El director le confió que él tampoco lo creía, pero que era una fórmula para justificar el traslado de esos presos a Valencia.

—¡Pero cómo van a trasladar presos a Valencia en autobuses de dos pisos! Esos solo sirven para circular por las ciudades.

En eso no había caído el director y Ramiro le hizo asomarse a un ventanal que daba sobre la plaza de acceso a la cárcel, en la que contaron hasta diez autobuses de dos pisos, como los que se usaban en la ciudad de Londres y que acababan de ser importados a España, con los motores en marcha, vigilados por una mezcla de milicianos, policías y guardias de asalto. A su vista, el director fue terminante:

—Nosotros, Ramiro, ni entramos ni salimos de este asunto. Nos debemos limitar a cumplir órdenes de la Dirección General de Seguridad, de la que dependemos todas las cárceles en la actual situación.

—No sé, director, si no nos pedirán cuentas algún día de esto —le replicó Ramiro.

—Las órdenes esas las he confirmado por teléfono, más no puedo hacer.

Ramiro vio lo que podía solventar por su cuenta y consiguió que algunos de los incluidos en las listas lograran esconderse en los retretes o en otros recovecos de aquella inmensa prisión, y al no atender a la llamada, con la premura de cumplir su cometido, se olvidaran de ellos, pero no fue ese el caso de los Acosta, de los primeros que fue a visitar para advertirles de lo que sucedía.

—Tu caso es más difícil, Ignacio, porque estás más significado, pero usted, don Antonio, y tú, José María, escondeos donde yo os diga y no salgáis cuando os llamen.

Pero se concitaron circunstancias que les impidieron seguir ese consejo. Don Antonio perdió tiempo dudando: ¿cómo le iban a dejar solo a Ignacio? Y su hijo pequeño dijo que él estaba dispuesto a correr la misma suerte que su hermano mayor, y que si tenían que irse a Valencia, pues él también se iría.

Pero lo definitivo fue que el encargado de evacuar aquella galería de presos significados, en su mayoría militares, fue Agapito García Atadell, jefe de la Brigada del Amanecer, que gozaba de cierto prestigio como revolucionario ya que en los años veinte, cuando el Partido Comunista era una entelequia en España, colaboró en la formación de las juventudes comunistas, y se dice que comenzó a matar de buena fe, y ya no pudo parar. Tan escandalosa fue su vesania en los primeros meses de la guerra civil que cuando se normalizó la justicia en el bando republicano fue acusado de crímenes y corrupción y tuvo que abandonar la Península en un barco argentino, el *Primero de Mayo*, aunque en las islas Canarias fue detenido por los nacionales, quienes poco después le dieron garrote vil en la ciudad de Sevilla.

Pero en aquel infausto mes de noviembre todavía no había decaído su prestigio de revolucionario expeditivo, muy estimado por los mandos ya que no ponía objeciones a realizar trabajos a los

que otros más escrupulosos se resistían. Como experimentado en estos trances, actuó con gran diligencia y, en tanto que en otras galerías se demoraban comprobando nombres de las listas, entró en la que le habían asignado con un fuerte contingente de hombres, y mientras unos los encañonaban con sus fusiles, otros les despojaban de todas sus pertenencias, que iban colocando en un rincón para luego meterlas en sacos, al tiempo que con gran habilidad les esposaban las muñecas, no con esposas reglamentarias o cuerdas, sino con alambres muy finos que se las laceraban si intentaban desprenderse de ellas. Don Antonio se dirigió a él y le suplicó:

—Por favor, aquí creo que hay un malentendido, mi hijo pequeño y yo...

Pero García Atadell no le dejó continuar.

—Nombre.

Don Antonio le dio sus nombres, y García Atadell comprobó y le dijo:

—Están en la lista.

Ramiro, que conocía bien la fama de García Atadell, ya no se atrevió a hacer más por ellos, y cuando tuvo que dar explicaciones a Marián de lo sucedido no supo cómo hacerlo.

Les hicieron formar en fila de a dos encaminándolos hacia la salida de la prisión, y don Antonio, en un último intento de ser optimista, les dijo a sus hijos:

—El que nos trasladen a Valencia no es lo peor que nos puede ocurrir.

Pero Ignacio no pudo por menos de advertirle:

—Padre, ¿no se te hace raro que nos vayan a trasladar a otra cárcel y no nos llevemos nada con nosotros, algo de nuestra ropa, unos zapatos?

A esto no supo qué responderle el padre, cuya única preocupación en aquellos momentos era su hijo pequeño, que le daba la impresión de que le entraban temblores y cada poco le preguntaba: «Hijo, ¿vas bien?». «Sí, padre», le contestaba con un hilo de voz.

En aquella fila marchaban gente muy variada, entre otros, varios frailes agustinos de un colegio de El Escorial y bastantes militares que, temiéndose lo peor, se habían concertado en no dar muestras de temor y caminaban altivos; algunos de ellos habían comenzado a

susurrar cantos patrióticos de sus respectivas unidades militares. Los frailes rezaban y procuraban dar ánimos a los otros prisioneros diciéndoles que confiaran en Dios. Uno de los militares se permitió bromear.

—¿Tan mal estamos?

Y otro, que sabía quién era García Atadell, añadió que si sus vidas dependían de ese desalmado, ni Dios los podía salvar.

Cuando se montaron en el autobús estuvieron a punto de separarles, ya que en el que les subieron estaba lleno y a Ignacio, que se había quedado retrasado, lo encaminaron hacia otro, pero el padre suplicó al que dirigía la evacuación:

—Por favor, déjenle subir con nosotros.

—¿Pero no ve que va lleno? —le razonó el hombre como si se tratara de una excursión turística—. Van a ir muy incómodos.

—No importa —insistió el padre—. Déjenle subir. Es mi hijo.

—Está bien, que suba —condescendió el hombre.

Se sentaron los tres en un asiento de dos y el padre dijo su frase preferida: «Por lo menos vamos juntos».

Comenzó a discurrir el autobús por las calles desiertas de la ciudad, camino de la carretera de Zaragoza, y uno de los detenidos le preguntó a un guardián si los iban a llevar con aquellos hierros en las muñecas hasta Valencia. El requerido, de buenos modos, le rogó que se callara y que esperase.

El padre confió hasta el último momento en que lo del traslado a Valencia sería verdad, pero Ignacio intuyó lo que les esperaba y de algún modo se sintió enardecido pensando en que se iba a convertir en un mártir de la Falange, de acuerdo con el espíritu de José Antonio, que en más de una ocasión les había recordado que un buen falangista tenía que estar dispuesto a hacer guardia sobre los luceros y, como se cantaba en el *Cara al sol*, si te dicen que caí, me fui al puesto que tengo allí. Comenzó a recitar a media voz la letra del himno de la Falange y por momentos se olvidó de que con su muerte arrastraba también la de su padre y la de su hermano. Pensaba que su sacrificio no sería en vano pues no dudaba de que José Antonio habría recuperado la libertad y ya se estaría encaminando hacia Madrid, para liberarla de la hidra marxista, y con ella a toda España. Como buen católico pensaba que si la sangre de los primeros mártires fue la que hizo florecer el cristianismo,

otro tanto podía ocurrir con la de los primeros mártires falangistas, y en esa línea se movieron las palabras que pronunciara José Antonio en el sepelio del primero de todos ellos, de Matías Montero. «Os aseguro —había dicho— que esta sangre derramada no será en vano y hará florecer las cinco rosas de nuestro haz».

El autobús, sobrecargado de gente, circulaba con precaución y tardaron más de una hora en llegar a lo que sería su fin de trayecto: un llano perdido en medio de la noche al pie de un altozano en el que se asentaba un pueblo cuyo nombre se haría famoso con el tiempo: Paracuellos de Jarama.

El lugar tenía un aspecto fantasmagórico, solo iluminado por los faros de otros vehículos que les habían precedido, pero en el que ya se oía el ruido de disparos, de suerte que pocas dudas les quedaban sobre lo que les iba a suceder. Se alzaron entre los detenidos voces de protesta, de extrañeza, mezcladas con cantos patrióticos, hasta que el fraile agustino de más edad reclamó silencio y les advirtió que estaba claro que sus vidas corrían peligro —esto lo repitió en latín, «immineat periculum mortis»—, y por lo tanto se consideraba autorizado a dar una absolución general de los pecados, de los que se arrepintieran de todo corazón, y siempre con obligación de repetir la confesión individualmente caso de que salieran con vida de aquel trance, lo que parecía altamente improbable en aquellas circunstancias. Se hizo un silencio, que hasta respetaron los guardianes, y después de rezar un padre nuestro en el que invitó a todos a que le acompañaran, les dio la absolución en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando descendieron del autobús, con cierto orden, era todavía noche cerrada, y a la iluminación de los autobuses y de las camionetas de los guardias de asalto se unía la de las hogueras que se habían encendido para calentarse porque la noche estaba muy fría, y sobre alguna de esas hogueras hervían pucheros de café para que recuperasen fuerzas los que llevaban toda la noche ejecutando. En aquel extraño paraje había un ambiente de rigor y serenidad, como si todos los que tomaban parte en aquel aquelarre supieran el papel que les correspondía y estuvieran dispuestos a desempeñarlo lo mejor posible. Por parte de los guardianes no había malas palabras y se limitaban a meter prisa a las víctimas; quizá influyera en aquella serenidad la mayoría de militares que había entre los que

iban a ser ejecutados. Estas ejecuciones tomaron por sorpresa a los vecinos de Paracuellos de Jarama, que para nada se esperaban aquella matanza colectiva, y declararon en los siguientes días que no les sorprendieron demasiado los disparos en la noche por estar en tiempo de guerra, y a lo más temieron que se acercara el frente, pero, cuando al día siguiente fueron requeridos para enterrar a los muertos, sí les asombró que no se oyeran lamentos o gritos de desesperación de los ejecutados. Eso respecto a la primera noche, ya que en los días sucesivos, en los que las ejecuciones tuvieron lugar también de día, era más ostensible la desesperación de las víctimas, algunas de las cuales intentaban escapar pese a las ligaduras que los sujetaban.

Por el modo en que se desarrollaron las ejecuciones, la impresión era que el acto venía preparándose con varios días de antelación, y los ejecutores seleccionados entre miembros de la Milicia de Vigilancia de Retaguardia (MIVR), que llevaban meses haciendo un cometido parecido, aunque en menores proporciones, en esta ocasión recibieron instrucciones muy precisas de los mandos de no recrearse en las ejecuciones, ni cambiar palabras ni menos aún insultos con los ejecutados, sino hacer el trabajo lo más rápido posible porque era mucho el que les esperaba. También se les encarecía que se pusieran de acuerdo sobre quién debían disparar, cada uno sobre el que tuviera enfrente, no fuera a ser que todos los del pelotón dispararan sobre el mismo.

Los policías dependientes de la Dirección General de Seguridad eran los encargados de formar los grupos y conducirlos a los diversos lugares de ejecución que estaban repartidos por el llano, y el fallo estuvo, sobre todo el primer día, en que no estaban bien organizados los enterramientos y los cadáveres se amontonaban por el suelo, hasta que al día siguiente requirieron a los vecinos del pueblo para que los enterrasen, a lo que estos se resistían, pero no les quedó más remedio.

El grupo en el que iban los Acosta se subdividió en varios, cada uno compuesto de diez miembros, y la única preocupación de don Antonio era que no le separaran de sus hijos y, también, que le quitaran los alambres de las muñecas; y lo consiguió, ya que le suplicó a uno de los guardias: «Por favor, quítenme las esposas para que pueda abrazar a mis hijos», y el hombre accedió porque aquel

señor, tan mayor, con el pelo todo blanco, imponía respeto, y hasta se preguntaba qué pintaba allí en medio de tanta gente joven.

Esta preocupación del padre de estar juntos puede que fuera lo que salvara la vida a Ignacio ya que, conforme a las leyes de guerra, era el único de los tres que debía haber muerto por ser enemigo declarado de los que ordenaban la ejecución.

El lugar que les correspondió estaba muy oscuro, aunque no para los verdugos, que ya estaban hechos a aquella oscuridad y no precisaban de más claridad para disparar, y el padre se agarraba a los dos hijos y musitaba una y otra vez, «¡Hijos míos!, ¡hijos míos!», y también: «¡Qué va a ser de Marián!». José María se abrazaba a su padre, como si fuera imposible que contando con su protección pudiera pasarle algo malo. Ignacio había pensado gritar un «¡arriba España!», que era el grito que se había popularizado en todos los actos de la Falange, pero no le dio tiempo porque sin aviso de ninguna clase los de las MIVR comenzaron a disparar y a Ignacio le alcanzaron dos disparos, uno en la pierna derecha y otro en el hombro izquierdo, ninguno de los dos mortales, y siempre pensó que lo que le salvó fue que su padre, y su hermano, ambos fuertemente abrazados, le preservaron con sus cuerpos de heridas mortales. De todos modos no estaba seguro de estar vivo ya que por ambas heridas perdía mucha sangre y se iba debilitando progresivamente. Consciente de que los cuerpos que estaban sobre el suyo no tenían vida, estaba deseando seguir su misma suerte, siempre con la esperanza de que los tres juntos hicieran guardia sobre los luceros.

Lo que le salvó fue que entre las instrucciones recibidas por los ejecutores estaba la de no perder el tiempo dando el tiro de gracia a los ejecutados, salvo que fuera palmaria su necesidad, y en este caso sus verdugos no lo consideraron necesario, y también que el campesino encargado de darle tierra, Damián Manso, estaba casado con una mujer de principios.

Damián Manso se había despertado con el canto del gallo como todos los días, y fue de los primeros requeridos en ir a enterrar a los ejecutados de manera que no admitía discusión, porque se le exigió como un servicio a la causa del pueblo al que no se podía negar. El

problema era que los jóvenes del pueblo estaban militarizados combatiendo en diversos frentes y solo quedaba la gente mayor, con menos fuerzas para horadar aquellas tierras endurecidas ya por las primeras heladas, de suerte que hicieron los enterramientos muy someros, no siendo extraño que asomaran piernas o brazos de los muertos.

Cuando los del pueblo se asomaron al llano y lo vieron cubierto de cadáveres, se quedaron horrorizados y alguno echó a correr y se escondió en el bosquecillo de pinos. Otros se pusieron a vomitar, pero al final acabaron tirando de pico y pala vigilados al principio por los milicianos.

Cuando Damián llegó al grupo de los Acosta se dio cuenta de que uno de ellos daba señales de vida, pues aunque estaba sin sentido movía los labios, e incluso de su boca salían estertores, como si fuera a morir de un momento a otro, como sabía por experiencia de familiares suyos a los que había visto fallecer, aunque de muerte natural. Le pareció una crueldad enterrarlo medio vivo, y a punto estuvo de llamar a un miliciano para advertirle de lo que pasaba, pero no había ninguno a la vista porque, agotados por el trabajo de la noche, se habían retirado a descansar, confiando en que los labriegos harían su trabajo por la cuenta que les traía.

Hombre medroso, acostumbrado a consultar casi todo con su mujer, a la que consideraba con más luces, se fue a su casa, que distaba pocos metros del lugar, y le contó lo que pasaba. Y la mujer se santiguó y dijo: «¡Jesús! ¡Jesús!». Luego le preguntó que cómo le veía, si muy muerto o muy vivo, y Damián le contestó que para él estaba más muerto que vivo.

—Entonces te lo traes para acá, y si se nos muere te lo vuelves a llevar.

—¿Y si no se muere?

—Ya veremos. Tú coge el borrico y móntale sobre él.

La suerte de Ignacio fue que aquella mujer, Eufemiana, aparte de ser de principios, hacía las veces de partera en el pueblo y tenía algunos conocimientos del cuerpo humano; además, conocía al médico, al que recurría cuando ella no se bastaba a atender un parto complicado, que residía en el vecino pueblo de Torrejón de Ardoz, distante unos pocos kilómetros.

La herida del hombro le pareció que no tenía mal aspecto ya que se apreciaba el orificio de entrada y el de salida, y lo único que hizo fue restañársela para que no siguiera sangrando y vendársela después de untársela con yodo. La de la pierna le pareció que la bala seguía dentro y que podía afectarle al hueso, y es cuando hizo venir al médico, que lo primero que le dijo fue:

—Estoy aquí porque me lo pide usted, Eufemiana, pero esto es muy peligroso.

El hombre venía espantado porque en Torrejón también se estaban produciendo fusilamientos masivos y estaba desconcertado sobre lo que debía hacer. De momento accedió a atender al herido, y con la ayuda de Eufemiana le extrajo la bala de la pierna, pero le advirtió:

—No creo que viva, y si vive se quedará cojo porque le afecta al hueso. Mi consejo es que se deshagan de él en cuanto les sea posible. Y mientras tanto lo único que puede hacer es darle agua y aspirinas.

Mientras Ignacio luchaba por su vida, con poco entusiasmo porque prefería morir, a Marián le comunicaron su muerte, que no se había producido, junto con la de su padre y hermano pequeño. Y casi a la vez se enteró del fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera en la cárcel de Alicante, en la mañana del día 20 de noviembre de 1936, fecha que se convertiría en efeméride gloriosa cuando triunfó la sublevación militar.

Damián y Eufemiana tenían dos hijos, una joven de dieciocho años y un chico de quince, que estuvieron de acuerdo con la madre. ¿Cómo iban a dejar morir a un hombre? A lo que el padre respondía que igual que estaban muriendo tantos por aquellos días, en los que siguieron los fusilamientos; según las estadísticas superaron los cinco mil, y otros decían que llegaron a los ocho mil. Pero no es lo mismo, le rebatía el resto de la familia, cuando a este hombre Dios nos lo ha puesto en nuestro camino por algo será. Es decir, que los principios de Eufemiana eran de índole religiosa, como era habitual en los pueblos por aquellos años.

La casa de labor en la que vivían era espaciosa y acostaron a Ignacio en una yacija en el granero, a cubierto de la vista de los vecinos, que era probable que no les pareciera mal lo que estaban haciendo, pero era preferible que no trascendiera. La chica, Margarita, que ya comenzaba a ayudar a su madre en los partos y de mayor quería ser comadrona titulada, era la que más se cuidaba de atender al herido, poniéndole paños de agua fría en la frente cuando le comenzó a subir la fiebre y dándole las aspirinas disueltas en una cuchara con un poco de agua. Siempre le quedaría a Ignacio la imagen de aquella criatura, físicamente no muy agraciada, pero que al principio, cuando no estaba seguro de estar vivo, le parecía que era un ángel que le mojaba los labios agrietados y le cambiaba

el vendaje de la herida del hombro.

Se pasaba la mayor parte del tiempo dormido y cuando recobraba un poco el conocimiento preguntaba, bien a Margarita o a Eufemiana, por su padre y por su hermano, y las mujeres, que no sabían nada del fusilamiento familiar, pensaban que estaba delirando. Habían de pasar días para que unos y otros se enteraran de lo que había sucedido, y mucho le costó a Ignacio admitir la suerte que había tenido con aquella buena gente, y hasta en alguna ocasión se mostró desagradecido: «Mejor hubiera sido que me hubieran dejado morir»; pero Eufemiana no lo tomó a mal y comentó: «Pobrecito, no sabe lo que dice».

Cuando les pudo contar algo de su vida, que su padre y su hermano estaban muertos y que solo le quedaba una hermana, pusieron más empeño en salvarle, y cuando Ignacio llegaba a blasfemar y pedirle cuentas a Dios de por qué no había muerto él también, le reprendían: «¿Y qué sería entonces de su pobre hermana?».

Los primeros días tenía su cuerpo insensible y, bien fuera por el efecto de las aspirinas o por su atonía espiritual, no sentía dolores, pero a la semana la herida de la pierna se le infectó en tales proporciones que casi duplicó el tamaño de su muslo, y la fiebre le subió hasta alcanzar los cuarenta grados. Entonces sí que entró en una especie de *delirium tremens*, y de su boca solo salían lamentos y quejidos. Eufemiana consiguió que volviera el médico de Torrejón de Ardoz, que venía más sosegado porque ya se habían puesto fin a las matanzas masivas en aquellos dos pueblos, aunque no era fácil que olvidaran lo sucedido ya que durante meses quedaría el olor a muerte en el lugar, según unos porque los enterramientos no los habían hecho bien y según otros porque les había quedado esa obsesión.

—Si no se corta esta pierna —dictaminó el doctor— se va a gangrenar, con lo que eso significa.

Después de discurrir llegaron a la conclusión de que era imposible que a un herido de esas características lo pudieran llevar a un hospital —el más próximo estaba en Alcalá de Henares— en el que le pudieran hacer esa intervención con posibilidades de éxito. En vista de lo cual, el doctor tiró de bisturí saizando la herida para extraer la mayor cantidad de pus posible, y le pidió ayuda a

Eufemiana para que apretase con todas sus fuerzas, lo que hizo la mujer con gran empeño en medio de grandes alaridos del herido, que el doctor consideraba una señal de que tenía más vida de la que parecía.

—Más no puedo hacer, Eufemiana, y a mí no me vuelva a llamar.

Con estas palabras se despidió el doctor, y, cuando pasadas las semanas Eufemiana tuvo ocasión de decirle que el herido había salvado la pierna, admitió que los médicos también se equivocaban y que él no hubiera dado nada por aquella vida, y menos por su pierna.

A raíz de aquella cruenta intervención comenzó a bajarle la fiebre, al tiempo que recuperaba su intelecto, y en sus pensamientos discurría que, puesto que no parecía que fuera a morir, tenía que intentar salir con vida de allí. Lo primero que les preguntó a sus salvadores fue si Madrid estaba ya en poder de las tropas nacionales y, cuando le contestaron que creían que no, se quedó muy sorprendido. ¿Cómo era posible si cuando los sacaron a ellos de la cárcel Modelo se encontraban a trescientos metros? A esto no sabían darle respuesta, pero le insistían que hasta allí no habían llegado noticias de que hubiera caído la capital.

Como Damián estaba deseando deshacerse de él y su mujer comprendía que no era fácil tenerlo oculto por más tiempo, se concertaron con el alcalde del pueblo, Eusebio Aresté, para que le facilitara una documentación que le permitiera desplazarse sin peligro, lo cual no era difícil por ser tiempos en los que proliferaban organismos que expedían salvoconductos cuya validez no era fácil discutir. Eufemiana tenía ascendiente con el alcalde por haber sido la que ayudó a traer sus hijos al mundo y, además, se conocían desde niños ya que habían ido juntos a la escuela.

Eusebio Aresté estaba pasando muy malos días pues se encontró de la noche a la mañana con el pueblo lleno de cadáveres con los que no sabía qué hacer, y cuando se fue a Madrid para protestar las autoridades le dijeron que su obligación era darles tierra, y que si no lo hacía podía ser él uno más a enterrar. Pero conforme pasaban los días y seguían las matanzas, cada vez le costaba más convencer a los vecinos de que tenían que seguir cavando tumbas, entre otras razones porque con los hielos las tierras se endurecían como piedras

y costaba tanto hincar el pico que, en ocasiones, se tuvieron que servir de barrenos para facilitar el trabajo.

A Eufemiana le dijo:

—No me interesa saber para quién quieres ese salvoconducto. ¿Qué nombre pongo?

El suyo no, le explicó la mujer, porque oficialmente estaba muerto, y se inventaron uno, Cristóbal Huertas, de permiso hospitalario por herida en combate. En su condición de alcalde y militante del PSOE, además de su firma de regidor municipal estampó el sello del partido, y le aseguró a Eufemiana que con ese documento se podía ir bien tranquila.

—Me debes un favor —concluyó.

Cuando se terminó la guerra, para lo que todavía habían de pasar cerca de tres años, Eufemiana quiso pagarle el favor intercediendo ante los vencedores, que le condenaron a muerte por haber sido el alcalde de Paracuellos de Jarama, y aunque el hombre alegó que para nada había participado en las matanzas, sino solo en los enterramientos, de nada le sirvió y terminaron fusilándole.

El chico le fabricó una muleta muy rústica pero eficaz, y tuvo claro que su principal obligación era comunicar a su hermana que estaba vivo, pues se la imaginaba desolada con las noticias de sus fusilamientos, que sin duda ya le habrían llegado. Por tanto, no le quedaba más remedio que volver a Madrid que, de manera incomprensible, seguía en poder de los «rojos», que cada vez eran más «rojos», pues según la información obtenida de Damián, si los sublevados no habían conseguido hacerse con la ciudad había sido por haber recibido aquellos ayuda de Rusia en forma de Brigadas Internacionales, todas comunistas, y material de guerra pesado, tanques, cañones, y aviones.

Eufemiana le consiguió un camión militar que transportaba milicianos al frente, y cuando le vieron llegar cojeando con la muleta hicieron bajar a uno de los milicianos que iba sentado junto al conductor para que se sentara él. Se despidió de la mujer con un fuerte abrazo y a la Eufemiana se le llenaron los ojos de lágrimas, pero uno de los milicianos le dijo:

—No llore usted, señora, que su hijo, herido como está, no

vuelve al frente. —Y luego se dirigió a Ignacio—: Porque es tu madre, ¿no?

—Como si lo fuera.

El trayecto hasta Madrid le recordó el que hiciera un mes antes en sentido contrario en compañía de su padre y de su hermano, vigilados por unos milicianos como aquellos, que pensó que quizá fueran los mismos, y la memoria de su padre y de su hermano, vilmente asesinados, clamaba justicia y se juró a sí mismo hacerla. Fue la primera vez que tomó clara conciencia de que de ahí en adelante esa sería su misión en la vida.

Se encontró un Madrid muy transformado, con zanjas y trincheras repartidas por la ciudad, toda ella militarizada, con sirenas que avisaban de la presencia de la aviación enemiga, lo cual nada más llegar le obligó a meterse en una estación de metro, que servía de refugio, aunque lo hizo con la satisfacción de comprobar que los suyos seguían allí, dispuestos a conquistar la ciudad. Cuando pasó el peligro se dirigió hacia la Guindalera, pues por las visitas que les hacía su hermana a la cárcel sabía que vivía en ese barrio, en casa de una mujer de toda confianza llamada Eulalia, hermana de un guardia civil, de nombre Arsenio, novio de la muy apreciada Tomasa. Y con estos datos y la buena voluntad de los vecinos, deseosos de ayudar a un herido de guerra, logró localizar la vivienda.

Eulalia solo había visto a Ignacio una sola vez, con ocasión de una visita que hizo a la Modelo acompañando a Marián, y aunque era buena fisonomista de primeras no le reconoció, ya que se había dejado la barba, vestía una zamarra de campesino y la cabeza se la cubría con un gorro cuartelero como el que usaban los milicianos. Pero cuando Ignacio preguntó por Marián le entraron dudas, ya que no había dicho Marián Acosta, sino Marián a secas, y entonces quiso saber:

—¿Pero usted quién es?

—Soy su hermano, ¿no se acuerda usted de mí?

Eulalia no se sorprendió demasiado de que estuviera vivo por ser tiempos de gran confusión en los que no era extraño que a los que se creía vivos estuvieran muertos y a la inversa.

—¡Cómo se va a alegrar Marián! Pero a ver cómo le damos la noticia.

Marián ya no vivía allí, se había vuelto a su casa de la calle Goya porque había desaparecido el peligro, lo cual le extrañó a Ignacio puesto que la ciudad seguía en poder de los rojos, pero le explicaron —ya se había incorporado Arsenio, que estaba comiendo en la casa— que habían nombrado un nuevo director de prisiones, un anarquista llamado Melchor Rodríguez, que acabaría siendo conocido como el Ángel Rojo porque con su decidida actuación acabó con las sacas indiscriminadas de presos y su consiguiente fusilamiento.

Cuando Ignacio les contó su caso, Eulalia no hacía más que santiguarse, y el hermano decía que eso no volvería a pasar, y que lo que había pasado era muy difícil de entender por qué había pasado, y le decía a Ignacio, como disculpándose, que las fuerzas de seguridad del gobierno, a las que él pertenecía, no habían tenido nada que ver con semejante atrocidad. A lo que el joven replicaba que lo único que él sabía era que su padre y su hermano pequeño, un muchacho inocente, habían sido vilmente asesinados. Esta expresión la repetiría muchas veces en meses sucesivos, como un encono que le corroía las entrañas. Si le hubieran fusilado a él, que era un falangista activo, lo hubiera entendido, pero ¿por qué a su pobre padre y a su pobre hermano? Tanto Eulalia como Arsenio le daban en todo la razón, pero le insistían en que ahora lo importante era comunicarse con Marián para darle la alegría de que por lo menos le quedaba un hermano vivo.

Arsenio le aconsejó a Ignacio que no fuera por su casa ya que aunque se hubieran terminado los asesinatos indiscriminados, seguían funcionando tribunales populares que, aunque con más garantías, continuaban juzgando a los enemigos de la República, entre los que se encontraban los falangistas. Y Eulalia, dando muestras de sus buenas disposiciones, le dijo que se podía quedar allí hasta que encontrara otro acomodo mejor.

—¿A ti qué te parece? —le consultó a su hermano.

Este le rogó a Ignacio que le mostrara el salvoconducto que le facilitara el alcalde de Paracuellos, lo encontró conforme y le dijo que le parecía bien. Y que si era necesario él le podría facilitar otro mejor a través de la Guardia Nacional Republicana.

Acordaron que Arsenio se fuera en busca de Tomasa y que esta sería la encargada de dar la noticia a su señorita.

Mientras Arsenio cumplía el encargo, Eulalia, de natural comunicativa, le contó cuánto había padecido Marián cuando le recibió la noticia; primero se la dio Arsenio, pero de una manera confusa porque no se sabía con certeza lo que había sucedido entre Paracuellos de Jarama y Torrejón de Ardoz, y la pobre chica se negó a creer semejante atrocidad y se fue a la cárcel Modelo. Uno de los funcionarios, Ramiro, bien conocido de ellos, no se atrevió a decirle la verdad y la engañó contándole que quizá les habían trasladado a una cárcel que había en Alcalá de Henares, que era más espaciosa, y Marián, sin miedo a lo que le pudiera ocurrir, se fue a Alcalá, haciéndose acompañar de Arsenio, que mejor no se podía estar portando, y todo lo hacía por el cariño que sentía por la Tomasa, y que también era mala suerte que no la pudiera desposar por estar ya casado con otra mujer.

En Alcalá fue donde no le quedó más remedio que admitir la realidad de que hasta allí no había llegado ninguna expedición de presos.

Esto sucedía al mediodía y a media tarde apareció Marián, que se abrazó a su hermano, y así estuvieron ambos un buen rato, sollozando, y cuando al fin se sosegaron un poco, Marián dijo:

—¡Gracias a Dios que vives! ¡No sabes cuánto significa para mí!

A lo que su hermano le replicó:

—¿Dónde estaba Dios cuando mataron a papá y a José Mari?

Eulalia, que estaba presente en tan emotiva escena, le reprendió:

—¡Hijo! No digas eso.

Tomasa, que también estaba con ellos, le susurró a Eulalia:

—No hagas caso de lo que dice, mujer, ya se le pasará.

A Marián le daba mucha pena que su hermano no se pudiera ir a vivir con ella, pero comprendió que no era prudente; iba a visitarle todos los días e, incluso, salían a pasear por el barrio porque la Eufemiana le había recomendado a Ignacio que le convenía andar para fortalecer los músculos de la pierna herida, para lo cual Arsenio le trajo unos bastones-muleta que sustituyeron a la rústica que le fabricara el chico.

Y uno de los días, cuando Marián le vio ya más tranquilo, se decidió a darle la mala noticia de que también habían fusilado a José Antonio Primo de Rivera.

—¡No me lo puedo creer! —clamó quien tantas esperanzas de

futuro tenía puestas en el fundador de la Falange.

—Ignacio, si han sido capaces de matar a papá y a José Mari, me parece más lógico que hayan matado a José Antonio —le razonó su hermana, y le confesó—: No sabes lo que José Antonio ha significado para mí. ¿Quieres creer que llegué a pensar que se hubiera casado conmigo si no hubiera sido por la locura de la política?

¿Locura? —le reprendió Ignacio—. «¿No se daba cuenta de que en esa locura estaba la salvación de España, como lo evidenciaba el horrible comportamiento auspiciado por un gobierno democrático?». Su hermana le escuchó sin llevarle la contraria, pero, como tenía el corazón destrozado por tantos dolores, terminó por decirle: —Pues para mí se han terminado todas las ilusiones.

—Pues para mí, no —le dijo Ignacio en una especie de ataque de misticismo—. Bien claro nos explicó en más de una ocasión el jefe que si él caía nosotros estábamos obligados a hacer realidad su legado de una España única, grande y libre.

Rompió a llorar y ambos hermanos se abrazaron, cada uno con un dolor de distinta categoría.

Ignacio estuvo unos días en casa de la viuda, figurando como un pariente del pueblo, y cuando Arsenio le dijo que el asedio de la ciudad iba para largo, con el frente estabilizado, como si a los sublevados ya no les corriera prisa conquistarla, Ignacio estudió las posibilidades de pasarse a la otra zona, y el consejo de Arsenio fue que, según sus informaciones, el medio más seguro era a través de los Pirineos, sirviéndose de contrabandistas que conocían bien todas las rutas y que, mediante cierto precio, hacían las veces de guías. Él le podría encontrar contactos en Barcelona, que era donde se organizaban estas expediciones.

Arsenio se mostraba tan solícito con los Acosta no solo por el amor, o pasión, que sentía por Tomasa, sino también porque se temía que la República pudiera terminar perdiendo una guerra que no les iba demasiado bien, y quería tener amigos entre los vencedores. Por eso de vez en cuando le hacía ver a Ignacio cuánto estaba arriesgando por ellos, y el joven le decía que no lo olvidaría.

En cuestión de pocos días organizaron, con la ayuda de Eulalia y

Arsenio, la evacuación no solo de Ignacio sino también la de Marián, el primero a través de los Pirineos y la joven de una manera más cómoda, y más segura, a través de una embajada. Marián, por muchas seguridades que le dieran, no olvidaría nunca la noche que pasó en la cárcel de Las Ventas. Y se preguntaba: «¿Si habían matado a José Antonio, quién le aseguraba que no saliera de nuevo a relucir la relación que había mantenido con él, con las consecuencias que eso pudiera acarrear?». A tal fin había comenzado a hacer gestiones en la legación de Costa Rica para salir de Madrid, para lo cual contaba con algo muy importante: dinero. Bastante dinero que su padre guardaba en una caja fuerte para un supuesto de emergencia, más el que obtuvo de la venta de una partida de hierro de la que se encargó un apoderado fiel de la empresa familiar, y que le entregó hasta el último céntimo a la única heredera, doscientas mil pesetas, una fortuna en aquellos tiempos, sobre todo si era en billetes de una numeración anterior al 18 de julio de 1936, que se sabía que hasta los del otro bando los consideraban válidos.

El viaje de Marián estaba programado; en un coche viajaría hasta Valencia para embarcar en un mercante inglés que la conduciría a Marsella, donde tomaría un tren hasta Hendaya, Francia, para desde allí atravesar la frontera e ir a dar a San Sebastián, que es donde quedaron en encontrarse los hermanos. El viaje de Ignacio era mucho más incierto, pero cuando ambos hermanos se separaron Marián no dudó de que saldría bien.

—Si Dios ha permitido que salgas con bien de una muerte segura, no va a ser para que te quedes tirado en un monte.

—De Dios cada vez me fío menos —le replicó su hermano.

Marián, desde que perdiera a su padre y hermano, y poco después al hombre al que amaba, se sentía más que nunca en manos de Dios, entre otras razones porque necesitaba rezar continuamente por ellos para que salieran cuanto antes del Purgatorio, ya que no creía que hubieran entrado directamente en el Cielo; sobre todo le preocupaba su padre, porque no olvidaba el día que le vio desayunando con una mancha de carmín en los labios, y desde entonces le quedó la duda de si mantenía a una amante. De José Antonio también tenía sus dudas ya que, aunque con su mejor intención, había contribuido a desencadenar aquella horrible guerra

civil, y algo de culpa podía tener. El que menos le preocupaba era José Mari, al que recordaba comulgando todos los domingos con bastante devoción. Mucho le hubiera consolado saber que un fraile agustino les dio la absolución colectiva cuando marchaban camino de la muerte, pero Ignacio no se lo contó. No le gustaba hablar de aquel siniestro episodio.

Ahora le preocupaba ver a su hermano tan poco agradecido a Dios por haberle salvado la vida, y cuando se lo reprochaba le contestaba que la obligación de Dios era salvar a su padre y a su hermano, no a él, como si se sintiera culpable de seguir viviendo, y entonces se enzarzaban en una discusión en la que Marián le decía que quién era él para organizar los planes de Dios. El hermano le contestaba que si de él dependiera los hubiera organizado bastante mejor, siempre sobre la base de determinar quiénes debían vivir y quiénes morir. Marián terminaba por decirle:

—Hablas así porque has sufrido mucho. Ya se te pasará.

—De acuerdo, cuando se me pase, ya te avisaré —le respondía irónicamente.

Arsenio le preparó un salvoconducto en el que se le acreditaba como teniente del arma de Infantería, del Quinto Regimiento, el más prestigioso porque era en el que militaban la mayoría de los comunistas, herido de guerra, que gozaba de unos días de permiso y marchaba a Barcelona para resolver asuntos de familia. Y le encontró sitio en un convoy militar que partía de Madrid el 24 de noviembre de 1936 y llegaba a Barcelona al día siguiente.

Marián se despidió de él encareciéndole que tuviera mucho cuidado, no solo de su persona, sino también del dinero que le había dado, cincuenta mil pesetas, un dineral que le permitiría no solo llegar a Francia, sino pasarse una buena temporada en París, bromeó. Se lo colocaron en una faltriquera pegada al cuerpo, y él les tranquilizó diciéndoles que no se la quitaría ni para bañarse. A pesar de todo, la despedida fue amarga porque allí se quedaban la querida Tomasa, Eulalia y Arsenio, que a saber si los volvería a ver. Y se marchaba sin saber lo que habría sido de tantos camaradas falangistas, entre otros Mariano, que quizá continuaran escondidos en la ciudad sitiada, si es que no los habían matado. Durante el viaje también le contrariaba que sus enemigos le trataran con tanta deferencia, por considerarlo, como rezaba su salvoconducto, un

heroico defensor de la causa que él odiaba con todas sus fuerzas, y que no estaba dispuesto a dejar de odiar.

La organización de Arsenio resultó perfecta. Le había buscado alojamiento en una pensión de las Ramblas próxima a un bar en el que se tenía que encontrar con su contacto, un sujeto que se hacía llamar Rafael el Carnicero, a modo de contraseña, por el que preguntó al de la barra y al que tuvo que esperar durante cerca de una hora. Cuando apareció en el bar estuvo mirándolo un rato antes de acercarse, y cuando lo hizo fue para decirle:

—Ha tenido usted suerte, porque mañana se organiza una expedición. Ha tenido usted suerte, siempre que disponga de dos mil pesetas, porque el precio ha subido ya que las cosas se están poniendo difíciles. No sé qué precio le habrán dado a usted, pero ahora son dos mil pesetas.

En lo único que no hubo problemas fue en el precio, en lo demás todo fueron dificultades. Cuando Arsenio le habló en Madrid del paso de los Pirineos se imaginó que, más o menos cómodamente, llegaría hasta el pie de la cadena montañosa, siempre amparado por su maravilloso salvoconducto, donde le estaría esperando un guía que a través de un paso secreto, solo conocido por los contrabandistas, que en cuestión de horas le pondría a salvo en Andorra, destino final de la aventura. Ignoraba el calvario que le esperaba hasta alcanzar ese destino.

—Pero, vamos a ver —advirtió Rafael el Carnicero—, ¿es usted cojo? Porque veo que lleva bastón.

Ignacio se sentía muy orgulloso de que en tan poco tiempo hubiera logrado caminar solo con un bastón-muleta en lugar de andar renqueando con ambas muletas. Era increíble que en unas pocas semanas hubiera podido recuperarse de las terribles heridas del fusilamiento, a tal extremo que se le escapaba el dar gracias a Dios por tan milagrosa mejoría, pero luego rectificaba, orillaba a Dios de sus pensamientos y le daba las gracias al ángel de la guarda. En este no le quedó más remedio que seguir creyendo, como un ente espiritual que por razones que no era necesario indagar se ocupaba de su persona cuando se encontraba en algún peligro. Llegó a la conclusión de que no era necesario creer en Dios para creer en el ángel de la guarda.

—No soy cojo —le aclaró al contacto—. He sufrido una herida y

me sirvo del bastón solo para ayudarme un poco.

—Oiga, amigo, que atravesar el Pirineo no es cosa de broma; hay que andar bastante.

—¿Cuántas horas?

El hombre se echó a reír.

—¿Horas? Querrá usted decir días.

—Está bien, pues si hay que andar días, los andaré.

—Muchos de ellos cuesta arriba y, además, en esta época puede haber nieve. ¿Va usted preparado para la nieve?

En este punto le hizo un gran favor porque le aconsejó de qué ropa, y sobre todo calzado, debía proveerse para aquella aventura, y también le recomendó avituallarse porque no siempre les podrían dar de comer en el largo camino que les esperaba. Y le hizo una última advertencia:

—Yo que usted me lo pensaba.

—Ya lo tengo bien pensado —le contestó quien suspiraba por encontrarse entre los suyos para poder participar de modo activo en una guerra que era preciso ganar por encima de todo.

—Pues, en ese caso, usted me da ahora quinientas pesetas y ya le irán pidiendo el resto.

Le dio las quinientas pesetas, le agradeció los consejos y le hizo una última pregunta:

—¿En mi expedición voy yo solo o va alguien más conmigo?

—A usted no le han informado bien, ¿no?

—Me han informado en Madrid.

—Pues me da la impresión de que en Madrid no saben tan siquiera por dónde caen los Pirineos.

Con esta respuesta enigmática se despidió de él deseándole suerte.

Se compró unas buenas botas, más un capote embreado, como los que usaban los marineros, con su capucha, se aprovisionó de embutidos, sobre todo butifarra, que era lo que más abundaba en aquella región, y se montó en el autobús de línea que le llevaría a la Seo de Urgel, siguiendo las instrucciones de su primer contacto, donde mediante la correspondiente contraseña, que consistía en llevar un periódico en la mano izquierda, ¡jojo, no en la derecha!, se le aproximaría en la misma parada del autobús el siguiente contacto, y cuando Ignacio le preguntó que si ese era el que debía pasarle a Andorra, Rafa el Carnicero no le dijo ni que sí ni que no, que dependía. Pero no le aclaró de qué dependía.

Al llegar a la Seo lo que vio fue un anuncio de carretera en el que se leía que Andorra estaba a menos de veinte kilómetros, lo cual le sonó muy bien, puesto que era como estar a las puertas de la libertad, siempre que se siguiera todo recto por aquella carretera, pero no atravesando los Pirineos que separaban España del Principado.

El segundo contacto le localizó fácilmente y su primera observación coincidió con la de Rafael el Carnicero.

—¿Pero es usted cojo?

Ignacio repitió la misma explicación que diera al primero, que fue recibida con igual escepticismo, advirtiéndole que había que andar mucho y, además, que el tiempo se presentaba cambiante, con riesgo de nieve en esa época del año. Ignacio le aclaró que venía bien preparado para esa circunstancia, al tiempo que le advertía de su decisión de pasar por encima de todo.

—¿Tiene usted dinero? —le preguntó el hombre.

—Sí, ya me ha advertido Rafael de que el precio son dos mil pesetas, de las que ya he pagado quinientas —le recalcó por si

pretendían abusar de él.

—Digo dinero para alquilar una mula —le aclaró el hombre—. Hasta los bosques de Rialp se puede ir en mula, luego ya no queda más remedio que andar. Usted verá.

Alquiló una mula por doscientas pesetas e iniciaron la marcha hacia un lugar llamado Peramola, y ahí comenzaron las primeras sorpresas de Ignacio. De la Seo salió acompañado solo por el segundo contacto, del que nunca llegó a saber el nombre, y según se adentraban en el bosque comenzaron a incorporarse otras personas.

—¿Estos también vienen con nosotros? —preguntó.

El hombre le respondió con un gesto afirmativo y a continuación le rogó que no hablara mucho. Ignacio obedeció e hizo el resto del camino en silencio, sintiéndose un poco extraño, caballero sobre una mula, mientras los demás —contó hasta seis— marchaban andando a buen paso. Procuró que advirtieran que llevaba una muleta para que no le tuvieran por un señorito. Todos le parecieron muy jóvenes, con aire de ser estudiantes, y le dio por pensar que alguno podía ser un falangista deseoso como él de pasar a combatir en el bando de los llamados a triunfar, pero no le pareció oportuno hacer indagaciones. Desde que salieran de la Seo se había dado cuenta de que el silencio era casi obligado en aquella aventura.

Ignacio no tenía costumbre de cabalgar y a las pocas horas comenzó a sentir grandes molestias en la rabadilla, incluso notaba que la pierna herida, al ir colgando sobre el lomo del animal, se le congestionaba y le dolía. No le quedó más remedio que comunicarle al guía las molestias que sentía y el hombre, mostrando extrañeza, le advirtió:

—Pues si va usted mal en la mula, andando irá peor.

A pesar de todo, Ignacio echó pie a tierra y estuvo caminando un rato, notando mejoría en unas partes de su cuerpo —en la rabadilla— y molestias en otras, en la pierna buena, sobre la que tenía que cargar todo el peso para aliviar a la mala. A los pocos kilómetros no le quedó más remedio que volver a montar en la mula, y así, subiendo y bajando del animal, estuvo horas, o días, porque era tanto el sufrimiento que llegó a perder el sentido del tiempo, solo preocupado de buscar la postura más favorable, según fuera andando o cabalgando, para padecer lo menos posible. En una de las jornadas se les echó la noche encima y tuvieron que dormir al

raso, y ahí es cuando más le sirvió la mula, ya que se pegó a ella para recibir el calor de su cuerpo.

A la siguiente noche vinieron a dar a una masía en la que les dieron de cenar judías blancas con liebre, aunque uno de los jóvenes dijo que seguro que sería gato, pero no por eso dejaron de comérselas. El payés que les atendió, cuando vio a Ignacio sobre la mula, le advirtió:

—Oiga, en la mula no puede atravesar las montañas. Las pisadas del animal hacen ruido y delatan su presencia.

—Solo va en mula hasta Rialp —intervino el guía, y le aclaró—: Es que el señor es cojo.

—Y si es cojo, ¿cómo va a hacer el camino?

A lo que el guía se encogió de hombros. Ignacio iba tan cansado que ni se molestó en aclarar lo de que no era cojo y lo de que estaba dispuesto a seguir aunque fuera arrastrándose.

A partir de ese día se sucedieron cosas extrañas. En esa masía se incorporaron nuevas personas a la expedición, y a Ignacio le dio la impresión de que aquello era un negocio en el que estaban implicados payeses de la región, que les daban de comer cobrándoles precios abusivos. Además, en los lugares en los que se detenían —hórreos abandonados, cuevas, cabañas de pastores— se apreciaban restos de expediciones que les habían precedido. Ignacio llegó a pensar si no estarían en el negocio carabineros, encargados de la vigilancia de frontera, dispuestos a hacer la vista gorda, porque en una ocasión vieron una patrulla en la distancia y el guía, sin demasiado apuro, se limitó a decirles que se tumbaran en el suelo, y a la mula la escondió en el bosque. Y por toda explicación les dijo que cuando eran milicianos los componentes de la patrulla había que andarse con más cuidado.

Por fin llegaron a la baronía de Rialp y ese guía les puso en manos de otro, que decía ser Antonio, pero que no era probable que fuera ese su verdadero nombre, advirtiéndoles de que ya dependían de él para el paso definitivo de la frontera y que debían obedecerle en todo, como si fuera Dios. Y a Ignacio le dijo:

—Se acabó la mula. Ahora ya se tiene que arreglar solo. Suerte.

Y montándose sobre el animal desapareció de su vista a trote corto.

Ignacio, muerto de cansancio, ya no sabía qué parte del cuerpo

le dolía más, si la rabadilla, la pierna buena o la mala, la cintura o la cabeza. Se encontraban en una zona de bosque muy frondosa, con pinos centenarios, con arbustos muy tupidos, entre los que se guarecían los expedicionarios, más de veinte según las cuentas de Ignacio; era de suponer que cada uno con una historia a sus espaldas, pero todos guardaban discreción, y, como desconocidos que eran los unos de los otros, no se contaban sus penas.

Se tumbó en el suelo, todo lo largo que era, y en ese momento comenzó a caer una lluvia fina, no demasiado fría, pero estaba tan cansado que se limitó a cubrirse con el chubasquero, sin fuerzas para moverse. Se le acercó un hombre que le dijo:

—No te conviene mojarte; es mejor que te pongas a resguardo. ¿Te ayudo?

Se dio cuenta de que el hombre se fijaba en la muleta que tenía junto a sí y se temía que, una vez más, iba a hacerle alguna observación inoportuna sobre su cojera en relación con el camino tan áspero que les quedaba por recorrer.

Era un hombre joven, algo mayor que él, muy delgado, con gafas y vestido de una manera un poco estrafalaria, aunque no más que los otros expedicionarios: calzaba lo que parecían unas buenas botas, vestía un pantalón de pana, un jersey de color indefinido, de cuello alto, y se tocaba la cabeza con una boina desgastada por el uso. En su rostro mostraba una sonrisa afable, que le animó a Ignacio a justificarse.

—Es que estoy muy cansado, y además no llueve mucho.

—Pero es mejor que no te mojes. Yo te ayudo.

A Ignacio le pareció una grosería negarse a tan amable ofrecimiento e hizo ademán de levantarse, sirviéndose de su bastón.

—Es una buena idea servirse de un bastón como este para andar por estas trochas —le comentó el hombre.

Y entonces Ignacio, cosa curiosa, le dio la explicación que no le había pedido.

—Bueno, yo llevo el bastón porque tengo una herida en la pierna derecha.

—¡Vaya por Dios! Eso es peor. ¿Te duele mucho?

Le dieron ganas de decirle que le dolía más el alma, por el modo en que se la habían hecho, y poco más o menos acabó contándoselo porque llevaba días sin apenas comunicarse con gentes encerradas

en sus propias circunstancias, pues era la primera vez que se encontraba con alguien que no le miraba con recelo a causa de su cojera, sino que mostraba solicitud hacia su persona. Comenzó por contarle las penalidades de aquella primera parte de su viaje, en una mula sobre la que no acertaba a encontrar postura, y que creía que le había perjudicado más que si hubiera ido caminando. El hombre le escuchó pacientemente y dijo:

—Tenemos un médico con nosotros, yo creo que será bueno que te vea la pierna.

Sin esperar su asentimiento desapareció para volver en compañía de otro joven, que vestía el pantalón y la camisa caqui del ejército de la República, del que sin duda era desertor. Se habían puesto a resguardo de unos árboles y el médico, que le dijo que se llamaba Juan, le mandó quitarse el pantalón, le examinó con mucha atención la pierna herida y le comunicó que no tenía mal aspecto y que estaba bien cicatrizada.

—Pero me duele —se quejó Ignacio.

—Es lógico, por lo que me cuentas de la mula, has andado muchas horas con la pierna sin sujeción y eso no conviene. Se te ha inflamado. ¿Tienes aspirinas?

No tenía aspirinas. Bueno, él le conseguiría alguna. Y lo único que se le ocurrió decir a Ignacio, para corresponder, fue.

—Yo os puedo dar un poco de butifarra.

—¡Hombre! Eso se agradece. ¿Tienes mucha?

—Bastante.

—Esa herida es de bala, ¿has estado en el frente? —se interesó Juan.

—En un sitio mucho peor, pero prefiero no contarlo.

Sin embargo, acabó contándoselo a los dos, al médico y al hombre de la boina, que al día siguiente se enteraría de que era sacerdote.

Aquella noche durmió en un chozo en compañía de media docena de expedicionarios, algunos con aspecto de campesinos, y a Ignacio le extrañó que siendo de esa condición tuvieran que huir también. Cuando se despertó a la mañana siguiente se presentó Juan, el médico, que le preguntó cómo se encontraba, y le contestó que mucho mejor, y que durmiendo apenas le había molestado la pierna. Le hizo quitarse el pantalón, le examinó de nuevo la herida,

la volvió a encontrar con buen aspecto y le confirmó que no había infección, pero que debía de estar afectado el hueso, aunque eso, sin verlo por rayos X, no podía determinarlo, y lo único que estaba en sus manos hacer era darle una aspirina y una pomada que le ayudaría un poco, aunque no demasiado.

—¿Tú crees que con esta pierna podré hacer lo que nos resta de camino?

Juan se quedó pensativo, como dudando sobre lo que debía contestarle, para razonarle por fin:

—¿Y qué otro remedio te queda? ¿Volverte? ¿Y cómo? Ya no dispones de mula, por mal que te haya ido con ella, ni tan siquiera un guía que te vaya señalando el camino. ¿Tú serías capaz de encontrar el camino de vuelta, sin ayuda?

—Creo que no.

—Además, si vuelves a la zona roja, me imagino lo que te espera, después de lo que me has contado. Creo que no te queda más remedio que seguir. Ya te ayudaremos.

En ese momento se acercó otro expedicionario, también muy joven, y Juan les presentó.

—Este es Ignacio, del que os he hablado, y este es Pedro. —Y le aclaró riendo—: A este si vuelve sí que lo fusilan, ha desertado dos veces. O sea, Ignacio, que más o menos todos estamos como tú. No nos queda más remedio que seguir.

Pedro venía para darles una noticia que a Ignacio le sorprendió mucho: que iba a tener lugar una misa. La noticia pareció satisfacer a Juan, que dijo que iba a prepararse.

Ignacio se quedó perplejo. ¿Cómo que iba a celebrarse una misa? Asociaba la misa con iglesias y sacerdotes que la oficiaran, y llegó a pensar si no estarían cerca de algún pueblo, con su iglesia, aunque le parecía imposible en aquellas soledades boscosas.

La voz de que se iba a celebrar una misa se debió de correr entre los expedicionarios, que fueron reuniéndose en un calvero del bosque donde se encontraba el hombre de la boina, con aire muy recogido, el cual, con ayuda de otros dos jóvenes, preparaba lo que sería el altar, una piedra plana. Uno de los jóvenes advirtió que iba a comenzar la misa y que los que quisieran participar en ella guardasen silencio. Se reunieron unos veinte alrededor de aquel altar improvisado y otros se mantuvieron más distantes —entre

ellos Ignacio—, pero todos se mostraron respetuosos. El sacerdote, por la escasa altura de la piedra-altar, tenía que officiar de rodillas y los que le ayudaban igual, pero además, como se había levantado un poco de viento, tenían que sujetar lo que había sobre el altar para que no echase a volar.

El oficiante, excepto que se había quitado la boina, vestía igual que el día anterior, con su pantalón de pana y su jersey azul, pero tenía un aspecto distinto del hombre afable que se interesara por su pierna. Recitaba las oraciones en latín, con una gran concentración, con pausas muy sentidas, con algo muy singular que emanaba de su persona y que trascendía a los fieles asistentes, algunos de los cuales seguían el acontecimiento con lágrimas en los ojos, quizá porque era la primera vez en meses que asistían a una misa. Ignacio, sin saber por qué, se sintió también emocionado y una extraña reflexión le vino a la mente: seguía teniendo sus dudas sobre la existencia de Dios, por lo menos de un Dios bondadoso con todos sus hijos, pero, de existir, estaba allí.

Cuando llegó el momento de la comunión se acercaron unos pocos a recibirla, e Ignacio no dudó de que su hermano José María habría participado si hubiera estado allí. Los que se acercaban al altar ofrecían un aspecto andrajoso, todos con barbas de varios días y los pelos llenos de greñas, algunos con las alpargatas rotas. Sin embargo el ambiente, con el trinar de los pájaros y el rumor del viento entre las altas copas de los árboles, convertía el acto en algo especialmente sugestivo e Ignacio pensó que a José Antonio también le hubiera gustado ese tipo de misa insólita, al aire libre, con un espíritu castrense muy propio del estilo de la Falange.

Antonio, el guía, que había seguido la misa desde un altozano, como para vigilar que no fueran sorprendidos, mandó reunir a todos los expedicionarios para darles instrucciones antes de emprender la última etapa del viaje. Fue terminante: el único que mandaba allí era él. Y para que no quedaran dudas sacó una pistola que, de manera ostensible, se colocó en el cinto. Por regla general caminarían de noche y descansarían de día. Caminarían en fila india de a uno, él a la cabeza, y cuando tuviera que hacer alguna indicación se la daría al primero de la fila, y este se la comunicaría al siguiente y así sucesivamente. Procurarían no hablar, y cuando lo hicieran lo harían en susurros, pero era mejor que fueran en

silencio. La instrucción más inquietante para Ignacio fue la última: si alguno, por la razón que fuera, no podía seguir, se le dejaría abandonado a su suerte.

Antes de partir se le acercó el sacerdote, que le dijo que ya le había contado Juan que su pierna no iba peor, y que tuviera ánimos, que todo saldría bien. Y añadió:

—En la misa he encomendado a tu padre y a tu hermano.

Ignacio no entendió qué clase de encomienda era esa, puso cara de extrañeza y el sacerdote le aclaró:

—Quiero decir que he pedido por su alma.

Esta aclaración conmovió a Ignacio, a quien se le puso un nudo en la garganta, y se encontró dándole una explicación.

—Cuando íbamos camino de ese odioso crimen, un fraile que iba con nosotros en el autobús nos dio la absolución colectiva.

—Ese debe de ser un gran consuelo para ti.

—Mi único consuelo, padre, será que los asesinos que los mataron paguen su crimen.

Como en estas palabras se reflejaba rencor, el sacerdote le hizo una breve reflexión sobre que no se dejara dominar por el odio, a lo que Ignacio, con un tono exaltado, le replicó:

—¿Odio? No, padre, lo único que busco es justicia.

—De acuerdo, pero ten cuidado, a ver qué clase de justicia buscas. Por cierto, si tú recibiste la absolución general, ya sabes que para que surta efectos tienes que confesarte individualmente.

A esto Ignacio no supo qué contestar y se limitó a hacer un movimiento de asentimiento como cortesía hacia quien tanto interés mostraba por su persona.

La última parte de la travesía duraría tres días e Ignacio los emprendió mejor de lo que pensaba, ya que tenía una ventaja sobre sus recientes amigos: se encontraba fuerte por estar bien alimentado. Se dio cuenta de que tanto Juan como Pedro estaban famélicos ya que, según le explicaron, llevaban cerca de un mes en Barcelona a la espera de conseguir una expedición, sin apenas comer, pues tenían el dinero justo para pagar a los guías. Educadamente se resistían a aceptar las butifarras que les ofrecía, pero acababan cediendo a la tentación. En cambio, el que parecía no tener necesidad de comer era el sacerdote que, amablemente, declinaba siempre su ofrecimiento y, sin embargo, era el que más

delgado estaba. Había otros tres o cuatro expedicionarios más que también sentían gran devoción por este sacerdote, a los que Ignacio fue conociendo porque procuraba marchar juntos a ellos, ya que eran los únicos que le habían ofrecido ayuda. Le llamaban «padre», forma habitual de dirigirse a un sacerdote en aquellos años, y pronto se enteró de que su nombre era José María, y de apellido Escrivá de Balaguer, que cuando le conoció Ignacio era un cura sin muestras exteriores de su ministerio, aunque algo especial se desprendía de su persona por la gracia que se daba en soportar la adversidad; en aquellos tres días no faltaron momentos en que entre los expedicionarios cundió la desesperación. Incluso a Ignacio se le acabaron las butifarras, y eso era lo peor, quedarse sin fuerzas para salvar riscos y collados que se sucedían unos detrás de otros.

Ignacio había estado muy bien alimentado ya que tanto Eufemiana como Eulalia se empeñaban en que comiera, hasta el punto de que creía que había engordado, y eso se notó los dos primeros días en que podía seguir la larga fila, sirviéndose de su bastón, mientras que algunos de sus nuevos amigos daban muestras de desfallecimiento, siendo una gran satisfacción poder ayudarles. Les decía: «Apóyate en mí, que puedo». Pero al tercer día se complicaron las cosas, y, sin alimento que llevarse a la boca, comenzó a padecer un gran desfallecimiento, sintiéndose, sobre todo, atenazado por el frío, ya que tenían que cruzar arroyos en los que a veces el agua les llegaba hasta la rodilla, y la humedad le afectaba a todo el cuerpo, pero especialmente a la pierna herida. Juan le recomendó: «Procura no mojártela», e Ignacio le replicó, con un punto de enfado, que cómo era posible que no se la mojara. Entonces Juan le dijo que solo se le ocurría un remedio, que tomara un trago de una cantimplora que llevaba con vino y mucha azúcar, lo cual le entonó el estómago pero no le alivió el dolor.

Don José María procuraba caminar siempre entre los primeros de la fila para estar cerca de Antonio, el guía, con el que cambiaba impresiones, y aquel hombre adusto, de pocas palabras, le daba muestras de respeto, y gracias a ese respeto sacó a Ignacio de un grave apuro. Las marchas nocturnas eran tremendas, sobre todo el penúltimo día, en el que comenzó a caer un aguanieve que calaba hasta los huesos, y, además, se presentaban momentos de peligro que los expedicionarios no detectaban, pero el guía sí, y les

ordenaba parar y esconderse entre los árboles, y así debían permanecer, ateridos, procurando pegarse los unos a los otros para darse calor durante horas. Cuando reemprendían la marcha no sabían si avanzaban o retrocedían, quizá buscando un paso mejor, y en ocasiones tenían la impresión de que el mismo arroyo lo cruzaban varias veces. Algunos escarpados eran tan pronunciados que a Ignacio no le quedaba más remedio que subirlos a cuatro patas, arrastrando el bastón, que al ser metálico hacía ruido al golpear con las piedras. Esto sucedía en el momento de una amanecida gélida, y Antonio se dirigió a Ignacio y le conminó a abandonar el bastón: el ruido que hacía podía denunciar su presencia a alguna de las patrullas de milicianos que merodeaban por el lugar. Ignacio se quedó sin reaccionar ante semejante pretensión, y fue don José María quien habló por él, haciéndole ver al guía que se trataba de una persona herida, que le podía ir la vida si se le privaba del bastón que le era imprescindible para caminar. A lo que Antonio le replicó que sería preferible que le fuera la vida a uno solo que no a toda la expedición, y que bien claro había advertido que quien no pudiera seguir sería abandonado. Don José María tomó por el hombro al guía, se lo llevó consigo a un lugar apartado y volvió con una solución: recubrirían la contera del bastón con unos trapos para amortiguar el sonido, e Ignacio se comprometería a no arrastrarlo para evitar que hiciera ruido.

—¿Estás de acuerdo, hijo? —le preguntó a Ignacio.

—Sí, padre —le contestó, pero estaba tan exhausto, tan en el límite de sus fuerzas, que añadió—: Se lo agradezco, padre, pero si me tengo que quedar aquí, aunque me muera, no me importa mucho.

—No hables así —le reprendió don José María— y no dudes de que, si has llegado hasta aquí, llegarás hasta el final. Ya hemos pasado lo peor.

Lo cual no era cierto porque en la última ascensión debían atravesar un barranco en el que, para colmo, desapareció el guía y temieron que los hubiera abandonado a su suerte, sintiéndose perdidos, hasta que reapareció para hacerles cambiar el rumbo, obligándoles una vez más a atravesar un arroyo que a los expedicionarios les pareció el de siempre.

Nunca recordaría Ignacio muy bien cómo y cuándo pisó el territorio libre de Andorra. Siempre supuso que fueron sus amigos los que se ocuparon de llevarlo a un hospital, ya que llegó con las rodillas destrozadas de arrastrarse por el suelo —en ocasiones, como en una pesadilla, le venía el recuerdo de andar a cuatro patas, como un perro, y hasta le parecía que emitía ladridos—, con la pierna herida inflamada y una neumonía que le sumió, de nuevo, en fiebres de cuarenta grados, como la que padeciera a raíz de su fusilamiento. Según le contaron los médicos después, una vez más estuvo en grave peligro su vida.

No sabía dónde estaba ni cómo se encontraba allí, en una cama de un hospital sencillo, pero muy bien atendido, y al principio pensó que era un sueño, pero cuando terminó de recobrar la conciencia comprobó que la persona que le acariciaba la frente y mantenía una mano entre las suyas era el único ser amado que le quedaba en este mundo, su hermana Marián, que había llegado a San Sebastián en un viaje a través de la legación de Costa Rica, y en aquella ciudad, en la que tenía buenas amistades por haber veraneado en ella toda su vida, trató de averiguar el paradero de su hermano. Allí le pusieron en contacto con un servicio de refugiados dependiente de la Cruz Roja Internacional, en donde le informaron que de haber logrado atravesar el Pirineo se encontraría en Andorra. Pero ¿qué hacía su hermano en Andorra si la cita con ella era en San Sebastián?

Alquiló un coche, que condujo ella misma, y se fue a Andorra la Vella, donde poco le costó localizar a su hermano, medio muerto, pero también medio vivo, y esta segunda mitad fue la que prevaleció.

Le recomendaron que durante unos días no le convenía viajar

para terminar de reponerse, y se pasaron casi todo el mes de diciembre, primero en el hospital y luego en un hotel, y, por fin, en las Navidades de 1937, Ignacio, a través del puente internacional de Hendaya, pudo entrar en la España de los suyos, lo cual le resultó sorprendente porque en aquel San Sebastián, que él recordaba como una ciudad cosmopolita, pero un poco distante de España, reacia a recibir el mensaje de la Falange —no recordaba que José Antonio hubiera pronunciado ningún mitin allí—, ahora, hasta los niños vestían camisa azul, aunque lo curioso era que lo hacían con una boina roja, propia de los requetés, con los que los falangistas unas veces se llevaban bien y otras no tanto. Pero ahora estaban unidos ya que, como le explicó Marián, y luego tuvo ocasión de comprobar con la ley en la mano, el general Franco se había convertido en generalísimo de los ejércitos y, a fin de conseguir la deseada unidad de todos los españoles, había decretado el 19 de abril de 1937 la disolución de todos los partidos políticos existentes en la zona nacional —lo cual estaba en una línea muy joseantoniana— y su fusión bajo su mando en un partido único con el nombre de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, abreviadamente FET y de las JONS. Esta decisión fue contestada por el jefe de la Comunión Tradicionalista, Fal Conde, lo que le supuso una condena a muerte, de la que se libró exiliándose a Portugal, y algo parecido le ocurrió al jefe de la Falange, Manuel Hedilla, también condenado a muerte, aunque por intercesión de Serrano Suñer le fue conmutada por unos años de cárcel, seguidos de destierro a la isla de Mallorca.

Ignacio recibía este aluvión de novedades con sentimientos encontrados —sobre todo le dolía lo de Manuel Hedilla, en el que José Antonio tenía depositada toda su confianza, y él le recordaba como un camarada de trato muy solidario—, pero por encima de todo primó la realidad de que Franco bien se merecía el rango de generalísimo ya que gracias a él la victoria sobre la hidra marxista, asesina de su padre y de su hermano, era una realidad cada día más evidente y, por tanto, en la primera ocasión que tuvo se encontró coreando, como todos los españoles de la zona nacional, el ¡Franco, Franco, Franco!, tres veces, y cuando le vio asomado en un balcón de la capitanía general de Burgos, con su abrigo negro, su camisa azul y su boina roja, pensó que José Antonio no podía haber encontrado mejor sucesor.

Por estar en edad militar se presentó en el cuartel militar de Loyola, donde fue recibido con gran deferencia por su coronel, ya que se conocía su historial falangista, así como su condición de «camisa vieja», algo muy estimado en aquellos momentos, y, pese a sus deseos de combatir en primera línea, el coronel le advirtió:

—¿Le parece a usted que no ha estado poco en primera línea, cuando la mayoría de los españoles se limitaban a dormirar o a ser cómplices del marxismo? Lo siento, Acosta, pero con esa pierna herida es impensable que se le permita ir al frente, ni tan siquiera como oficial al mando de tropa.

Aunque no por eso —le animó— estaba llamado a ser menos útil a la patria, ya que dada su condición de abogado, y nada menos que abogado en el bufete de José Antonio Primo de Rivera, ¡presente!, podía entrar en el Cuerpo Jurídico Militar en algún puesto de relevancia.

Burgos se había convertido en la capital de la España nacional, en la que estaban radicados todos los organismos oficiales y las academias de las que salían estampillados los jóvenes oficiales del Ejército, en cursillos acelerados porque corría prisa ganar la guerra, aunque había quienes opinaban que Franco se lo tomaba con demasiada calma.

Por tal motivo, Marián y su hermano se trasladaron a Burgos para que Ignacio pudiera entrar en una de esas academias, pese a que no le hacía falta obtener ninguna graduación adicional dado su prestigio de «camisa vieja» y persona de toda confianza del gran ausente, José Antonio Primo de Rivera, ahora presente hasta en los pórticos de las iglesias. Fue recibido en Burgos con grandes muestras de deferencia, no solo él, sino también su hermana, pues hasta allí había llegado la noticia de que había tenido amores con el jefe, dado que en la ciudad residía Elena, la que fuera mecanógrafa y recepcionista en el bufete de José Antonio, ahora convertida en jefa de la Sección Femenina que creara Pilar Primo de Rivera; fue una de las grandes alegrías de Ignacio volver a encontrarla sana y salva dado el mucho aprecio en que la tenía. Elena lloró al verle de nuevo y le advirtió que, aunque fuera jefa, para ella siempre sería él uno de sus jefes, «¡A tus órdenes, camarada!», y se ponían a hablar

de José Antonio y de su muerte heroica en Alicante, con el brazo en alto ante el pelotón de fusilamiento, dando vivas a España y pidiendo que su sangre fuera la última que se derramase —lo cual era impensable que sucediera porque su sangre, y la de otros muchos más, estaba pidiendo justicia a gritos, en eso estaban de acuerdo—, y terminaban ambos con lágrimas en los ojos.

Elena les sirvió de gran ayuda en aquellos primeros días en Burgos, atestada como estaba la ciudad de personalidades, y con grandes dificultades para hallar alojamiento, pero no para un insigne falangista, que para colmo tenía una hermana con una cartera repleta de billetes de los buenos, de los que servían en todas partes, y por eso les encontró un piso modesto pero con buenas vistas sobre el río Arlanzón, no lejos de los centros neurálgicos del poder. Como contrapartida le exigió a Ignacio que mantuviera encuentros con las jóvenes de la Sección Femenina de Falange para que les contara cosas de José Antonio; le escuchaban embobadas, y Elena, que seguía conservando su tono desenfadado, le animaba: «Las tienes a todas enamoradas. Te puedes acostar con la que quieras». A lo que Ignacio le decía que hablar así no era propio del estilo de la Falange, pero Elena le replicaba que no se lo decía como falangista, sino como amiga. De todos modos, Ignacio tomó nota de esta sugerencia.

Elena era la que contaba lo de los amores de Marián con José Antonio, y pretendió que también fuera a dar una charla a las chicas de la Sección Femenina solo para explicar cómo veía al jefe, siempre presente, en sus aspectos más humanos. Sin embargo, Marián se negó, aunque no le desagradaba que relacionasen su persona con la de José Antonio, al que seguía conservando en su corazón. Esa aura, y su belleza, que no se había marchitado pese a tantas desgracias como había padecido, hacía que estuviera muy solicitada por tantos jóvenes oficiales, y otros no tan jóvenes, como pululaban en aquellos días por la ciudad, lo cual no podía por menos de halagar su vanidad femenina.

Ignacio, una vez descartada la posibilidad de ir a combatir al frente, echó cuentas de su porvenir, y con su sentido de la juridicidad llegó a la conclusión de que el futuro, durante muchos años, y en eso acertó, sería de los militares, y que le convenía, como le aconsejara el coronel del cuartel de Loyola, ingresar en el Cuerpo

Jurídico Militar para conseguir una plaza de teniente auditor, lo que no le costó mucho, una vez que salió de la academia estampillado como alférez provisional.

Era tanto el predicamento que tenía la Falange que una de las medidas de la jerarquía militar fue que en todos los consejos de guerra el secretario fuera un falangista, y en esa labor comenzó su carrera Ignacio. Para su suerte, el primer caso en el que le tocó intervenir resultó evidente que procedía la pena de muerte porque los enjuiciados eran unos desalmados que habían asesinado a un joven de menos de dieciocho años, Ignacio Vila, que vivía en la calle de Miracruz, 10 A, de San Sebastián, cerca del Kursaal de esa ciudad, y la razón de su infame fusilamiento fue la de ser hijo de un militar que se había negado a seguir sirviendo a una República que había perdido toda legitimidad. Poco le costó instruir un procedimiento sumarísimo, que terminó con la condena a muerte, ejecutada al siguiente día del veredicto. Aunque Ignacio dudó si estar presente en el acto, a última hora desistió ya que lo suyo no era venganza, sino justicia, y se conformaba con poner de su parte todo lo que pudiera para que esa misma justicia se aplicara a los cientos de milicianos que habían asesinado a tantos miles de inocentes en Paracuellos de Jarama.

Ese día llegó a su casa, muy serio, y le comentó a su hermana:

—Hoy se ha empezado a hacer justicia por lo que hicieron a papá y a José Mari.

Marián, quizá porque tuviera otro concepto de la justicia, no comentó nada.

Los procesos que instruyeron los que estaban llamados a ser vencedores fueron tan numerosos —se llegó a hablar de más de doscientos mil— que tan intenso trabajo no dejaba ni tiempo a Ignacio para asistir a los Consejos de la Falange, de los que formaba parte.

Cuando se le reconoció la condición de teniente auditor pasó a encargarse, como juez instructor, de casos en los que estuvieran implicados militares de graduación, que fueron miles, todos aquellos que estando al mando de tropa se habían opuesto a la creación de una nueva España, so pretexto de permanecer fieles a un gobierno que con sus desmanes había perdido toda legitimidad. Estos militares, según la graduación que tuvieran, debían ser

condenados bien a muerte, bien a cadena perpetua, o en casos especiales a penas inferiores, por «adhesión a la rebelión», según una sentencia cuya plantilla había redactado el general Franco en persona.

Si alguna duda tenía Ignacio en aplicar esta normativa, que a veces le parecía que no se ajustaba a los estrictos preceptos del Código de Justicia Militar, el general auditor, de quien dependía, le insistía en que esos militares traidores eran los más culpables, ya que con su adhesión a la rebelión habían convertido lo que debía haber sido un alzamiento en el que, en cuestión de días, los legítimos poderes del Estado hubieran sido asumidos por el Ejército en una guerra que duraba ya dos años y no llevaba visos de terminar. Y, conocedor de la triste historia familiar de su subordinado, le preguntaba que si acaso esos militares traidores habían hecho algo por evitar el infame asesinato de su padre y de su hermano en Paracuellos de Jarama, paradigma de la infamia marxista. En vista de lo cual, Ignacio siguió con su trabajo sin que le temblara el pulso a la hora de proponer, como instructor, la pena de muerte.

Hasta que se presentó en Burgos Alicia Martínez Rubio pidiendo compasión para su padre.

Hasta ese momento la vida de los dos hermanos se desarrollaba con una placidez impropia de un país en guerra, pero que a ellos les pillaba lejos. Marián, sin llegar a hacerse falangista, colaboraba con Elena en tareas de la Sección Femenina porque le parecía muy bien su proyecto de educar y elevar el nivel de vida de la mujer en la nueva España, de lo cual le había oído hablar en más de una ocasión a José Antonio con ilusión; además le daba la oportunidad de coincidir con Pilar Primo de Rivera, entregada con alma y vida a esa misión. De paso, siempre tenían la oportunidad de hablar de José Antonio, a quien Pilar idolatraba y Marián había amado, y todavía no lo había olvidado. Además, se ocupaban de ayudar a las familias de los caídos del bando nacional que se habían quedado en el desamparo y organizaban comedores de caridad en los que daban de comer, también, a los niños huérfanos de los rojos, ya que en eso no hacían distinción por disposición expresa de Pilar Primo de

Rivera, mujer de buen corazón, que sostenía cristianamente que los hijos no debían pagar las culpas de los padres. Además, Marián era madrina de guerra de un joven comandante de un tabor de Regulares, quien le escribía encendidas cartas de amor a las que ella correspondía educadamente, pero sin darle demasiadas esperanzas.

La labor de Ignacio despertaba admiración por su entrega y dedicación cuando, dada su posición en el partido y, encima, medio mutilado de guerra, podía ocupar cómodos puestos en tantos consejos y organismos regidos por miembros de la Falange con muchos menos méritos que los suyos. Elena le decía que estaba haciendo el primo, pero que allá él. También le tenía informado de cuanto sucedía en el país que le pudiera interesar, por ejemplo, que su amigo Mariano, quien fuera su primer jefe de centuria, había entrado en la Legión, de la que a la sazón era capitán, por méritos de guerra, y estaba sirviendo en el frente de Extremadura.

Todo eran satisfacciones como para compensar tantas penalidades que habían padecido, y la más señalada era que cada atardecer el *Diario de Burgos*, periódico con casi un siglo de existencia, colocaba un gran panel en la fachada de su redacción señalando, bien en líneas rojas, bien en líneas punteadas, los avances del ejército nacional, cada día un poco más metido en territorio rojo. Estaba claro que el ejército de la República ya solo mantenía sus posiciones en el Levante, desde Barcelona a Cartagena, y la impresión era que a no mucho tardar, de un empujón, los echarían al mar. La gente se reunía en espera de que saliera el panel, y cuando lo veían aplaudían con entusiasmo.

Alicia Martínez Rubio en los años treinta pertenecía a la misma pandilla que Marián, e Ignacio la conoció cuando su hermana estrenó el Ford T y para lucirse se fue al Paseo de Coches del Retiro, haciéndose acompañar por él. Le había llamado la atención lo bien vestidas y lo bien que olían las amigas de su hermana. Una de ellas, precisamente esta Alicia, con un aire descarado pero simpático, le dijo a Marián que por qué no se traía con más frecuencia a su hermano, y a Ignacio no le desagradó la idea de volver a encontrarse con ella. Volvió a verla en un par de ocasiones en un bar de la calle Serrano, y se confirmó que era la más divertida de

todas ellas, muy ingeniosa y muy guapa. Tenía unas piernas preciosas y un busto —era en lo que más se fijaba Ignacio en aquellos años— muy prometedor. Entre ellos hubo cruces de miradas, pero Ignacio sacó la impresión de que tenía otros pretendientes con más posibilidades que él y se retiró tímidamente. Además coincidió con su entrega a la Falange, a la que supeditó toda su vida personal. Pero no llegó a olvidarla y de vez en cuando le preguntaba a su hermana: «¿Qué es de Alicia?». Y la hermana le respondía: «¿Es que te gusta?». «Si apenas la conozco», le decía Ignacio. «¿Y eso que tiene que ver para que te guste?», le razonaba su hermana y añadía: «Te advierto que ella también me ha preguntado por ti». Hasta que un día le dijo que tenía novio y a Ignacio le pareció lógico pues era una chica muy atractiva.

En Burgos, Ignacio vestía habitualmente el uniforme de la Falange, que se componía, en invierno, de un abrigo negro, camisa azul, con corbata negra, y boina roja, y en verano con una chaqueta, también negra, con un correa que le cruzaba el pecho sobre cuyo bolsillo izquierdo lucían las medallas que le correspondían por su condición de «camisa vieja» y herido de guerra, pues esa era la consideración que merecían las heridas recibidas en su fusilamiento. Al andar todavía padecía una leve cojera, para la que ya no precisaba bastón, que incluso le confería un aire atractivo, de héroe de guerra, lo que le permitió obtener favores de sus enamoradas de la Sección Femenina, más bien torpes, que no le dejaban muy buen sabor porque le parecía que no se correspondían con la condición de «mitad monje, mitad soldado», de un buen falangista. Por lo menos lo de «monje» quedaba muy orillado con aquellas relaciones.

La noticia de la presencia de Alicia en Burgos se la dio su hermana, y no se podía creer que fuera para interceder por su padre, el coronel Fernando Martínez Serrano, que, efectivamente, se encontraba en prisión en aquella plaza pendiente de juicio sumarísimo.

—¿Pero Alicia no era de los nuestros? —se asombró Ignacio—. ¿No era amiga de las primas de José Antonio?

—¿Y eso que tiene que ver para que su padre tuviera otros ideales? —le replicó Marián.

—¿Tú sabes cuáles son esos ideales?, los de un traidor.

—Pues por lo que me ha contado Alicia no creo que su padre sea un traidor.

Ignacio no quiso entrar en esa discusión y le preguntó a su hermana:

—¿Y qué es lo que pretende Alicia?

—Que le ayudes, que le eches una mano.

—Imposible —le dijo terminante.

—¿Imposible, por qué? Me ha dicho Alicia que todavía no se ha visto el juicio.

A Ignacio le dieron ganas de decirle que daba lo mismo. Con arreglo a la plantilla de la sentencia —«adhesión a la rebelión»— y su graduación de coronel, el resultado solo podía ser uno. En lugar de eso trató de excusarse, mintiendo:

—Además, yo no soy el único juez instructor, y me parece que ese expediente lo lleva otro compañero.

—Pero, si quieres, lo puedes llevar tú —le dijo su hermana, y añadió—: No me vengas con cuentos. Y si no, se lo dices a ella a la cara.

Ella sería Alicia, a la que indudablemente a Ignacio le apetecía mucho volver a ver, pero no en aquellas circunstancias. Le extrañó el interés que mostraba su hermana, y le dijo:

—No sabía que fuerais tan amigas como para tomarte tanto interés.

—Somos bastante amigas, o éramos bastante amigas, pero es que, además, no estoy de acuerdo en cómo lleváis los juicios, y la conversación que he tenido con Alicia me ha abierto más los ojos.

En el año que llevaban en Burgos Marián cada día daba las gracias a Dios porque le hubiera conservado a aquel hermano, que era el mejor de los hermanos, cariñoso, siempre pendiente de ella, al que se sentía tan unida que por nada de este mundo quería darle un disgusto, hasta aquel día en que se enzarzaron en una discusión y ella terminó llorando e Ignacio, pálido como un muerto. ¿Pero quién era ella para opinar sobre cómo debían llevar los juicios?, se asombró Ignacio, y a renglón seguido le razonó, bastante colérico, que lo único que pretendían era hacer justicia, para compensar tantas injusticias como se habían cometido en el bando contrario, ¿o es que se había olvidado de la que habían cometido con su padre y con su hermano? A lo que Marián, asombrosamente enfadada

para su temperamento habitualmente sereno, le replicó:

—¿Sabes lo que te digo? Qué tú me preocupas mucho más que papá y José Mari, porque no sé si esta guerra será una cruzada, como decís vosotros, pero sí que ellos han sido en cierto modo mártires, y tengo la esperanza de que están en el Cielo, mientras que no sé lo que será de ti, que solo pisas una iglesia cuando se trata de un acto público para cantar el *Cara al sol* y, además, me llegan noticias de que tienes aventuras que no deberías, que es una vergüenza para quien gozó de la confianza de José Antonio.

Era la primera vez que Ignacio veía a su hermana fuera de sus casillas, e intentó defenderse alegando que su condición de falangista no tenía nada que ver con su vida privada, a lo que Marián le replicó diciéndole que no le extrañaba ya que la Falange actual no tuviera nada que ver con la que soñó José Antonio, ya que estaba llena de sinvergüenzas que se aprovechaban de la camisa azul, y a ver si su querido hermano iba a ser uno más de ellos. Cuando dijo esto último es cuando se echó a llorar y se retiró a su habitación, en la que se encerró con pestillo.

El disgusto que se llevó Ignacio fue tremendo. Aquella noche apenas pudo dormir, se levantó muy temprano, se fue a la Auditoría militar y reclamó el expediente del coronel Fernando Martínez Serrano, que contenía los siguientes agravantes:

Quando se produjo el glorioso Alzamiento nacional, la plaza de Burgos estaba asegurada por tratarse de una ciudad seria y conservadora, con una guarnición fiel a los principios que habían de inspirar el nuevo Estado, pero por desgracia no lo entendió así el que hacía cabeza de la guarnición, el general Domingo Batet Mestre, pese a que fue requerido por su jefe de Estado Mayor, el coronel Moreno Calderón, para alinearse con los que habían asumido la legitimidad del Estado, de suerte que, condenado, fue ejecutado pocos meses después. Del mismo parecer era quien a la sazón ostentaba el grado de teniente coronel, Fernando Martínez Serrano, quien se fugó del acuartelamiento para pasarse al enemigo, en la provincia de Guadalajara, integrándose en un regimiento en el que, por méritos de guerra, llegó a alcanzar el grado de coronel, recibiendo diferentes distinciones por sus actuaciones bélicas. Por tanto, en este militar no se daba la atenuante que pudo darse en otros casos, de no tener otro remedio que servir al enemigo por estar en una guarnición sujeta al gobierno de la República, sino que libremente puso cuanto estuvo de su parte para servirlo, pese a la oportunidad que tuvo

de permanecer fiel a sus compañeros de armas y, por ende, a los principios de la Nueva España. Fue hecho prisionero en la batalla del Ebro.

Ignacio se guardó el expediente y al mediodía se fue a comer a su casa, ya que por nada quería estar enfadado con su hermana, pero dispuesto a hacerle comprender la dificultad del asunto y examinar, hablando claro, cómo podían quitarse de encima a Alicia, por mucha amistad que mediara y por grato que fuera el recuerdo que tenía de ella.

Se encontró a su hermana ojerosa, pero con las mismas disposiciones que él, ya que lo primero que hizo fue pedirle perdón por lo que en un momento de arrebato le dijera la noche anterior y pudiera haberle ofendido. Pero muy terne en que tenían que hacer algo no por Alicia, sino por su padre, que no se merecía la muerte por lo que había hecho.

—Tienes que recibirla y, cuando la oigas hablar, seguro que te convencerás.

Ignacio comprendió que le iba a costar negarse a esta pretensión de su hermana, y sin que viniera a cuento le reprochó que parecía mentira que olvidara lo que habían padecido ellos por culpa de gente como el padre de Alicia, que, si no se hubieran opuesto a lo que era justo, legítimo e inevitable según el mismo José Antonio sostenía, no hubiera sucedido lo que sucedió. Invocó lo de José Antonio como argumento de indiscutible autoridad para su hermana, pero esta le replicó:

—No te creas que no me preocupa la postura de José Antonio en ese aspecto, aunque confío en que Dios en su misericordia se lo haya perdonado, pero más me preocupas tú. ¿Es que te vas a pasar toda la vida odiando por lo que les ocurrió a papá y a José Mari? ¿Es que te consideras culpable por no haber muerto tú en lugar de ellos? Igualmente yo me podría considerar culpable, por ser la primera que conoció a José Antonio y la que os metí en este lío. ¡Pues no me considero culpable en absoluto!

—¡Pues yo sí me considero culpable! —se desahogó Ignacio.

—¡Pues no pagues tu culpa con los demás!

Este reproche no lo entendió bien Ignacio y le preguntó que a ver lo que había querido decir, y la hermana fue terminante en su respuesta.

—Lo único que quiero decir es que tienes que recibir a Alicia y escucharla, y si después de hacerlo condenáis a muerte a su padre, allá tú con tu conciencia.

Nunca había visto a su hermana tan alterada y todo el cariño que sentía por ella se manifestó en forma de asentimiento.

—Está bien, la recibiré.

—¿Quieres que la acompañe yo?

No, prefería que fuera sola porque se temía que lo que tenía que decirle no sería del agrado de su hermana.

Al otro día se presentó Alicia en la Auditoría militar vestida de negro, como era costumbre en aquella época, por estar de luto por la reciente muerte de un hermano. Era un día muy frío y había nevado; estaban en vísperas de la Navidad del 1938, vísperas, también, de la victoria definitiva de los nacionales sobre los rojos.

Seguía igual de atractiva que al principio de los felices años treinta; el color negro le favorecía y cuando Ignacio la ayudó a quitarse el abrigo le invadió el mismo aroma penetrante que le llamara la atención en su primer encuentro en el parque del Retiro. El rostro lo tenía riente e, incluso, cuando empezó a contar la dramática historia de su padre, no se puso demasiado trágica. Después de unas frases de cortesía, Alicia, con su antigua desenvoltura, le comentó:

—Te sienta muy bien el uniforme —y a continuación le aclaró—: No es que me guste mucho ese uniforme, pero a ti te favorece.

Este tono distendido animó a Ignacio, que le preguntó por quién llevaba el luto, y Alicia se puso seria para contestar:

—Por un hermano mío.

—¿Ah, sí?

Y se quedó expectante esperando que le explicara la causa de su muerte.

—Ha muerto en el frente, como mueren ahora todos los jóvenes.

—¿Y en qué frente?

—¡Qué más da! —le contestó como si no quisiera hablar del asunto, pero a continuación añadió—: En el frente de sierra Trapera, Extremadura.

Ignacio hizo gestos de compunción, pero guardó silencio esperando más explicaciones de la joven, que interpretó su silencio y le dijo:

—Si te interesa saber de qué lado combatía, te diré que con los republicanos. Mi hermano era militar, como papá, teniente, y te advierto que tenía simpatías por la doctrina de José Antonio, del que yo le hablaba, y creo que le llegó a conocer, pero su conciencia le hizo permanecer fiel a sus compromisos con la República.

«Una pena», pensó Ignacio, porque si hubiera combatido con los nacionales se hubiera podido invocar a favor de su padre.

—Está bien, Alicia, dime en qué te puedo ayudar.

Llevaba un vestido bastante ligero para ser invierno, escotado, en el que lucía un crucifijo colgado en una cadenita de oro, y se insinuaba un busto del que a Ignacio le costaba apartar la mirada. Se había sentado cruzando las piernas, enfundadas en unas medias negras, de seda, y la impresión era que tantas desgracias como pesaban sobre la pobre mujer no le habían dispensado de cuidar su presencia personal. A Ignacio le hubiera gustado decirle que le parecía que usaba el mismo perfume que el de hacía ¿cinco años?, ¿tantos habían pasado?, pero le parecía una frivolidad hablar de perfumes cuando la mujer le estaba contando el drama de su padre, teniente coronel en la guarnición de Burgos el 18 de julio de 1936.

—El superior de mi padre era el general Batet, quien dos días antes, el 16 de julio, se entrevistó en el monasterio de Irache con el general Mola, que era su subordinado, quien le dio su palabra de honor, Mola a Batet, de que no participaría en la sublevación. ¿Eso lo sabías? —Y, ante el gesto de escepticismo de Ignacio, insistió—: Mi padre estuvo presente en ese encuentro y lo puede jurar por su honor. Es más, cuando se produce el alzamiento mi padre creía que Mola no tenía nada que ver, hasta que un compañero que gozaba de toda su confianza, Martín-Pinillos, le dijo que aquello iba en serio, que el general Mola era el director de todo el alzamiento y que si no se iba a alinear con ellos que desapareciera cuanto antes si no quería perder la vida. ¿Qué te parece?

A Ignacio no le parecía ni bien ni mal. Lo que mejor le parecía era aquella hermosa criatura, que era una lástima que no pudiera declarar ante el consejo de guerra, como sucedía en las películas americanas, porque hablaba muy bien, poniendo mucho sentimiento en todo lo que decía, y con tales circunstancias era difícil que no moviera a piedad a los militares que lo componían.

—Mi padre era, o es, republicano, ¿eso es un delito? Tu padre,

me ha contado Marián, también era republicano y, sin embargo, fue fusilado en Paracuellos. ¿Cuántos republicanos no habrán sido fusilados en Paracuellos?

—Bien —le dijo Ignacio, que no se sentía dispuesto a entrar en aquel discurso—, creo que nos estamos saliendo del tema...

—No, lo que quiero decirte es que mi padre era republicano de corazón y entendió que su obligación, al igual que mi hermano, era servir a la República. ¿Eso es un delito?

—Con arreglo a la legalidad vigente...

Alicia no le dejó seguir y dijo una frase que le sonó a santo Tomás de Aquino, por lo menos: que la máxima injusticia era la justicia que olvidaba la caridad, y ya no sabía si lo que le estaba pidiendo era caridad, algo que no entraba en los parámetros de la justicia militar. Pero la mujer insistía:

—La ejecución del general Batet ya fue una injusticia, la prueba es que cuando le condenaron, tanto el general Queipo de Llano como el general Cabanellas intercedieron por su vida, porque era un caballero, y además un caballero cristiano, pero Franco no atendió sus súplicas.

Ignacio, mareado por el perfume, por las piernas cruzadas, por el escote con el crucifijo, por la verbosidad de aquella mujer, intentó detener aquel aluvión de palabras.

—Bueno, ahora no estamos juzgando al general Batet.

—Sí, pero no vayáis a juzgar a mi padre con la misma ligereza.

Ignacio se puso digno para replicarle:

—Procuramos que nuestros juicios sean justos.

—Con arreglo a una legalidad injusta.

Antes de que Ignacio pudiera rebatir esa acusación, Alicia hizo un gesto con la mano de que la dejara continuar.

—Te advierto que a mi padre no le importa morir; a veces pienso que preferiría que le fusilarais. ¿Qué le espera si sale con vida? El deshonor, perder su condición de militar, que es lo que más ama en esta vida, y, sobre todo, está destrozado por la muerte de mi hermano, su único hijo, éramos solo dos, mi hermano y yo. Siempre decía que su hijo llevaba mejor carrera militar que él y que seguro que llegaba a general. Ten en cuenta que cayó hace tan solo tres meses. ¿Qué te parece? —y sin esperar respuesta prosiguió—: ¿Sabes por qué vengo a suplicarte? Por mi madre. Se pasa el día

llorando, la muerte de Juan, mi hermano, le ha afectado todavía más que a mi padre y, ahora, la idea de que fusilen a su marido no la soporta. Hay días que no consigo ni que se levante de la cama... ¡No puedo verla así!

Al llegar a ese punto se echó a llorar, y lo único que se le ocurrió pensar a Ignacio fue que también era mala suerte que en menos de veinticuatro horas dos mujeres se pusieran a llorar en su presencia: el día anterior su hermana y ahora esta encantadora criatura. No soportaba ver llorar a una mujer y, por supuesto, estaba dispuesto a dejar de lado todos sus principios y hacer cuanto pudiera por salvar al coronel Martínez, pero se temía que podía servir de muy poco.

Le rogó que se tranquilizara, le ofreció un pañuelo para que se secara las lágrimas, que la mujer rechazó sacando uno suyo del bolso, de batista fina con bordados en colores, con el que se secó los ojos con mucho cuidado para que no se le corriera el rímel. A continuación le pidió disculpas a Ignacio, aunque siguió insistiéndole, con nuevos amagos de lágrimas y consiguientes retoques de pañuelo, que a su padre no le importaba morir, pero que lo de su madre no lo soportaba porque había sido la mejor de las madres, y verla así le destrozaba el corazón, a lo que Ignacio le contestaba que lo comprendía y que eso era lo peor de las guerras, que a veces tenían que padecer sus consecuencias los más inocentes. A todo esto se había levantado de su asiento de detrás de la mesa y se había acercado a ella para darle palmadas de consuelo en la espalda, percibiendo más directamente los efluvios de su perfume, para terminar diciéndole:

—Lo que sí puedo hacer es intentar retrasar el proceso. Ten en cuenta que se trata de un juicio sumarísimo y no es fácil retrasarlo.

—¿Cómo retrasar el proceso? —saltó Alicia—. ¿Alargar todavía más esta agonía?

—Está bien, déjame pensar a ver lo que se me ocurre —le dijo Ignacio, convencido de que no se le iba a ocurrir nada y, por tanto, lo mejor de momento era que aquella mujer desapareciera de su vista.

Alicia le volvió a pedir perdón por las escenas que le había hecho, pero que lo tenía que comprender dada su situación, sobre todo la de su madre, le dio las gracias, le dijo que él era su última esperanza, pues conocían su relevancia en el partido, y se despidió

diciéndole:

—Ten en cuenta que por mis padres estoy dispuesta a hacer lo que sea.

Esa misma mañana Ignacio se fue a ver a su general auditor, quien se quedó asombrado ante la pretensión de su subordinado. ¿No se daba cuenta de que el caso del coronel Martínez era de los más flagrantes? Y le repitió lo que Ignacio ya sabía de su fuga al enemigo, su ascenso por méritos de guerra, etcétera, etcétera, y le recordó la obligación que tenían de ser ejemplares si querían mantener el nuevo orden, para lo cual era preciso eliminar a los enemigos que se oponían.

Ignacio salió de esta entrevista con una idea muy clara: no volver a ver a Alicia para no tener que soportar la presión a que le sometía con sus súplicas. Y, para evitar ese encuentro, discurrió pedir un permiso y desaparecer por unos días de Burgos, por ejemplo, desplazándose a Valladolid, donde seguía siendo requerido para dar conferencias sobre José Antonio Primo de Rivera.

En casa le esperaba Marián, anhelante de noticias, pero Ignacio fue terminante:

—No hay nada que hacer. Por favor, díselo tú, yo no me encuentro con ánimos.

Marián vio tan descompuesto a su hermano que no dudó de que había hecho cuanto estaba en su mano y guardó prudente silencio, pero actuó con gran diligencia y aquella misma tarde, de improviso, se presentó en su despacho de la Auditoría la que menos deseaba ver, Alicia, con un aire distinto, como más frío, más calculador, diciéndole que Marián ya le había dado la mala noticia, pero que allí estaba ella para lo que fuera.

—Te lo he dicho esta mañana; estoy dispuesta a lo que sea. Y, por supuesto, a entregarme a ti.

A Ignacio le costó entender semejante propuesta: no le cabía en la cabeza que cosas así pudieran suceder en la vida real. Se quedó sin palabras, balbuceando incoherencias, pero Alicia insistió:

—No te creas que esta mañana no me he dado cuenta de que me comías con los ojos, mirándome de arriba abajo, de esas cosas nos damos cuenta las mujeres, y te advierto que tú no me disgustas, o

sea, que... Además, no pienses que soy una golfa por hacerte esta propuesta, soy virgen.

Alicia hablaba de su persona con cierto distanciamiento, como si estuviera ofertando un producto de uso normal. Por el contrario, Ignacio, cuando la mujer le aclaró lo de su virginidad, enrojeció hasta la raíz de sus cabellos, y por fin musitó con profundo sentimiento.

—Estás loca.

—No, lo que estoy es desesperada.

—Alicia, por favor te lo pido, por muy desesperada que estés no hables así.

Alicia amagó nuevos llantos, tomó las manos de Ignacio, besándoselas y suplicándole que salvara a su padre, y este le dijo que, por favor, se fuera, que él ya pensaría algo más, siempre con la idea de desaparecer marchándose a Valladolid, aunque luego tuvo otra ocurrencia.

Era el día 22 de diciembre y los establecimientos estaban adornados para la Navidad, que en tiempos de guerra y escasez se celebraba con moderación y austeridad, pero a pesar de todo en la ciudad reinaba un aire de fiesta, con puestos callejeros que vendían chistorra con pan candeal, y con niños de vacaciones escolares jugando a tirarse bolas de nieve, aunque esta se iba licuando poco a poco.

Cuando Ignacio logró desprenderse de Alicia, se consideró incapaz de seguir trabajando y salió a la calle a tomar el aire sin querer pensar en nada, pero pensando en todo, con la cabeza a punto de estallarle con la sucesión de imágenes, entre las que destacaba una y otra vez Alicia, con su vergonzante ofrecimiento, hasta el extremo de considerar que aquella mujer había perdido el juicio. ¿Por tan miserable le tenía como para pensar que podía aceptar semejante ignominia? ¡Dios mío, cómo trastornaba la guerra a las personas!

—¡Ignacio! —oyó que le llamaban a sus espaldas.

Cuando se volvió se dio cuenta de que quien le requería era un militar al que de primeras no reconoció, ya que la última vez que lo viera vestía un pantalón y un jersey andrajosos, y calzaba unas

alpargatas deshilachadas, mientras que ahora lucía unas botas negras de caña alta y un capote militar, con su correspondiente gorra de plato con las estrellas de capitán. Era Juan, el médico que le ayudara con sus consejos y con su vino azucarado a atravesar los Pirineos.

Le entró tal alegría de verle que hasta se olvidó del drama que estaba viviendo.

Se abrazaron, se sorprendieron uno y otro de cómo habían cambiado, de ir vestidos como mendigos a lucir aquellos uniformes. Juan le explicó que el suyo obedecía a que por su condición de médico estaba sirviendo en Sanidad, donde, por lo visto, los médicos rápidamente alcanzaban el grado de capitán. Se encontraba de paso en Burgos, ya que su unidad estaba más al sur, y como hacía mucho frío decidieron entrar en un café a tomar algo caliente.

Cuando Ignacio le dio las gracias por haberle salvado la vida, Juan le dijo que no era para tanto, y que él también les había ayudado. ¿No se acordaba ya de sus famosas butifarras? Se echaron a reír, pero Ignacio le aclaró:

—Me refiero a cuando me llevasteis al hospital en Andorra.

—Nosotros no te llevamos a ningún hospital. Si precisamente cuando pisamos tierra en Andorra te echamos de menos. Al final, ¿no te acuerdas de que había un poco de niebla?, te perdimos. Incluso estuvimos esperando un buen rato por si aparecías, y el «padre» se quedó preocupado: «¿Qué será de ese chico?», decía. Pero nos tuvimos que ir y, como luego no nos llegó noticia de que hubiera caído ninguno de la expedición, nos quedamos tranquilos, al fin y al cabo si te habías perdido había sido ya en Andorra y, por tanto, sin peligro.

Ignacio se quedó pasmado.

—Siempre pensé que habíais sido vosotros. ¿Quién si no?

—Habrá sido tu ángel de la guarda —bromeó Juan.

—No lo echas a broma, porque mi ángel de la guarda es la única creencia que me queda.

—Pues no es mala creencia.

Estuvieron más de una hora recordando episodios de la travesía y de lo que había sido de unos y de otros, y cuando ya se iban a despedir, Juan le preguntó que cuál era, en concreto, su actual misión como falangista. Ignacio se quedó pensativo antes de

contestar.

—Como falangista no sé, pero como teniente auditor estoy bastante perdido.

—¿Más que en los Pirineos?

—Bastante más, pero prefiero no hablar de este asunto.

—De acuerdo, de todos modos, ¿por qué no le pides a tu ángel de la guarda que te eche una mano?

Ignacio se echó a reír y le dijo que el asunto era bastante complicado y que no quería ponerle en apuros a su ángel de la guarda.

Cuando ya se levantaban para marcharse, Juan le dijo:

—¿Por qué no vas a ver al «padre»? Se alegrará de verte, por lo menos, que sepa que sigues vivo. Se hospeda en el hotel Sabadell. ¿Sabes dónde está?

Sí, se hallaba muy cerca de donde él vivía. Se despidieron con abrazos y Juan le prometió que si volvía por Burgos le llamaría para que siguieran charlando.

Aquella noche, Marián y él cenaron casi en silencio, y para nada hicieron referencia a la visita de Alicia a la Auditoría. Por dar un aire de naturalidad a lo que era tan poco natural, Ignacio le contó el encuentro que había tenido con un compañero del paso de los Pirineos, y Marián se interesó bastante por su misterioso internamiento en el hospital de Andorra.

Durmió muy mal aquella noche y por la mañana temprano, antes de ir a la Auditoría, se pasó por el hotel Sabadell, muy modesto pero bien emplazado, y cuando preguntó por don José María Escrivá le dijeron que no estaba y que era más fácil encontrarlo por las tardes. Volvió por la tarde y le indicaron que su habitación era la número 9, situada en el primer piso. Subió, llamó a la puerta y le abrió Pedro, otro de los compañeros de fatigas en los Pirineos, que también se llevó una gran alegría cuando le reconoció. Juan no les había dicho nada, ya que esa misma tarde había salido de viaje para incorporarse a su unidad.

—¡Cómo se va a alegrar el «padre» cuando te vea! —le dijo Pedro.

—A él le vengo a ver —le aclaró Juan, mirando a un lado y a

otro y sin ver al sacerdote en aquella habitación, bastante abigarrada, con varias camas, una mesa, sillas, un biombo y un mirador acristalado con una mesita de mimbre y dos pequeños sillones, en uno de los cuales se encontraba sentado el sacerdote leyendo un libro.

—¡Padre! —le dijo Pedro—. ¡Mire quién está aquí!

Ignacio hizo ademán de besarle la mano, como era costumbre de la época, pero el sacerdote no se lo consintió, se levantó y le dio un abrazo.

—Padre —fueron las primeras palabras de Ignacio—. Creo que tengo una cuenta pendiente con Dios.

—¡Si fuera una sola! —le dijo el sacerdote riendo—. Todos tenemos siempre cuentas pendientes con Dios.

—Pero yo una muy concreta, padre. ¿Se acuerda cuando le conté en el Pirineo que había recibido una absolución general, y me dijo usted que puesto que había salido con vida tenía que confesarme individualmente? Pues quiero confesarme.

—Está bien, hijo, siéntate en ese sillón.

Y el sacerdote cerró las puertas que aislaban el mirador del resto de la habitación.

EPÍLOGO

La ocurrencia de Ignacio fue dirigirse al gobernador civil, camarada suyo falangista, para que presionara sobre el gobernador militar a fin de evitar la pena de muerte para el coronel Martínez. El gobernador civil invocó los muchos méritos del camarada Ignacio Acosta, «camisa vieja» de la primera hora, hombre de confianza de José Antonio, con intervención notable en el alzamiento, como mensajero del jefe, que se merecía un favor, y consiguió que la condena a muerte se redujera a la de veinte años de reclusión mayor.

La sentencia le siguió pareciendo muy injusta a Alicia, pese a que Marián le razonaba lo agradecida que le tenía que estar a su hermano, que se había jugado mucho en ese asunto. Ignacio también consiguió que una vez juzgado y condenado le permitieran un régimen de visitas bastante generoso, con lo cual, al ver vivo a su marido, aunque fuera entre rejas, se alivió mucho la depresión de la madre de Alicia.

A los dos meses de verse el juicio, Ignacio pidió la excedencia como teniente auditor y pasó a la Dirección General de Propaganda, a cuyo frente se encontraba Dionisio Ridruejo, a quien conocía desde los tiempos en que se compuso el *Cara al sol*, en cuya obra tuvo parte Dionisio.

En 1941 cesó Dionisio Ridruejo como director general, y con él Ignacio, quien, ya la guerra terminada, y en Madrid, apartado de la política, se dedicó con éxito al ejercicio de su profesión de abogado. En esta condición fue cuando consiguió el indulto para el padre de Alicia, que, por tanto, solo tuvo que cumplir cinco años de los veinte a los que había sido condenado. Por fin, Alicia no tuvo más remedio que reconocer cuánto le debía a su amigo de juventud e iniciaron una relación que terminó en boda cuando ambos

contrayentes estaban para cumplir los treinta años. Marián fue la madrina de la ceremonia, feliz, ya que fue la que durante aquellos años procuró que no se distanciaran el uno del otro, pese a la resistencia de Alicia de tratarse con quien consideraba partícipe de la injusticia que se había cometido con su padre. Tuvieron cinco hijos, y Marián, que se mantuvo soltera hasta el fin de sus días, vivió muy entregada a sus sobrinos y al recuerdo del único amor de su vida, que sin duda fue José Antonio.

José María Escrivá de Balaguer fue un sacerdote muy santo, fundador del Opus Dei, canonizado por el papa Juan Pablo II el 6 de octubre del 2002.

Juan Jiménez Vargas, el médico, fue decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra y falleció en mayo de 1997.

Pedro Casciaro, otro de los componentes de la travesía del Pirineo, fue doctor en Ciencias Exactas y Teología, ordenado sacerdote en 1946 y fallecido en marzo de 1995 en México.

Tomasa Gutiérrez se quedó compuesta y sin novio cuando su pretendiente, Arsenio, el que fuera guardia civil, no se fio de las buenas palabras de los vencedores respecto de los que no tenían las manos manchadas de sangre y fue de los que exilió en uno de los últimos barcos que zarpó del puerto de Cartagena. Su hermana, Eulalia, pese al dolor de perder a un hermano, le dijo a Tomasa que era lo mejor que le podía haber pasado, pues con Arsenio nunca iba a hacer nada de provecho, y acabó, pasados los años, encontrándole un novio viudo, sin hijos y con buena posición; siempre siguió muy unida a los Acosta, que la consideraban como de la familia.

Mariano Cifuentes, su primer jefe de centuria, terminó la guerra lleno de medallas, pero en lugar de seguir en el ejército se presentó a unos denominados «exámenes patrióticos», en los que consiguió obtener el título de aparejador en menos de dos años, lo cual sorprendió mucho a Ignacio, que ignoraba que su amigo tuviera estudios. Una vez con el título en su poder, se asoció con unos avispados constructores, con los que se dedicó al negocio de reconstruir España en el sector inmobiliario, llegando a levantar un barrio entero al que le puso su nombre. Inmensamente rico, le animaba a Ignacio a tomar parte en su negocio, a lo que este se resistía con gran admiración de Mariano, que no comprendía cómo se resignaba a ser un simple abogado cuando podía aprovecharse de

tantas oportunidades como brindaba un país en ruinas, pero con vocación de imperio. También le admiraba el hecho de que pasados los años siguiera siendo fiel marido de la misma mujer. A pesar de todo fueron amigos toda la vida, y en el bufete de Ignacio se llevaban los asuntos de su negocio inmobiliario, aunque no todos, por razones de ética profesional, algo que Mariano tampoco entendía.

Ramiro Vázquez, el funcionario de prisiones, salió muy bien librado ya que durante el resto de la guerra colaboró con la Falange clandestina que funcionó en el Madrid «rojo», y a su término él mismo se hizo de la Falange, llegando a ser subdirector general de Prisiones.

Más riesgo corrió Damián Manso, el labriego que le salvara la vida en Paracuellos de Jarama, ya que al terminar la guerra fue encausado como muchos otros vecinos de un pueblo que llevaba el estigma del asesinato masivo. Pudo correr la misma suerte que su alcalde, Eusebio Aresté, para el que no hubo compasión y fue fusilado, pero Ignacio, enterado a tiempo, pudo intervenir y sacarle de la prisión. Su mujer, Eufemiana, quedó tan agradecida que, mientras vivió, todas las Navidades se presentaba en su casa para llevarle dos capones vivos, con no poca contrariedad de Alicia, que se quejaba de la complicación de tener que sacrificar y desplumar aquellos animales. Ignacio correspondía con otras atenciones porque, decía, más les debía él a ellos que a la inversa, y esta controversia la tenían todos los años.

Ignacio Acosta murió a edad avanzada y siempre se sintió muy orgulloso de la confianza que le tuvo José Antonio Primo de Rivera, aunque no estaba muy convencido de que hubieran conseguido que volviera a reír la primavera, como rezaba el himno de la Falange.